

BIBLIOTECA DE LA IRRADIACIÓN

Teófilo Gautier

ESPIRITA

REVISTA PSICOLÓGICA
LA IRRADIACIÓN

Calle de Hita, núm. 6, bajo izquierda.

MADRID

ESPÍRITA

ESPÍRITA

POR

TEÓFILO GAUTIER



MADRID

—
BIBLIOTECA DE LA REVISTA PSICOLÓGICA "LA IRRADIACIÓN,"
N.º 1, 6, BAJO
1894

ESPIRITA

POR

TEÓFILO GAUTIER

I

Guy de Malivert hallábase tendido, ó mejor, sentado sobre sus espaldas, en un cómodo sillón cerca de la chimenea, donde chisporroteaba abundante leña. Parecía haberlo preparado todo para pasar en su casa una de esas noches tranquilas, que el cansancio de las alegrías mundanales convierte á veces en un placer y en una necesidad para los jóvenes á la moda. Un batín de terciopelo negro adornado con agremanes de seda del mismo color, una camisa de seda de las Indias, un pantalón encarnado y anchas zapatillas marroquíes, en las que bailaba su pié nervioso y encorvado, componían su traje, cómodo y elegante á la vez. Libre el cuerpo de toda presión molesta y completamente á gusto dentro de aquél traje blando y ligero, Guy de Malivert, que acababa de tomar en su casa una comida de calculada sencillez, sazónada con dos ó tres vasos de excelente vino de Burdeos, experimentaba esa especie de beatitud física que resulta del concierto perfecto de todos los órganos.

Cerca de él una lámpara ajustada á un antiguo caracol

marino, esparcía la luz dulce y lechosa de su globo deslustrado, semejante á una luna que envuelve ligerísima niebla. La luz iba á caer sobre un libro que Guy sostenía con mano distraída y que era la *Evangelina*, de Longfellow.

Sin duda, admiraba Guy la obra del mejor poeta que ha producido hasta ahora la joven América, pero sentía esa perezosa disposición del ánimo, en que la ausencia de todo pensamiento es preferible á la mejor idea expresada de la manera más sublime.

Había leído algunos versos, y después, sin dejar el libro, apoyó la cabeza en el blando respaldo del sillón cubierto con una blonda, gozando deliciosamente en aquel descanso de su cerebro. El aire tibio de la habitación le envolvía con su suave caricia. A su alrededor todo era reposo, bienestar, silencio discreto y quietud íntima. El único ruido perceptible era el silbido de un escape de gas que salía de un tronco de la leña que ardía, y el tic-tac del péndulo, cuyo balanceo daba en voz baja el ritmo del tiempo.

Era el invierno; la nieve recién caída, amortiguaba el lejano ruido de los carruajes, bastante raros en aquel apartado barrio, porque Guy vivía en una de las calles menos concurridas del arrabal Saint-Germain. Acababan de dar las diez, y nuestro perezoso se alegraba de no vestir el frac y la corbata blanca, ni hallarse de pie junto á la puerta de un baile de cualquier embajada, con la vista fija en los flacos omoplatos de alguna vieja noble muy descotada. Aun cuando reinaba en su cuarto la temperatura de un invernáculo, se comprendía que hacía frío en la parte de afuera, aunque no fuese más que por el ardor con que ardía la lumbre y por el silencio profundo de las calles. El magnífico gato de Angora, compañero de Malivert en aquella noche de *farniente*, se había acercado al fuego para calentar su blanquísima piel, y sólo el dorado guardafuego le impedía acostarse en las cenizas.

La habitación en donde Guy de Malivert gozaba aquellas tranquilas alegrías, tenía tanto de biblioteca como de estudio de pintor. Era una sala grande y alta de techo, situada en el último piso del pabellón que habitaba Guy, y correspondía á un patio y á un jardín, plantados de esos árboles seculares dignos de un bosque real, que sólo se encuentran en el aristocrático barrio, porque se necesita mucho tiempo para criar un árbol, y los advenedizos no pueden improvisarlo para darles sòmbra á sus palacios, edificados con el apresuramiento de una fortuna que teme la bancarrota.

Las paredes estaban tapizadas de cuero leonado y el techo se componía de un enrejado de vigas de roble que encuadraban unos tableros de abeto de Noruega, los cuales conservaban su color primitivo. Estas tintas sobrias y obscuras daban realce á los cuadros, á los apuntes y á las acuarelas que colgaban de las paredes de aquella especie de galería, en donde Malivert había reunido sus curiosidades y caprichos artísticos. Unas estanterías de roble, bastante bajas para no molestar á los cuadros, formaban alrededor de la sala una especie de basamento interrumpido por una puerta única. Los libros que llenaban los estantes hubiesen sorprendido á cualquier observador por el contraste que ofrecían; pues se hubiese dicho que eran las bibliotecas mezcladas de un artista y de un sabio. Al lado de los poetas clásicos de todos los tiempos y de todos los países, como Homero, Hesiodo, Virgilio, Dante Ariosto, Ronsard, Shakespeare, Miltón, Goethe, Schiller, Lord Byron, Victor Hugo, Sainte-Beuve, Alfredo de Muset y Edgardo Poe, se encontraban la *Simbólica* de Creuzer, la *Mecánica celeste* de Laplace, la *Astronomía* de Arago, la *Fisiología* de Burdach, el *Cosmos* de Humboldt, las obras de Claudio Bernard y de Berthelot, y otros libros de pura ciencia. Sin embargo, Guy de Malivert no era un sabio. No había aprendido más que lo que enseñan en los colegios; pero después de terminar su educación literaria:

le pareció vergonzoso el ignorar todos los grandes descubrimientos que constituyen la gloria de este siglo. Se puso, pues, al corriente lo mejor que pudo y no había dificultad en hablar delante de él de astronomía, cosmogonía, electricidad, vapor, fotografía, química, micrografía ó generación espontánea; todo lo comprendía, y muchas veces asombraba á su interlocutor con una observación ingeniosa y nueva.

Tal era Guy de Malivert á la edad de veintiocho á veintinueve años. Su cabeza, un poco calva junto á la frente, tenía una expresión abierta y franca que agradaba; la nariz, sin tener la perfección griega, era bastante noble y separaba dos ojos negros de mirada firme; su boca, de labios algo gruesos, revelaba simpática bondad. Sus cabellos, bastante oscuros, se retorcian formando ricitos que se resistían á las tenazas del peluquero, y su bigote de oro rojiza sombreaba el labio superior. En una palabra, Malivert era lo que se llama un muchacho guapo, y sin buscarlos, habría tenido grandes éxitos. Todas las madres adornadas con hijas casaderas le colmaban de afectos, porque poseía 40.000 francos de renta y un tío calavera mucho más millonario aún, á quien debía heredar. ¡Posición admirable! Sin embargo, Guy no se había casado y se contentaba con hacer un signo de cabeza, agradeciendo las sonatas que las jóvenes ejecutaban en su presencia. Las acompañaba con suma delicadeza á su sitio en cuanto acababan de bailar, pero su conversación durante el descanso de las figuras, se limitaba á frases como ésta: «Hace mucho calor en este salón,» aforismo del que era imposible deducir la menor esperanza matrimonial. No por ello le faltaba discreción á Malivert; fácilmente hubiese podido decir algo menos vago, si no temiese verse envuelto en esas telas de hilos más sutiles que los de la araña, que se tienden en el mundo alrededor de las vírgenes núbiles cuya dote no es considerable.

Cuando veía que le recibían muy bien en una casa, de-

jaba de ir, ó emprendía un largo viaje, con lo cual á su regreso tenía la satisfacción de verse completamente olvidado. Tal vez se diga que Guy, como otros muchos jóvenes del día, encontraba en la clase media pasajeras uniones morgánicas que le dispensaban de un matrimonio serio. Nada de esto. Sin ser más rigorista de lo que llevaba consigo la edad, Malivert no era partidario de esas bellezas enyesadas, peinadas como los perros de agua, é hinchadas con extravagantes miriñaques. Cuestión de gustos. Había tenido, como todos, algunas fortunas. Dos ó tres mujeres incomprensibles, más ó menos separadas de sus maridos, le habían proclamado su ideal, á lo que contestaba: «¡Cuán buenas sois!» no atreviéndose á decirles que ellas no eran el suyo; porque, eso sí, Malivert era un muchacho bien educado. Una pobre figuranta del teatrito de los *Delassements Comiques*, á quien le había dado algunos luises y un abrigo de terciopelo, se consideró víctima de una traición y ensayó asfixiarse en honor suyo; pero, no obstante, estas aventuras, Guy de Malivert confesaba sinceramente, al llegar á la edad solemne de los veintinueve años, en que el joven está á punto de convertirse en hombre joven, confesaba, digo, que ignoraba el amor tal y como lo pintan en los poemas, los dramas y las novelas, ó como lo presentaban los amigos en sus confidencias ó en sus propias alabanzas. Consolábase fácilmente de esta desgracia, pensando en los fastidios, las calamidades y los desastres que trae consigo aquella pasión, y esperaba pacientemente el día en que, por casualidad, apareciese el objeto que la debía fijar.

Entretanto, como las gentes disponen de los demás con arreglo á su conveniencia y á su fantasía, se había decidida en la sociedad que más frecuentaba Malivert, que éste se hallaba enamorado de la señora de Imbercourt, una viudita á quien visitaba con alguna frecuencia. Las tierras de la señora de Imbercourt *lindaban* con las de Guy; poseía unos

sesenta mil francos de renta, y tenía sólo 22 años. Había sentido ya de una manera muy conveniente la muerte de su marido, que era un viejo bastante burdo, y su posición le permitía tomar un esposo joven, de buena presencia y de nacimiento y fortuna iguales á ella. El mundo los había casado con su autoridad privada, calculando que en la nueva casa habría un salón agradable, terreno neutral en el que todos podrian reunirse. La señora de Imbercourt aceptaba tácitamente aquella unión y se consideraba ya algo como la mujer de Guy, que no tenía ninguna prisa en declararse y menos aun en dejar de ir á casa de la linda viudita, á la que encontraba un poco fastidiosa por los aires que se daba antes de la boda.

Aquella misma noche Guy estaba citado en casa de la señora de Imbercourt para tomar el the, pero después de comer le había asaltado la pereza, se encontraba bien en su casa y había retrocedido ante la idea de vestirse y salir con siete ú ocho grados bajo cero, á pesar de las pieles y el calorífero de agua caliente colocados en su carruaje. Para convencerse él mismo, había pensado que su caballo no tenía herraduras para el hielo y que podría resbalar desgraciadamente sobre la endurecida nieve. Por otra parte, no se hallaba dispuesto á dejar dos ó tres horas expuesto al cierzo, frente á una puerta, un animal que el célebre tratante en caballos de los Campos Elisews, Cremieux, le había vendido por cinco mil francos. Como se ve, Guy estaba sólo medianamente enamorado y la señora de Imbercourt podía esperar largo tiempo la ceremonia que le permitiese variar de nombre.

Cuando Malivert, aletargado por la dulce temperatura de la habitación, en la que revoloteaban el humo azulado y odorífico de dos ó tres Cabañas, cuyas cenizas llenaban una antigua copita de bronce chino, con pie de madera, puesta á su lado sobre el mismo velador que sostenía la lámpara, em

pezaba á sentir sobre sus párpados el primer polvo de oro del sueño, se abrió con precaución la puerta, y un criado se presentó con una bandeja de plata, en la que había un billete perfumado y sellado con una divisa muy conocida de Guy, supuesto que enseguida adquirió un aire del mal humor. El olor de almizcle del papel pareció impresionarle también desagradablemente. Era una carta de la señora de Imbercourt, que le recordaba la promesa de ir á su casa á tomar una taza de the.

—¡El diablo se la lleve, con estas cartas que producen jaqueca!, exclamó con poca galantería. ¡Vaya una satisfacción, atravesar toda la ciudad para beberse una taza de agua caliente con unas cuantas hojas teñidas de azul de Prusia y verde oscuro, cuando ahí en esa caja de laca de Coromandel, hay the de caravana legítimo, que aún tiene el marchamo de la aduana de Kiatka, que es el último puerto ruso en la frontera de la China! ¡No, no seré yo quien vaya!

Un pequeño resto de cortesía le hizo cambiar de resolución. Le dijo á su ayuda de cámara que le trajese la ropa; pero cuando vió las piernas del pantalón que se doblaban tristemente sobre el respaldo del sillón, la camisa doblada y blanca como una porcelana, el frac negro con un brazo bailable, los zapatos de charol todos llenos de reflejos y los guantes extendidos como unas manos cilindradas, tuvo un arranque de desesperación y volvió á hundirse en el sillón que ocupaba antes.

—Decididamente me quedo en casa. Jack, que me arreglen la cama.

Como hemos dicho, Guy era un muchacho bien educado y de buenos sentimientos. Agitado por un ligero remordimiento, dudó, ya á la puerta del cuarto de dormir, que le sonreía con todas las comodidades íntimas, y pensó que la más sencilla educación exigía que le escribiese dos palabras de excusa á la señora de Imbercourt, pretestando una jaqueca,

un asunto importante, cualquiera dificultad presentada en el mismo momento de marchar, á fin de excusar decentemente la visita. Y aunque Malivert era capaz, sin ser literato de profesión, de escribir un artículo de viajes ó una novela para la *Revue des Deux Mondes*, era enemigo de escribir cartas, y sobre todo, esa especie de billetes de puro cumplimiento, que las mujeres garrapatean por docenas en el mismo tocador, mientras las peinan Rosa ó Clotilde. Más pronto hubiese hecho un soneto con consonantes raros y difíciles. Su esterilidad, desde este punto de vista, era completa, y para evitarse una contestación de dos líneas iba en persona de un extremo á otro de la ciudad. Por miedo al billete le sobrevino á Guy de Malivert la idea desesperada de ir á casa de la señora de Imbercourt. Acercóse á la ventana, entreabrió las cortinas, y vió á través de los empañados vidrios una noche negra, á la que unos copos blancos que caían revoloteando manchaban asemejándola al plumaje de una pintada. Por deducción pensó en Grymalkin, sacudiendo la capa de nieve agarrada á su barnizado caparazón. Se acordó del paso desagradable de la berlina al vestibulo, de la corriente de aire de la escalera que no podía neutralizar el calorífero, y sobre todo, de la señora de Imbercourt, de pie junto á la chimenea, con traje de recepción, descotada hasta el punto de parecer aquel personaje de una novela de Cárlos Dickens, á quien llaman siempre *el pecho*, y cuya blanca tabla serviría para fijar el prospecto de opulencia de cualquier banquero; vió sus dientes soberbios encuadrados por una sonrisa inmóvil; sus cejas de un arco tan perfecto que parecían dibujadas con tinta china, á pesar de no deberle nada al arte; sus ojos magníficos, su nariz purísima, que podía servir de modelo en el cuaderno de dibujo de un príncipe; su talle, que todas las modistas declaraban ser el más bonito; sus brazos redondos, como si los hubiesen torneado, cargado de brazaletes demasiado macizos, y el recuerdo de todos aquellos encantos que el mundo le destina-

ba casándole, á pesar de no tener él muchas ganas, con la joven viuda, le inspiró tan profunda melancolía que, dirigiéndose al despacho resolvió, ¡cosa horrible!, escribir dos líneas, en vez de ir á tomar the en casa de aquella mujer encantadora.

Puso delante un pliego de papel satinado de color de crema, timbrado con una G. y una M. caprichosamente enlazadas, introdujo en el tintero una finísima pluma de acero con mango de puerco espin, y escribió casi á la mitad de la página, para disminuir el trabajo literario, esta palabra triunfal: *Señora*. Hecho esto se detuvo, apoyó la mejilla sobre la palma de la mano y su númen no le inspiró nada más. Durante algunos minutos permaneció de aquella manera, con la mano derecha en posición, los dedos alargados hacia la pluma y el cerebro ocupado involuntariamente en ideas contrarias al objeto de su escrito. Como si esperando aquella frase que no venía, se hubiese rendido el cuerpo de Malivert, la mano asaltada por la impaciencia y por un hormigueo, parecía querer ponerse en movimiento para cumplir su misión. Las falanges se tendían y replegaban como para trazar caracteres, y por fin, Guy, asombrado de haber escrito inconscientemente nueve ó diez líneas las leyó. Decían poco más ó menos lo siguiente:

«Sois demasiado hermosa y os rodea suficiente número de adoradores para que se os pueda decir, sin ofenderos, que no se os ama. Esto es ni más ni menos que una nota discordante, para el que se atreve á hacer tal declaración. ¿Por qué continuar unas relaciones que acabarán por comprometer dos almas tan poco hechas la una para la otra, uniéndolas en una desgracia eterna? Dispensadme, me marchó, y espero que no ha de costaros mucho trabajo el olvidarme.»

— ¡Demonio!, exclamó Malivert dando un puñetazo en la mesa cuando hubo leído nuevamente la carta: ¿soy un loco ó un sonámbulo? ¡Extraño billete! Se parece á una de esas

litografías de Gavarni, donde se ven á un mismo tiempo en la leyenda la frase escrita y la frase pensada, lo falso y lo verdadero. Sólo que aquí la palabra no engaña. Mi mano, á la cual quería forzar para una hermosa mentirijilla social, no ha querido prestarse á ello y, contrariando la costumbre, ha brotado en la carta la idea sincera.

Guy miró atentamente el billete y le pareció que el carácter de la escritura no era enteramente el suyo.

—He ahí un autógrafo, dijo, que pondría en grave aprieto á los peritos si mi literatura epistolar valiese la pena de una confrontación. ¿Cómo demonios se ha efectuado tan extraña transformación? Ni he fumado opio, ni he comido hachish. Dos ó tres vasos de vino de Burdeos no pueden haberme trastornado la cabeza. Me siento demasiado fuerte para ello. ¿Qué será de mí si la verdad se me escapa en los escritos sin sentirla? Afortunadamente he leído la carta, porque nunca estoy muy seguro de mi ortografía nocturna. ¡Qué efecto hubiesen producido, por demasiado verídica, estas amables líneas, y qué cara de estupefacta indignación hubiese puesto al leerlas la señora de Imbercourt! Quizás habría sido mejor que la carta llegase á sus manos tal y como la he escrito: yo hubiese pasado por un monstruo, por un salvaje, indigno de llevar corbata blanca, pero al menos este lazo que me disgusta se hubiese roto como un cristal; y el cristal no se vuelve á unir ni aunque lo encolen. Si fuese algo supersticioso vería en esto una advertencia del cielo en vez de una distracción incalificable.

Después de una pausa, Guy tomó una determinación resuelta. «Vamos á casa de la señora de Imbercourt, ya que no puedo escribir esta carta.» Vistióse con rabia, y cuando iba á salir de la habitación, creyó oír un suspiro, pero tan débil, tan ligero, tan aéreo, que se necesitaba el profundo silencio de la noche para que el oído le pudiese percibir.

Aquel suspiro detuvo á Malivert en el umbral de la puer-

ta, y le produjo la impresión que lo sobrenatural causa á los más valientes. No había nada de espantoso en aquella nota vaga, inarticulada y lastimera, y, sin embargo, Guy quedó tan turbado que no atrevía á confesárselo.

—¡Vaya!, será el gato de Angora que se habrá quejado durmiendo, dijo, y tomando de manos de su mayordomo un gabán de pieles en el que se envolvió con una corrección que demostraba sus largos viajes por Rusia, bajó malhumorado hasta el portal, donde le esperaba el carruaje.

II

Reclinado en el rincón de su berlina, con los piés sobre un calorífero de agua hirviendo y el gabán bien ceñido al cuerpo, Malivert miraba sin ver los extraños juegos de sombra y de luz que formaban en el cristal, ligeramente enturbiado, los relámpagos súbitos de alguna tienda alumbrada con gas, y aún abierta á aquellas horas de la noche, y las perspectivas de las calles estrelladas con puntos brillantes.

El carruaje atravesó en breve el puente de la Concordia, bajo el cual se deslizaba obscuramente el Sena, con sus espejismos sombríos y sus reflejos de linternas. Al mismo tiempo que corría, Malivert se acordaba, contra su voluntad, del suspiro misterioso que había oído ó creído oír, en el momento de salir de su habitación. Se hacía todos los razonamientos naturales que los excépticos alegan para explicar lo incomprendible. Debía ser, sin ningún género de duda, el viento que circulaba por la chimenea ó por el corredor, algún ruido de la calle modificado por el eco, la vibración sorda de una cuerda del piano que se habría roto al pasar un carro muy cargado, ó algún suspiro del gato de Angora, que soñaba junto á la lumbre, como había empezado á creer. Eso, de acuerdo con el sentido común, era lo más probable

Sin embargo, Malivert, á pesar de reconocer la lógica de estas explicaciones no se daba por satisfecho interiormente; un secreto instinto le afirmaba que aquel suspiro no se debía á ninguna de las causas á que lo atribuía su prudencia filosófica; sentía que el suspiro partía de un alma y no era un ruido vago de la materia; tenía algo del soplo y del dolor: ¿de dónde, pues, venía? Guy pensaba con esa especie de ansiedad llena de interrogatorios que experimentan las almas mejor templadas, cuando, sin buscarlo, se encuentran con lo desconocido. No había nadie en la habitación, nadie más que Jacke, criatura poco sentimental, y el suspiro, dulcemente modulado, armonioso, tierno, más ligero que el susurro de la brisa en las hojas del álamo era indudablemente *femenino*; no podía negársele este carácter.

Otra circunstancia intrigaba á Malivert, y era aquella carta que, que por decirlo así, se había escrito sola, como si una voluntad extraña hubiese guiado los dedos. La excusa de una distracción, no podía tomarse ya en serio. Los sentimientos del alma pasan por la intervención del espíritu antes de fijarse sobre el papel, y no pueden redactarse por sí solos, mientras el cerebro sueña en otra cosa; se necesitaba que una influencia indefinible para él, se hubiese apoderado de sí, mientras se hallaba ausente de sí mismo, y hubiese obrado en su lugar, porque estaba bien seguro, cuanto más reflexionaba, de que no había dormido ni un segundo. Toda la noche había estado perezoso, soñoliento, aletargado por el bienestar, pero entonces estaba despierto y muy despierto. La desagradable alternativa de ir á casa de la señora de Imbercourt ó de escribirle un billete para librarse de la invitación, le producía cierta excitación febril; aquellas líneas que resumían su idea secreta de modo tan justo y más claro de lo que él mismo se confesaba, se debían á una intervención que habría que calificar de sobrenatural hasta que el análisis la explicase ó le diese otro título.

Mientras Guy de Malivert resolvía todos estos asuntos en su cabeza, el coche rodaba por las calles que el frío y la nieve mantenían más desiertas de lo que suelen estarlo en aquellos barrios elegantes y ricos, en donde la vida nocturna no se paraliza hasta muy tarde. La plaza de la Concordia, la calle de Rivoli, la plaza de Vendome, habían ido quedando atrás rápidamente, y la berlina, tomando el boulevard, doblada la esquina de la Chaussée-d'Antin, donde vivía la señora de Imbercourt.

Al entrar en el patio, Guy experimentó una sensación desagradable; dos filas de carruajes, con sus cocheros cubiertos de pieles, se hallaban estacionados en el espacio enarenado que ocupaba el centro, y los aburridos caballos cada vez que sacudían la cabeza mezclaban en el suelo los copos de su espuma á los copos de la nieve.

¡Esto es lo que ella llama una *soirée* íntima, un the al amor de la lumbre! ¡No sabe hacer otra cosa! ¡Ahí estará todo París, y yo no me he puesto corbata blanca!, murmuró Malivert. Mejor hubiese hecho acostándome, pero he querido ser diplomático como Talleyrand, en vez de seguir mi primera inclinación, que era la buena.

Subió las escaleras lentamente, y en cuanto le quitaron el abrigo pasó al salón, cuyas puertas abrió un lacayo, con cierta deferencia obsequiosa y confidencial, como á un hombre que dentro de poco será el dueño de la casa, y á cuyo servicio se desea continuar.

¡Cómo, pensó Guy de Malivert, fijándose en aquel servilismo más acentuado que de ordinario; hasta los criados disponen de mi persona y con su autoridad privada me casan con la señora de Imbercourt!... ¡Y eso que aun no se han publicado las amonestaciones!

La señora de Imbercourt en cuanto vió á Guy que se adelantaba hacia ella bajando la cabeza y haciendo una joroba, que es el saludo moderno, dió un pequeño grito de sa-

tisfacción, que después trató de corregir por medio de un mohín de frialdad. Pero sus labios, siempre sonrientes y acostumbrados á descubrir hasta las sonrosadas encías de aquellos dientes de un nácar irreprochable, no pudieron acercarse para formar la linda mueca que se les pedía, y la señora, viendo por el rabillo del ojo en un espejo que no resultaba aquella fisonomía, tomó el partido de mostrarse bondadosa, como mujer indulgente que sabe no debe exigirse hoy mucho á la galantería de los hombres.

—¡Cuán tarde habéis venido!, le dijo tendiéndole una mano pequeña y tan estrechamente enguantada que al tocarla parecía de madera; os habréis entretenido en vuestro pícaro club fumando y peinando las cartas; sírvaos, pues, de castigo el no haber oído al gran pianista alemán Kreisler, que ha ejecutado el galop cromático de Listz, ni á la deliciosa condesa de Salvarosa, que ha cantado la romanza de Saúl, como no la ha cantado nunca la Malibran.

Guy por medio de algunas frases oportunas manifestó el sentimiento que hasta cierto punto le causaba el no haber oído el galop del inteligente músico, ni el aria de la mujer elegante, y como al mismo tiempo se sentía algo contrariado porque llevaba al cuello entre aquellas gentes tan vestidas, dos dedos de seda negra en vez de dos dedos de muselina blanca, procuró escaparse por la tangente para ir á refugiarse en un rincón cualquiera menos inundado de luz, donde, al amparo de una sombra relativa, se disimulase aquel involuntario solecismo de la elegancia. No le costó poco trabajo efectuar esta resolución, porque la señora de Imbercourt le arrastraba continuamente al centro del círculo por medio de alguna palabra que exigía una contestación, que Guy procuraba fuese lo más breve posible; por fin, consiguió meterse en el punto que unía el salón grande con el pequeño, sitio entrelazado y salpicado de camelias, que estaba decorado en forma de invernáculo.

El salón de la señora de Imbercourt era blanco y oro, tapizado con damasco carmesí de las Indias y guarnecido con muebles sólidos, anchos y blandos. El espejo con marco dorado reflejaba las bujías entre un follaje de cristal de roca. Los candelabros, las copas y el reloj que adornaban la blanca chimenea de mármol, atestiguaban el gusto de Barbedienne. A los pies se extendía una alfombra tau espesa como la hierva de una pradera; las cortinas caían anchas y ricas sobre las ventanas, y en un lienzo magníficamente guarnecido sonreía más que en el original un retrato de la condesa, pintado por Winterhalter.

No hay nada que decir de aquel salón amueblado con cosas bellas y caras, pero que se pueden procurar todos aquellos, cuyo bolsillo no tiemble delante de una larga cuenta del tapicero y del arquitecto. Era grande su riqueza ostentosa, pero le faltaba elegancia. Ninguna particularidad indicaba el gusto, y á no hallarse presente la dueña de la casa, cualquiera hubiese creído que estaba en los salones de un banquero, de un abogado ó de un americano de paso. Faltaban el alma y la personalidad. Así es, que Guy, artista por naturaleza, encontraba aquel lujo horriblemente cursi y le desagradaba bastante. Era, sin embargo, aquel fondo el que más convenía á la señora de Imbercourt, cuya belleza se componía sólo de perfecciones vulgares.

En medio de la sala, sobre un *pouf* circular adornado con un gran macetón de la China, en el que extendía sus hojas una rarísima planta exótica de la que la señora de Imbercourt ignoraba hasta el nombre, pero que su jardinero la había colocado allí, estaban sentadas y llenas de gasas de puntillas, de blondas, de sedas y de terciopelos, cuyos hirvientes oleajes les subían hasta el cuello, unas cuantas mujeres, jóvenes y bonitas en su mayoría, pero cuyos tocados, de un capricho extravagante, acusaban la inagotable pero cara fantasía de Worth. En sus cabellos negros, rubios, encrespados

y empolvados, tan abundantes que hacían suponer á los menos malpensados que *el arte debe embellecer la belleza*, al revés de lo que dice M. Planard, brillaban los diamantes, se erizaban las plumas, verdeaban las hojas sembradas de gotas de rocío, se entreabrían las flores verdaderas ó quiméricas, sonaban las sartas de zequíes, se entrecruzaban los hilos de perlas, relucían las flechas, los puñales, las agujas de dos bolas, relampagueaban los adornos de alas de escarabajo, se retorcían las cintillas de oro, se cruzaban los lazos de terciopelo encarnado, temblaban en lo alto de su espiral las estrellas de pedrería, y en una palabra, todo lo que puede acumularse sobre la cabeza de una mujer á la moda, sin contar los racimos, las amapolas y las bayas de colores ricos que Pomona puede prestarle á Flora para completar un peinado de baile, si es que se le permite á un literato que escribe en el año de gracia de 1865, servirse de estos apela-tivos mitológicos.

Reclinado sobre la puerta, Guy, contemplaba aquellos hombros satinados bajo los polvos de arroz, aquellas nuca en las que se retorcían algunos cabellos sueltos y aquellos blancos pechos que de vez en cuando dejaban ver la ballena mal colocada de su corse; pero esto son pequeñas desgracias á las que fácilmente se resigna una mujer segura de sus encantos. Además, el movimiento para subir una manga es graciosísimo y el dedo que corrige el pliegue de una tela dándole un contorno agradable, da motivo para muy lindas posturas. Nuestro héroe se entregaba á este estudio interesante, que lo prefería á conversaciones sin sustancia, y si le hemos de creer, aquel era el mayor deleite que le proporcionaba una noche de baile. Hojeaba con mirada vaga aquellos libros de las vivientes bellezas, aquellos *keepsakes* animados, que el mundo coloca en los salones, como ponemos sobre las mesas los estereóscopos, los álbums y los periódicos para que se entretengan las personas tímidas que

no saben que hacerse. Aquel placer le gustaba tanto más, cuanto que á causa del rumor esparcido de su próximo matrimonio con la señora Imbercourt, no se veía obligado á vivir prevenido contra esas miradas de doble intención que lanzan las madres interesadas en colocar á sus hijas. Nada podían esperar de él. Dejaba de ser una presa para entrar en la categoría de los hombres clasificados, aun cuando más de una juzgase *in petto* que hubiese podido hacer mejor elección. Hasta le hubiese sido fácil dirigirle sin consecuencias dos ó tres frases intencionadas á cualquier joven soltera. ¿Acaso no era el marido de la señora de Imbercourt?

Junto á la misma puerta en que Malivert se hallaba reclinado, había un joven á quien solía encontrar frecuentemente en el casino, y cuya conversación llena de ingenio y de cierta rareza septentrional era muy de su agrado. Era el barón de Feroe, un sueco, compatriota de Swedemborg, inclinado como él al abismo del misticismo y á quien ocupaban tanto el otro mundo como éste. La configuración de su cabeza era bastante extraña. Sus rubios cabellos caían en mechones casi rectos y resultaban casi más claros que la piel; el bigote era de un oro tan pálido, que casi era de plata. Había en sus ojos azulados una expresión indefinible, y su mirada, por regla general, medio velada con las largas pestañas blanquecinas, lanzaba de vez en cuando una llamada agudísima y parecía ver más allá del alcance humano. Por otra parte, el barón de Feroe era un caballero demasiado elegante para afectar la más inicua excentricidad; sus modales eran justos y fríos, de una corrección inglesa, y no tomaba en los salones el aspecto del iluminado. Aquella noche, como al salir del the de la señora de Imbercourt, debía asistir al baile de la embajada de Austria, iba de gran uniforme, y sobre el negro frac que medio ocultaba la placa de una orden extranjera, brillaban, suspendidas de finísima

cadena de oro, las cruces del Elefante y de Danabrog, el mérito de Prusia, la orden de San Alejandro Newsky, y otras condecoraciones de las naciones del Norte, que probaban sus servicios diplomáticos.

Era en realidad un hombre muy extraño el barón de Feroe, pero de una rareza que no llamaba la atención á primera vista; tanto le envolvía la flemma diplomática. Se le veía frecuentemente en el mundo, en las recepciones diplomáticas, en el casino y en la ópera; pero bajo aquella apariencia de hombre á la moda, vivía de un modo misterioso. No tenía amigo íntimo, ni camarada. En su casa, elegantemente puesta, ningún visitante había pasado de la primera sala, y la puerta que conducía á las otras habitaciones no se había abierto para nadie. Como los turcos, consagraba á la vida exterior un solo salón en el que visiblemente no habitaba. En cuanto se marchaba la visita volvía á las profundidades de la casa. ¿En qué se ocupaba? Nadie lo sabía. Algunas veces se retiraba por bastante espacio de tiempo, y los que notaban su ausencia la atribuían á alguna misión secreta ó á algún viaje á Grecia, donde vivía su familia; pero el que hubiese pasado á las altas horas de la noche por la calle poco frecuentada donde vivía el barón, hubiese podido ver luz á través de la ventana y alguna vez descubrirle á él mismo de codos en el balcón y la mirada perdida en las estrellas. Pero nadie tenía interés en espiar al barón de Feroe. Le daba al mundo exactamente lo que le debía, y el mundo no le pedía tampoco más. Junto á las mujeres, su perfecta delicadeza no traspasaba ciertos límites, aun cuando hubiese podido sin peligro aventurarse un poco más lejos. A pesar de su frialdad no disgustaba. La pureza clásica de sus líneas recordaba la escultura greco escandinava de Thorwalsen. «Es un Apolo helado,» decía de él la bella duquesa de C..., la cual, si hemos de creer á los maldicientes, había tratado de fundir aquel hielo.

Como Malivert, el barón de Feroe miraba una espalda encantadora, blanca como la nieve, que aparecía algo encorvada, lo cual redondeaba deliciosamente el contorno, y á la que un colgante de verde follaje, que se había desprendido del peinado, hacía erizar algunas veces con imperceptible cosquilleo.

—¡Angelical criatural, le dijo á Guy el barón de Feroe después de seguir su mirada. ¡Lástima que no tenga corazón! El que se enamore de ella experimentará la misma suerte que el estudiante Nathaniel en el *Hombre de arena* de Hoffmann; corre el riesgo de estrechar en sus brazos un maniquí y no puede ofrecer á un hombre digno más que una danza macabra.

—Tranquilizaos, barón, contestó riendo Guy de Malivert; no tengo muchos deseos de apoderarme del sér á quien pertenecen esos hermosos hombros, por más que no sean dignos de desdén. Confieso ingénuamente, aunque con vergüenza, que en este instante no siento la más pequeña pasión, cualquiera que ella sea.

—¿Ni aunque fuese la señora de Imbercourt, con quien, según dicen, os vais á casar?, replicó el barón de Feroe, con aire de irónica incredulidad.

—Hay gentes en el mundo, dijo Malivert sirviéndose de una frase de Moliere, que casarian al gran turco con la república de Venecia; pero creo que viviré soltero.

—Haréis bien, dijo el barón, cuya voz cambió súbitamente de acento, pasando de una familiaridad amistosa á una solemnidad misteriosa; no os unáis en ningún vínculo terrestre. Permaneced libre para el amor, que tal vez vaya á visitaros. Los espíritus tienen puestos los ojos en vos y quizás os arrepintieseis eternamente en el extramundo, de una falta cometida aquí en la tierra.

Mientras el joven barón sueco decía aquella frase extraña, sus ojos, de un azul acerado, brillaban de una manera

sobrenatural y lanzaban tales rayos, que Guy de Malivert creyó sentir en el pecho su calor.

Después de los sucesos extraños de la noche, aquella recomendación misteriosa no le pareció tan incrédula como le hubiese parecido la víspera. Volvió hacia el sueco sus ojos asombrados y llenos de preguntas, como rogándole que hablase con más claridad; pero el barón de Feroe miró la hora del reloj, y dijo: «Llegaré muy tarde á la embajada;» le dió un apretón de manos tan rápido como fuerte á Malivert, y se abrió hacia la puerta, sin arrugar un traje, sin pisar una cola, sin comprometer un volante, el camino estrictamente indispensable para su paso, con una habilidad tan delicada, que probaba su práctica del mundo.

—Y bien, Guy, ¿no queréis tomar una taza de the?, preguntó la señora de Imbercourt, descubriendo por fin á su pretendido adorador apoyado y con cierto aire de preocupación, contra la puerta del saloncito. Malivert no tuvo más remedio que seguir á la dueña de la casa hasta la mesa donde humeaba el agua caliente en una urna de plata, rodeada de tazas de la China.

Lo real acababa de arrancarle su presa á lo ideal.

III

Las extrañas palabras del barón de Feroe y su súbita desaparición, una vez pronunciadas, trabajaron la imaginación de Guy, cuando regresaba del arrabal Saint Germain, arrastrado por el trote rápido de Grymalkin, á quien un cierzo glacial hacía agradable la idea de volver á la cuadra, donde le esperaba una cama caliente con las paredes tapizadas de estera, aun cuando, como animal de buena raza, no necesitaba de estos cuidados para sostener su reputación.

—¿Qué demonios querría decir con esos enigmas solem-

nes, pronunciados de una manera misteriosa?, pensaba Guy de Malivert, al mismo tiempo que iba dejando las piezas de su traje en manos de Jack. Sin embargo, es un elegante de la civilización menos novelesca el barón de Feroe, es limpio, acicalado, afilado como una navaja inglesa de afeitar, y sus modales, de la más exquisita precisión, tienen una frialdad capaz de helar al viento del polo. No puedo creer que haya querido burlarse. No se burla nadie de Guy de Malivert, aun cuando tan valiente como el sueco de las pestañas blancas; y por otra parte, ¿dónde está la gracia de esta broma? No era broma, porque ha huído enseguida, como el que teme hablar demasiado. ¡Bah! no pensemos más en estas tonterías; mañana le veré en el casino y creo que será más explícito. Acostémonos y procuremos dormir, tengan ó no tengan puestos en mí sus ojos los espíritus.

Efectivamente, Guy se acostó, pero el sueño no le vino tan pronto como esperaba, por más que llamaba en su auxilio los libros más soporíficos, y los leía con extraordinaria intensidad de atención maquinal. A pesar suyo, escuchaba los ruidos imperceptibles que se desprenden aún del silencio más absoluto. La guardia de la campana de su reloj antes de dar la hora ó la media, un chisporroteo entre las cenizas, el estallido de las maderas contraídas por el calor, el sonido de la gota de aceite que cae en la lámpara, el soplo del aire atraído por la chimenea, que silba por debajo de la puerta á pesar de los burletes, la caída inesperada de un periódico que se deslizaba de su cama; todo le hacía temblar, pues tenía los nervios tan excitados como cuando se acaba de oír la brusca detonación de un arma de fuego. Su oído estaba sobreexcitado hasta tal punto, que oía repercutir hasta en la garganta las pulsaciones de sus arterias y los latidos de su corazón. Pero entre todos aquellos ruidos confusos no pudo desenmarañar uno que se pareciese á un suspiro.

Los ojos, que cerraba de vez en cuando con la esperanza

de atraer el sueño, se abrían de nuevo y escrutaban los rincones de la habitación con una curiosidad que no estaba exenta de aprensión. Guy deseaba vivamente el ver algo, y, sin embargo, temía que se realizase su deseo. Muchas veces sus dilatadas pupilas creían ver formas vagas en los ángulos á donde no alcanzaba la luz de la lámpara amortiguada por una pantalla verde; los pliegues de las cortinas tomaban el aspecto de trajes femeninos y parecían palpitar como agitados por el movimiento de un cuerpo; pero todo era pura ilusión. Chispas, puntos luminosos, apuntes de dibujo, mariposas, hilos de araña ondulantes, todo bailaba, hormigueaba, se ensanchaba y reaparecía delante de sus ojos fatigados, sin que pudiese descubrir nada con claridad.

Más agitado de lo que puede decirse, y sintiendo, aún cuando no sentía ni veía nada, la presencia de lo desconocido en su habitación, levantóse, se puso un jaique de pelo de camello que había traído del Cairo, echó dos ó tres pedazos de leña sobre las brasas y se sentó junto á la chimenea en un gran sillón más cómodo para el insomnio que una cama deshecha durante una noche febril. Junto al sillón vió sobre la alfombra un papel arrugado y lo recogió. Era la carta que había escrito á la señora de Imbercourt, bajo aquel misterioso impulso que no podía aún explicarse. La cogió, deshizo las arrugas y observó, mirándola con mucho cuidado, que el carácter de aquella escritura no se parecía al suyo. Se hubiese dicho que una mano impaciente no había podido ceñirse exactamante al modelo de un *facsimile*, y mezclaba á las letras del original rasgos y perfiles de su propia escritura. El aspecto era más elegante, más esbelto, más femenino.

Mientras observaba estos detalles, Guy de Malivert pensaba en *El Escarabajo de Oro*, de Edgardo Poe, y en la sagacidad maravillosa con que William Legrand llegó á descubrir el sentido de la carta cifrada, donde el capitán Kidd de-

signa de un modo enigmático el punto matemático del escondrijo que guarda sus tesoros. Hubiese querido poseer aquella profunda intuición que supone de una manera tan aventurada y tan justa, suple las lagunas y reanuda la trama de los relatos interrumpidos. Pero aquí el mismo Legrand unido á Augusto Dupin, el de *La carta robada* y *El Asesinato de la calle de Morgue*, no hubiesen podido humanamente adivinar el secreto, poder que había guiado la mano de Malivert.

Entretanto Guy consiguió dormirse, pero con ese sueño pesado é intranquilo que sucede á una noche de insomnio y que anuncia la proximidad de la aurora. Despertóse cuando Jak entraba á encender la chimenea y ayudar á vestirse á su señor. Guy se sentía friolero y mal; bostezó, despezóse, movió rápidamente la cabeza, se roció con agua fría, y reanimado con estas abluciones tónicas, entró pronto en la plena posesión de sí mismo. La mañana, con los ojos pardos, como dice Shakespeare, bajaba, no por la pendiente de las verdes colinas, sino por la pendiente de los tejados blancos, deslizándose en la habitación, cuyas maderas y visillos había abierto Jak, dando á cada cosa su aspecto real y haciendo huir las nocturnas quimeras. Nada tranquiliza tanto como la luz del sol aun cuando sea un pálido sol del invierno, como el que penetraba á través de los ramajes arborescentes con que la escarcha había cubierto los cristales.

Volviendo al sentimiento real de la vida, se extrañó Malivert de la noche de agitación que había pasado, y pensó: «No me creía tan nervioso;» después rompió la faja de los periódicos que acababan de traerle, echó una ojeada á los folletines, leyó las noticias varias, cogió de nuevo el tomo de *Evangelina* que había dejado la víspera, encendió un cigarro, y, entrenido de esta manera hasta las once, hizo que le vistiesen, y con el objeto de hacer un poco de ejercicio fué á pie hasta el café de Bignón para almorzar. La helada

matutina había endurecido la nieve de la noche anterior, y al pasar por las Tullerías, Malivert, se entretuvo viendo las estatuas mitológicas empolvadas de blanco y los grandes castaños cubiertos de arriba á abajo con una peluca plateada. Almorzó bastante y bien, como aquel que trata de reparar una noche de fatiga, y habló alegremente con algunos amigos que eran la flor y nata del excepticismo parisién y que habían adoptado por divisa la máxima griega: *Acúerdate de no creer*. Sin embargo, á las bromas más vivas Guy contestaba con una sonrisa algo contrariada. No se entregaba con verdadera franqueza ni á las paradojas de la incredulidad ni á las fanforronadas del cinismo. La frase del barón de Feroe: «Los espíritus tienen puestos los ojos en vos,» le asaltaba involuntariamente y le parecía que tenía detrás un testigo de naturaleza misteriosa. Levantóse, saludó con la mano á los tertulios y dió algunos paseos por aquel boulevard, que ve circular en un día más talento que el resto del mundo en un año, y al encontrarle un poco desierto á causa del frío y de la hora, dió vuelta maquinalmente á la esquina de la Calzada de Antin. Pronto se vió frente á la casa de la señora de Imbercourt. Cuando iba á tirar del botón de la campanilla creyó sentir que le soplaban en el oído y, en aquel soplo, que le murmuraba muy bajo y, sin embargo, de un modo muy claro, éstas palabras: «No entreis.» Volvióse rápidamente y no vió á nadie.

¡Vayal, exclamó Malivert, ¿es qué decididamente me vuelvo loco? ¿Es qué ya tengo alucinaciones en pleno día? ¿Obedeceré ó no á este extraño mandamiento?

Al dar el brusco movimiento con que se había vuelto, su mano ya agarrada en el botón de la campanilla se soltó y encogiéndose el muelle hizo vibrar el timbre. Abrióse la puerta, y la portera de pie, delante de su porteria, miraba temblando á Malivert. Entró éste, por más que no sentía muchos deseos, después del incidente extranatural que acaba

de experimentar, y fué recibido por la señora de Imbercourt en el saloncito botón de oro, con agremanes azules, donde recibía las visitas matutinas, y cuya combinación de colores tan antipática le era á Guy. «¿No es el amarillo el color de las morenas?» le había preguntado la condesa á Malivert, cada vez que se había atrevido á solicitar el cambio de aquel odioso color.

La señora de Imbercourt vestía una falda de seda negra y un abrigo de colores vivos tan lleno de agremanes, bordados, pasamanería y azabaches, que no ha habido maja que, para ir á los toros ó á una feria haya puesto más en su basquiña. La condesa, aunque mujer de sociedad, cometía la torpeza de dejar que ensayasen en élla algunos de esos trajes imposibles que llevan sólo las muñecas de boquita en forma de corazón y mejillas sonrosadas de los periódicos de modas.

Contra su costumbre, la señora de Imbercourt estaba seria; una nube de contrariedades obscurecía su frente, por regla general tan serena, y las dos arrugas que limitaban su boca estaban ligeramente borradas. Una de sus amigas acababa de marcharse y le había preguntado, con esa inocencia de la mujer en casos semejantes, si se había fijado ya la fecha de su casamiento con Guy de Malivert. La condesa se puso colorada y contestó vagamente que muy pronto; porque Guy, que todo el mundo le concedía por esposo, no le había pedido nunca la mano, ni siquiera había hecho una declaración formal, cosa que la señora de Imbercourt atribuía á respetuosa timidez, tanto como á ese sentimiento de incertidumbre que experimentan todos los jóvenes cuando van á dejar la vida alegre de solterón. Esperaba, sin embargo, que de un momento á otro hablase claro, y tanto se creía élla su mujer, que ya allá en la cabeza había estado tomando las disposiciones particulares que haría necesarias en la casa la presencia de un marido. «Esta la sala, aquello el gabinete de estudio y lo otro la salita de fumar de Guy,» había pen-

sado más de una vez, midiendo con la mirada ciertas habitaciones de su casa.

Por más que no le gustase mucho, Guy tenía que confesar que la señora de Imbercourt era correctamente bella, que gozaba de una reputación intachable y que poseía una fortuna bastante considerable. Se había dejado arrastrar sin encanto, como todas esas personas cuyo corazón está vacío, á la costumbre de ir á aquella casa donde le dispensaban mejor acogida que en todas las demás. Volvía, porque al cabo de algunos días de ausencia un billete que contenía una amable insistencia, le obligaba á reaparecer.

Además, ¿dónde mejor? La señora de Imbercourt recibía bastante buena sociedad, y ciertos días encontraba allí á algunos de sus amigos, de esos á quienes es algo molesto el tener que buscarlos á través del movimiento de la vida parisién.

—Parece que no os encontráis muy bien, dijo Maliver á la condesa, ¿habréis pasado una noche agitada por los diablillos del thé verde?

—¡Oh, no, pongo tanto azúcar, que no tienen ninguna fuerza! Además, yo soy el Mitridates del thé, de manera que no ejercen ninguna influencia sobre mí. No es eso, estoy disgustada.

—¿Acaso mi visita llega fuera de tiempo y estorba algunos de vuestros proyectos? Entónces me retiro y será como si no os hubiese encontrado en casa y os entregase el portero mi tarjeta.

—Vuestras visitas no me son nunca molestas, y ya sabéis que os recibo siempre con verdadera satisfacción, contestó la condesa. Vuestras visitas, quizá no debiera decirlo, me parecen algún tanto extrañas, tal vez porque les parecen algo frecuentes á los demás.

—¿Acaso no sois libre, sin padres que se disgusten, sin un hermano importuno, ni un tío chocho y sin una tía que

sirva de rodrigón, siempre bordando junto á la ventana? La complaciente naturaleza os ha librado de esa maleza de seres desagradables que envuelven, regularmente á toda mujer bonita, y sólo os ha dejado sus herencias. Podéis recibir á quien queráis, porque no dependéis de nadie.

—Ciertamente, contestó la condesa, no dependo de nadie, pero dependo de todo el mundo, una mujer no está nunca emancipada aunque sea viuda y aparentemente dueña de sus acciones. Una completa policía de desinteresados vigilantes, la rodea y se ocupa de sus asuntos. Así es, mi querido Guy, que me comprometéis.

—¡Yo os comprometo!, exclamó Malivert, con una sinceridad de sorpresa, que demostraba una modestia bien rara en un joven de veintiocho años, de buena figura, que se viste en casa de Renard y se hace traer los pantalones de Inglaterra. ¿Por qué yo, y no Aversac, Beaumot, Yanowoky y Feroe, que son tan asíduos como yo?

—No sabré decíroslo, contestó la condesa. Quizás seáis peligroso sin saberlo ó el mundo ha reconocido en vos un poder que ignoráis. Nunca se ha pronunciado el nombre de ninguno de esos caballeros; todos encuentran muy natural que concurran á mis miércoles, que me hagan algunas visitas de cinco á seis, al volver del lago, y que me saluden en mi palco de los Bufos ó de la Ópera. Pero esas acciones, inocentes en sí mismas, hechas por vos, toman al parecer una significación terrible.

—Soy sin embargo, el joven más pacífico del mundo, y nadie puede decir nada de mí. No tengo un frac azul como Werther, ni un jubón acuchillado como D. Juan. Nadie me ha visto tocar la guitarra al pie de ningún balcón; no voy á las carreras en break con señoritas del pelo encrespado, y por las noches no promuevo ninguna cuestión de sentimiento delante de las mujeres bonitas para que admiren lo puro y delicado de mi corazón. Nadie me ve reclinado sobre una co-

lumna con la mano en el chaleco y mirando silenciosamente con aspecto sombrío y fatal, á una pálida belleza, de esas largas inglesas, que se parecen á la Kitty Bell, de Alfredo de Vigny. ¿Llevo en los dedos sortijas con pelo, y en el pecho un saquito de violetas de Parma, regaladas por *ella*? Registrad mis cajones más secretos, y no encontraréis ni retrato moreno ó rubio, ni legajos de cartas perfumadas, atados con cinta ó goma, ni zapatillas bordadas, ni mascarilla con volante de encaje, ni ninguna de esas chucherías con que los enamorados forman su secreto museo. Francamente, ¿tengo yo el aspecto de un seductor?

—Sois muy modesto, contestó la señora de Imbercourt, y os gusta haceros el inocente; pero desgraciadamente no todo el mundo es de vuestra opinión. Se complacen en hablar de las atenciones que os merezco, cuando yo no veo en éllo ningún mal.

—Pues bien, dijo Malivert, prolongaré el plazo de mis visitas y vendré, á lo más, cada quince días. Además, haré un viaje. ¿Adónde? Conozco España, Italia, Alemania, Rusia. ¡Si fuese á Grecia! Es un crimen no haber visto Atenas, la Acrópolis y el Partenón. Tomando la vía de Marsella, puede uno embarcarse en Trieste á bordo de los vapores del Lloyd austriaco; se toca en Corfú, y se ve de paso Itaca *soli occidenti bene objacentem*, tan expuesta hoy al sol poniente como en los tiempos de Homero. Se penetra hasta el fondo del golfo de Lepanto, y atravesando el istmo se visita lo que queda de aquella Corinto, á la que no le era dado ir á todo el mundo.

Allí se toma otro vapor y en pocas horas llegáis al Pireo. Todo esto me lo ha contado Beaumont, que salió de París hecho un romántico rabioso, y ahora se le ha metido en la cabeza la metopa y no quiere ni oír hablar de nuestras catedrales. Se ha convertido en un clásico austero, pretendiendo que desde los griegos la humanidad ha caído en la barbarie,

y que nuestras pretendidas civilizaciones son sólo variedades de la decadencia.

La señora de Imbercourt estaba algo disgustada de aquel lirismo geográfico y encontraba en Guy de Malivert demasiada docilidad para no comprometerla. Aquel respeto á su reputación, llevado hasta la fuga, no le satisfacía.

—¿Quién os pide que vayais á la Grecia?, le dijo. Además, añadió algo ruborosa y con un ligero temblor en la voz, ¿no hay otro medio más sencillo de hacer callar á esos maldicientes, que el abandonar á los amigos y arriesgarse en un país que no tiene nada de seguro, si hay que creer á Edmundo de About en *El rey de las montañas*?

Temerosa de haber pronunciado una frase demasiado clara, la condesa sintió que le cubría el rostro y la garganta una nube más rosada que la primera. Su respiración un tanto fuerte hacía brillar y sonar sobre su seno los canutillos de azabache del vestido. Después, recobrando el valor, levantó hacia Malivert sus ojos, á quienes la luz de la emoción hacía verdaderamente bellos. La señora de Imbercourt amaba á Guy, á su demasiado silencioso adorador, como puede amar una mujer de su naturaleza. Le gustaba la manera á la par negligente y correcta con que se ponía la corbata; y con esa profunda lógica, femenina, cuyas deducciones apenas han podido seguir los filósofos más sutiles, había sacado de aquel nudo que Malivert poseía todas las cualidades requeridas para ser un buen marido. Sólo que aquel futuro marido marchaba hacia el altar con paso muy lento y no parecía tener gran prisa en encender las antorchas de himeneo.

Guy comprendió lo que quería decir la señora de Imbercourt, pero ahora, más que nunca, temía comprometerse con una frase imprudente; así es que contestó: «Sin duda, sin duda; pero un viaje corta por lo sano y al volver se ve lo que más conviene.»

La condesa hizo un movimiento de disgusto y se mordió

los labios al oír aquella respuesta vaga y fría. Guy, algo confuso, guardó silencio; la situación se ponía tirante, cuando un criado vino á favorecer la solución, anunciando al señor barón de Feroe.

IV

Malivert no pudo contener un suspiro de satisfacción al ver entrar al barón sueco. Nunca había llegado visita alguna más á propósito; así es que levantó hacia Feroe una mirada llena de agradecimiento. A no ser por aquella oportuna intervención, Guy se hubiese encontrado en una situación muy embarazosa; tenía que contestarle á la señora de Imbercourt de una manera categórica, y le repugnaban mucho aquellas explicaciones brutalmente formales; le gustaba más callar que prometer, y hasta para las cosas indiferentes tenía buen cuidado de no comprometerse. La mirada que la señora de Imbercourt echó sobre el barón de Feroe, no iba acompañada de la misma benevolencia que la de Malivert, y si la práctica del mundo no enseñase á disimular lo que se siente, se hubiesen podido descubrir, mezclados en aquella rápida mirada, el disgusto, la impaciencia y la cólera. La aparición de aquel personaje funesto había hecho escapar una ocasión que quizás no se presentase en mucho tiempo y que le costaría bastante á la señora de Imbercourt el provocar, porque seguramente Guy no la buscaría y aún quizás procuraría cuidadosamente el evitarla. Aún cuando en casos como éste completamente definidos, Guy hubiese demostrado decisión y valor, temía hasta cierto punto aventurarse en lo que podía fijar definitivamente su vida en uno ó en otro sentido. Su inteligencia le habría todas las carreras, pero no había escogido ninguna, temiendo que el camino escogido le desviase del verdadero. No se le conocía ningún cari-

ño, excepto la costumbre, sin encantos, que le arrastraba á casa de la condesa con más frecuencia que á cualquiera otra parte, y esto era lo que había hecho suponer proyectos de matrimonio. Todo lazo ú obligación le inspiraba desconfianza y parecía que, llevado de un instinto secreto, trataba de conservarse libre para algún suceso ulterior.

Una vez cambiadas las primeras fórmulas, esos vagos acordes con los que se preludia la conversación, como se interroga el instrumento antes de enpezar á tocarlo, el barón de Feroe, por medio de una de esas transiciones que os llevan en dos palabras desde la caída de Nínive al triunfo del caballo *Gladiator*, empezó una disertación estética sobre las óperas más abstractas de Wagner, tales como *El buque fantasma*, *Lohengrín* y *Tristán é Isolda*. La señora de Imbercourt aun cuando tocaba muy bien el piano y era una de las discípulas más ejercitadas de Herz, no entendía nada de música y menos de una música tan profunda, tan misteriosa, tan complicada como la del maestro, cuyo *Tannhauser* ha levantado entre nosotros tan violentas tempestades. A los análisis entusiastas del barón contestaba ella de vez en cuando, al mismo tiempo que daba algunas puntadas en un bordado que había tomado de una canastilla que habia junto á la chimenea, por medio de objeciones vagas de esas que alcanza toda música nueva, y que se han hecho tanto á Rossini como á Wagner, tales como falta de ritmo, ausencia de melodía, obscuridad, abuso de los instrumentos de viento, complicación incomprensible de la orquesta, ruido ensordecedor, y en fin, imposibilidad material de ejecutarla.

—Esto es una discusión demasiado sabia para mí, que soy en música un pobre ignorante, á quien conmueve lo que le parece bello, y por lo tanto, lo mismo admira á Verdi que á Beethoven, aun cuando esto no parezca muy bien, ahora que se necesita ser como en tiempo de los gluckistas y de los piccinistas, partidario del rey ó de la reina. En su conse-

cuencia, os dejo entregados á vuestra discusión, en vista de que no puedo llevar á ella un rayo de luz, y no soy capaz, en sumo, más que de dar un ¡ejem! ¡ejem! como el mínimo á quien toman por juez en una discusión filosófica, entre Moliere y Chapelle.

Dichas estas palabras, Guy de Malivert se levantó para despedirse. La señora de Imbercourt, á quien estrechó la mano á la inglesa le dirigió una mirada que quería decir: «Quedaos»; tan francamente como puede decirlo una mujer de sociedad. Aquella mirada siguió oblicuamente á Malivert hasta la puerta, con tal acompañamiento de tristeza, que le hubiese conmovido seguramente á poderla ver; pero á su atención le preocupaba la fisonomía imperiosamente tranquila del sueco, que parecía decir: «No os expongáis nuevamente á un peligro del que os acabo de salvar.»

Cuando estuvo en la calle pensó con cierto espanto en la advertencia sobrenatural que había recibido antes de entrar en casa de la señora de Imbercourt, y en la visita de Feroe, que coincidía de una manera extraña con su desobediencia al misterioso aviso. Parecía como que los poderes ocultos, cuya presencia sentía vagamente á su alrededor, le habían enviado al barón para sostenerle. Guy de Malivert, sin ser sistemáticamente incrédulo ni excéptico, carecía de la fe dócil y no se le había visto nunca figurar en los sueños de los magnetizadores, ni en los veladores que ruedan, ni en los espíritus que golpean. Sentía hasta una especie de repugnancia hacia estos experimentos en los que se quiere ver lo maravilloso muy bien arreglado, y se negó á ver al célebre Home, que por un instante ocupó á todo París. La víspera aun vivía como un muchacho indolente, de buen humor, bastante contento, en una palabra, de vivir en el mundo, donde no desempeñaba un mal papel, agitándose en el círculo de las cosas visibles, y no preocupándose de si el planeta arrastra en su carrera alrededor del sol una atmósfera ani-

mada ó no de un pueblo de séres invisibles é impalpables. Ahora no podía menos de confesar que habían cambiado las condiciones de su vida; un nuevo elemento trataba, sin llamarle, de introducirse en su existencia hasta entonces tan tranquila, gracias al cuidado con que había procurado ir apartando todos los motivos que la pudiesen perturbar. Aún era aquello poco: un suspiro débil como el gemido de un arpa eólica, una sustitución de pensamientos en una carta escrita maquinalmente, tres palabras murmuradas al oído, el encuentro de un barón swedenborgista con aspecto solemne y fatídico; pero era evidente que el espíritu daba vueltas á su alrededor *querens quem devoret*, como dice la Biblia en su eterna sabiduría.

Pensando de esta suerte llegó Guy de Malivert hasta los Campos Elíseos, sin haber tenido intención de ir allí ni á ningún otro punto. Su cuerpo le había llevado y se había dejado arrastrar. Se veía poca gente. Algunos tercios que, por higiene, hacen ejercicio en todas las épocas del año y agujerean el hielo de los ríos para bañarse, volvían del bosque con la nariz azul y las mejillas violáceas, montados en caballos con rodilleras. Dos ó tres le hicieron á Guy con la mano una señal amistosa, y además recibió, aunque iba á pie, la graciosa sonrisa de una de las celebridades del mundo del contrabando, que lucía en un coche descubierto el fausto de las pieles que había conquistado en Rusia.

—Como voy completamente solo el público se disputa mi salud, pensó Malivert. Cora no me hubiese saludado tan afectuosamente en verano. ¿Pero qué diablos he venido á hacer aquí? No es la época propia para comer bajo el emparado del Moulin-Rouge con Marco ó la baronesa de Ange, y además no tengo muchas ganas de bromear. Es la hora de pensar, como dice Rabelais, en la reparación de debajo de la nariz, porque ya el sol se oculta tras el arco de la Estrella.

Efectivamente, el arco de aquella puerta inmensa que se

abre al cielo, encuadraba un conjunto de nubes amontonadas de una manera extraña y con el contorno bordado por una espuma de luz. El viento de la tarde imprimía á aquellas formas flotantes un ligero temblor que les daba cierta vida: y á la manera de esas ilustraciones de Gustavo Doré, donde los sueños que agitan al personaje se reflejan en las nubes mostrándole al Judío Errante, á Cristo trepando al Calvario, y á don Quijote los caballeros andantes luchando con los encantadores, se hubiesen podido encontrar también fácilmente grupos y figuras en aquel conjunto de vapores sombríos atravesados por rayos de luz. Malivert, creyó descubrir dos ángeles con grandes alas de fuego, deslizándose sobre un hormiguero de seres indistintos que se agitaban sobre un banco de nubes negras, parecido á un promontorio bañado de sombra en un mar fosforescente. Muchas veces alguna de las figuras inferiores se destacaba del grupo para remontarse hacia las regiones iluminadas á través del disco rojo del sol. Cuando llegaba revoloteaba un momento al lado de los ángeles y se fundía en la luz. Sin duda alguna, la imaginación contribuía mucho á acabar aquel boceto movible y cambiante, pues en los cuadros de las nubes cabe decir lo que Hamleto á Polonius: «Es un camello, ó puede que sea una ballena,» y en uno y en otro caso debe contestarse afirmativamente, sin ser por ello un cortesano imbécil.

La proximidad de la noche borró aquellos fantasmas vaporosos. El gas que iban encendiendo en los faroles, trazó muy en breve, desde la plaza de la Concordia al arco de la Estrella, esos dos cordones de fuego de tan mágico efecto, que asombran á los extranjeros que entran en París durante la noche por aquella avenida triunfal. Guy alquiló un coche de plaza y se hizo llevar á la calle de Choiseul, donde se hallaba instalado el casino de que era socio. Dejando el sobretodo en manos de los criados puestos de librea en la antesala, ojeó el registro donde se lleva nota de los que comen en el esta-

blecimiento y vió con alegría que figuraba el nombre del barón de Feroe. Puso el suyo al pie, después atravesó los billares, donde el mozo que apunta esperaba melancólicamente á que alguno de los señores tuviese el capricho de jugar una partida, y pasó por otros muchos salones grandes y desahogados, amueblados con todos los recursos de la comodidad moderna, conservados á una temperatura igual por un poderoso calorífero, cosa que no impedía el que grandes troncos de leña se deshiciesen en brasas sobre los monumentales morrillos de las grandes chimeneas. Apenas había cuatro ó cinco socios del círculo que entregados al ocio en los divanes, ó de codos sobre la mesa de lectura, recorrían distraídos los periódicos y las revistas puestos en fila metódica y ordenada, constantemente turbada y restablecida. Dos ó tres despachaban su correspondencia amorosa ó de negocios escrita sobre papel del casino.

Se acercaba la hora de comer, y los comensales charlaban entre sí, esperando que el jefe del comedor dijese que la sopa estaba servida. Guy empezó á temer que el barón de Feroe no iría, pero cuando entraba en el comedor llegó y tomó asiento al lado de Malivert. La comida, servida con mucho lujo de cristalería, de plata y demás accesorios, era bastante delicada, y cada uno la rociaba á su manera; éste con vino de Burdeos, aquél con Champagne, el de más allá con cerveza, de acuerdo con el capricho ó la costumbre. Algunos, de gusto bastante inglés, pedían un vaso de Jeréz ó de Oporto, que grandes lacayos de calzón corto traían ceremoniosamente en platos labrados con la cifra del casino. Cada uno seguía su capricho sin cuidarse del vecino, porque en el círculo todo el mundo está en su casa.

Contra su costumbre, Guy comía medianamente. La mitad de lo que le servían se quedaba en el plato, y la botella del Chateau-margaux que tenía delante se vaciaba muy lentamente.

—No habrá necesidad, dijo el barón de Feroe, de que os corrijan á la manera que el ángel blanco lo hizo un día á Swedenborg. «Comes demasiado.» Demostráis esta noche una sobriedad ejemplar y cualquiera creería que tratabais de espiritualizaros por medio del ayuno.

—No sé si un bocado más ó menos desligará el alma de la materia, contestó Guy, y hará más diáfanos los velos que separan lo invisible de lo visible, pero no tengo apetito. Ciertas circunstancias, que parece no ignoráis, confieso que me tienen algo preocupado desde ayer y de una manera que no es en mí habitual. En mi estado normal no me distraigo en la mesa, y hoy, contra mi voluntad, me dominan otros pensamientos. ¿Tenéis algún proyecto para esta noche, barón? Si no tuvieséis nada útil ó agradable que hacer, os propondría que, después del café, fumásemos un cigarro en el saloncito del piano, donde nadie nos distraerá, á no ser que á alguno de estos señores le dé la gana de teclearlo, cosa que no es probable. Los músicos no han venido esta noche ocupados en el ensayo general de la nueva ópera.

El barón de Feroe accedió de la manera más delicada á los deseos de Malivert, y contestó que no había modo de emplear el tiempo mejor. Los dos elegantes se instalaron en un diván y se ocuparon al principio en echar bocanadas de humo de unos excelentes cigarros de la Vuelta de Abajo, pensando cada uno por su parte en la extraña conversación que iba á entablarse. Después de algunas observaciones sobre la calidad del tabaco que fumaban y sobre la preferencia que debe otorgarse al traje obscuro sobre el claro, el barón sueco entró de lleno en el asunto que Malivert trataba de abordar.

—Tengo que pedir os mil perdones por la advertencia enigmática que os hice la otra noche en casa la señora de Imbercourt; no me habíais hecho ninguna confidencia y fué hasta cierto punto en mí una indiscreción el penetrar en vuestro

pensamiento, antes de que me lo abrieseis. No lo hubiese hecho, porque no me gusta cambiar mi papel de hombre de mundo por el de mago, si no sintiese hacia vos grande afecto, y si no hubiese conocido por signos, que sólo son perceptibles á los adeptos, que recientemente habíais recibido la visita de un espíritu, ó por lo menos que el mundo invisible trataba de ponerse en comunicación con vos.

Guy afirmó que el conde no le había disgustado en poco ni en mucho, y que en una situación tan nueva para él, consideraba, antes al contrario, una fortuna el haber encontrado un guía que al parecer estaba muy al corriente de las cosas sobrenaturales, y cuyo carácter formal le era bien conocido.

—Bien comprenderéis, contestó el barón con una ligera inclinación de cabeza, como quien da las gracias, que yo no salgo á gusto de mi reserva; pero vos habéis visto, quizás, lo suficiente para no creer que todo acaba ó termina en nuestros sentidos, y para no tomarme, una vez puesta la conversación en este terreno de lo misterioso, por un visionario ó un iluminado. Mi posición me pone por encima de las sospechas del charlatanismo, y además yo no pongo á la vista del mundo más que mi vida exterior. No os pregunto qué os ha sucedido, pero veo que se ocupan de vos fuera de la esfera donde ordinariamente se encierra la vida común.

— Si, dijo Guy de Malivert, algo indefinible flota á mi alrededor y creo no cometer una indiscreción para con los espíritus, con quienes estáis en mejores relaciones, refiriéndoos en detalle lo que habéis presentido con vuestra intuición extrahumana.—Y acto continuo Guy le contó al barón todos los sucesos que le habían ocurrido la noche anterior.

El barón sueco le escuchó aflándose las guías del bigote de oro pálido, con no poca atención, pero sin manifestar la más pequeña sorpresa.

Guardó silencio un momento y pareció reflexionar profundamente; después y como si esta frase reasumiese todo

un encadenamiento de pensamientos interiores, dijo de pronto:

— Señor de Malivert, ¿no ha muerto ninguna joven enamorada de vos?

— Que yo sepa ni soltera ni casada, contestó Malivert; no tengo la fatuidad de creerme capaz de inspirar tales desesperaciones. Mis amores, si puede darse este nombre al beso distraído de dos imaginaciones, han sido muy tranquilos, poco novelescos, tan fácilmente atados como desatados, y para evitar escenas patéticas que me horrorizan, me lo he arreglado de manera que fuese yo siempre el engañado y el abandonado. Mi amor propio hacía este pequeño sacrificio á mi tranquilidad. Creo, pues, que no he dejado tras de mí muchas Arianas inconsolables, porque en estas historietas de la mitología parisienne la llegada de Baco precede regularmente á la marcha de Teseo. Además, debo confesarlo, si os he de dar una idea aproximada de mis facultades afectivas, no he sentido jamás por ninguna, esa pasión intensa, exclusiva, loca, de que todo el mundo habla sin haberla experimentado quizás. Ningún sér me ha inspirado la idea de unirme á él con lazo indisoluble, ni me ha hecho soñar con proyectos de existencias dobles confundidas en una sola, ni con esas huidas hacia los paraísos de azur, de luz y de frescura, que dicen sabe construir el amor lo mismo en una cabaña que en una boardilla.

— Lo que no quiere decir, mi querido Guy, que seáis incapaz para la pasión. Hay muchas clases de amor, y sin duda estáis reservado para más altos destinos allá donde se decide la suerte de las almas. Pero aún es tiempo, porque sólo el consentimiento de la voluntad hace que los espíritus aceleren su influencia sobre nosotros. Estáis en el lindar de un mundo ilimitado, profundo, misterioso, lleno de ilusiones y de tinieblas, donde luchan influencias buenas y malas que es necesario saber escoger; donde se ven maravillas y espantos

capaces de perturbar la razón humana. Nadie vuelve del fondo de ese abismo sin conservar en la frente una palidez que no se borra nunca, porque el ojo carnal no contempla impunemente lo que está reservado al ojo del alma. Esos viajes fuera de nuestra esfera ocasionan inexplicables abandonos, inspirando á la vez desesperadoras nostalgias. Deteneos en ese límite espantoso, no paséis de un mundo al otro y no contestéis al llamamiento que trata de sacaros de la vida sensible. Los evocadores se hallan seguros dentro del círculo que trazan á su alrededor, porque los espíritus no lo pueden franquear. Sea la realidad vuestro círculo y no salgáis de él, porque entonces cesa vuestro poder. Ya veis que no trato de hacer prosélitos.

—¿He de temer aventuras peligrosas, dijo Malivert, en ese mundo invisible que nos rodea, y cuya presencia sólo se revela á un corto número de privilegiados?

—No, contestó el barón; no os sucederá nada que pueda apreciarlo el ojo humano; pero vuestra alma puede quedar profundamente perturbada para siempre.

—¿El espíritu que me dispensa el honor de ocuparse de mí, es peligroso?

—Es un espíritu simpático, bueno y enamorado. Le he encontrado dentro de un círculo de luz; pero el cielo tiene su vértigo como el abismo. Acordaos de la historia del pastor enamorado de una estrella.

—Sin embargo, añadió Malivert, la frase que pronunciais en casa de la señora de Imbercourt parecía indicarme que huyese de toda unión terrestre.

—Debía hacerlo, contestó el barón; se necesitaba prevenir que permanecieseis libre, en el caso de que hubieseis contestado ya á las manifestaciones del espíritu; pero, supuesto que aún no lo habéis hecho, os advierto que aún pertenecéis á vos mismo, y que tal vez haríais bien continuando así vuestra vida habitual.

—Y casarme con la señora de Imbercourt, por ejemplo, contestó con sonrisa irónica, Guy de Malivert.

—¿Y por qué no?, dijo el barón de Feroe. Es joven, hermosa, os ama y he visto en sus ojos verdadera tristeza por vuestro habitual desvío. No será imposible que os visite algún alma.

—Peligro es ese que no quiero correr. No os esforcéis tanto, querido barón, en atraerme á la vida vulgar por medio de una solicitud que agradezco. Estoy más desprendido de ella de lo que os podéis figurar, y si he arreglado mi vida física de una manera cómoda y agradable, eso no prueba el que yo sea sensualista. En el fondo me es completamente indiferente el bienestar. Si he creído más conveniente el parecer sociable y alegre que afectar novelescas melancolías de mal gusto, no es eso decir que el mundo me encanta y satisface tal y como se halla constituido. Es verdad que no hablo en los salones, delante de un círculo de mujeres pretenciosas, del corazón, de las pasiones ó del ideal, pero conservo mi alma pura y orgullosa, libre de todo culto vulgar, esperándolo todo de un dios desconocido.

Mientras Malivert hablaba así con más fuego del que suelen emplear las gentes de mundo en lo que dicen, los ojos del barón de Feroe relampagueaban, y su fisonomía tomaba una expresión de entusiasmo que solía ocultar bajo una máscara de glacial indiferencia.

Se sentía satisfecho de ver á Guy resistiendo la tentación prosáica, para mantenerse en la voluntad espiritual.

—Supuesto que estáis decidido, querido Guy, volved á casa, porque es probable que recibáis nuevas comunicaciones. Yo me quedo porque le gané ayer cien lises á Aversac y le doy la revancha. El ensayo de la ópera debe haber terminado, porque oigo á los amigos que vuelven tarareando con voz de falsete las piezas que no han podido retener. Huid, porque sino esa cencerrada va á desacordaros el alma.

Guy dió un apretón de manos al barón y tomó asiento en el carruaje que le esperaba á la puerta del casino.

V

Guy de Malivert entró en su casa completamente decidido á correr la aventura. Aún cuando no parecía romántico, lo era en efecto; pero un alto y orgulloso pudor le hacía ocultar sus sentimientos y no le pedía al mundo más de lo que le daba. Relaciones agradablemente indiferentes le unían á sociedad sin encadenarle, pero eran lazos fáciles siempre de desatar. Ahora se concibe que su alma soñase con una dicha que hasta entonces no había logrado.

Desde que le había hablado el barón de Feroe de la proyección de la voluntad necesaria para atraer los espíritus del fondo del mundo invisible á los límites del que conocemos, Malivert reconcentró todos los poderes de su sér y formuló interiormente el deseo de entrar en comunicación más directa con el espíritu misterioso que se presentaba á su alrededor, y que no debía resistir mucho á la evocación, supuesto que él sólo había tratado de manifestarse.

Hecho esto, Malivert, que se encontraba en el estudio-biblioteca, donde le hemos visto al principio de esta historia, se puso á mirar y á escuchar con extraordinaria atención. Al principio no vió ni oyó nada, y sin embargo, los objetos que amueblaban la estancia, como estatuas, cuadros, antiguas escribanías de talla, curiosidades exóticas, trofeos de armas, todo le parecía que había tomado aspectos extraños que no tenía antes. Las luces y las sombras que proyectaba la lámpara le prestaba una vida fantástica. Un ídolo chino de jade parecía reírse hasta las orejas, con esa risa medio infantil y medio de viejo, y á una Venus de Milo que destacaba sobre un fondo sombrío sus agudos pechos, se le hinchaba

de coraje la nariz orgullosa y bajaba desdeñosamente los extremos de su boca arqueada. El dios chino y la diosa griega desaprobaban la empresa de Malivert, si hubiésemos de creer la expresión que tomaban bajo la influencia de la luz. Insensiblemente los ojos de Malivert como atraídos por una indicación interior se dirigieron á un espejo de Venecia, colgado de la tapicería de cuero cordobés.

Era uno de esos espejos del siglo pasado que se ven muchas veces en los *tocadores y salidas de baile* de Longhi, el Watteau de la decadencia veneciana, y como se encuentran aún algunos en casa de los chamarileros del Ghetto. La luna, en bisel, tenía todo el marco lleno de adornos de cristal tallado, al que coronaba un grupo de follaje y flores de la misma materia, que, sobre la superficie lisa del fondo, unas veces tomaban el aspecto de la plata mate, otras lanzaban desde sus facetas relámpagos prismáticos. En medio de este relampagueo, el espejo, pequeño como todos los de Venecia, parecía de un negro azulado muy profundo y se parecía á un agujero abierto en un vacío lleno de tinieblas ideales.

¡Cosa extraña! Ninguno de los objetos de enfrente se reflejaba. Parecía uno de ésos espejos de teatro que el decorador llena de tintas vagas y neutras para que no se copie la sala.

Un instinto vago le hizo presentir á Malivert que si aquella noche se efectuaba alguna revelación ocurriría allí. Aquel espejo, que ordinariamente no miraba, ejercía sobre él una especie de fascinación y absorbía toda su vista. Pero por mucho que se fijase en aquel punto, no distinguía nada más que aquella negrura, cuya intensidad misteriosa hacían resaltar los adornos de cristal. Por fin, creyó descifrar en la sombra como una blanca vaga y lechosa, una especie de luz lejana y temblorosa que parecía acercarse. Volvióse para ver qué objeto de la habitación podía proyectar aquel reflejo y no vió nada. Aun cuando Malivert fuese valiente y lo hubiese

probado en más de una ocasión, no pudo impedir que se le erizase el vello sobre la piel y le corriese por todo el cuerpo ese pequeño temblor de que habla Job. Iba voluntariamente y con conocimiento de causa á franquear el temible lindar, poniendo el pie fuera del círculo que la naturaleza le ha trazado al hombre. Quizás su vida saliese de la órbita y empezase á dar vueltas alrededor de un punto desconocido. Aunque los incrédulos se rían, nunca se ha realizado acto más grave, y Guy comprendía toda su importancia; pero un atractivo irresistible le arrastraba y continuó sondeando con la mirada el espejo de Venecia. ¿Qué iba á ver? ¿Bajo qué apariencia se presentaría el espíritu para hacerse sensible á la percepción humana? ¿Sería su figura graciosa ó terrible? ¿Traería la alegría ó el espanto? Aun cuando la luz del espejo no había tomado ninguna forma, Guy estaba persuadido de que sería un espíritu femenino. El suspiro que oyó el día anterior resonaba tiernamente en su corazón para que no fuese así. ¿Había pertenecido á la tierra?, ¿venía de una región superior ó de un planeta lejano? Esto es lo que no podía saber. Sia embargo, después de lo dicho por el barón de Feroe, pensaba que debía ser un alma, que había pasado por las condiciones de la vida terrestre, y á la cual una atracción, cuyos motivos sabría más tarde, arrastraba hacia su antigua esfera.

La mancha luminosa del espejo comenzaba á dibujarse de una manera más clara y á teñirse de colores ligeros, inateriales, por decirlo así, y que hubiesen hecho parecer terrosos los tonos más frescos de la paleta. Era más bien la idea de un color que el color mismo; un vapor atravesado por la luz, tan delicadamente arbolado, que no hay palabras humanas para explicarlo. Guy seguía mirando, presa de la emoción más ansiosamente nerviosa. La imagen se condensaba más y más sin obtener la precisión grosera de la realidad, y Guy de Malivert pudo ver por fin, limitada por el borde del cris-

tal, como un retrato en su marco, una cabeza de mujer, ó mejor de niña, de una belleza al lado de la cual es una sombra la belleza humana.

Ligera y sonrosada palidez coloreaba aquella cabeza, cuyos claro oscuros eran apenas sensibles, y que no necesitaba, como las figuras terrestres, del contraste para modelar, no estando, como no estaba, sometida á la luz que nos ilumina: Sus cabellos, de un tinte de aureola, adornaban como un humo de oro los contornos de la frente. En sus ojos medio cerrados, navegaban dos pupilas de azul oscuro, de indefinible dulzura, que recordaban esos trazos del cielo que á la hora del crepúsculo invaden los tonos violáceos de la tarde. Su nariz fina y delgada tenía una delicadeza ideal; una sonrisa á lo Leonardo de Vinci, con más ternura y menos ironía, hacía tomar á los labios sinuosidades adorables; su cuello flexible, un poco doblado, inclinaba la cabeza hacia adelante y se perdía en una media tinta plateada que hubiese podido servir de luz á otra figura.

Este débil boceto, hecho necesariamente con palabras creadas para referir cosas de este mundo, no puede dar más que una idea muy vaga de la aparición que Guy de Malivert contemplaba en el espejo de Venecia. ¿La veía con los ojos de la carne ó con los del alma? ¿Existía realmente la imagen, y hubiese podido verla también una persona que no estuviese sometida al mismo influjo nervioso? He ahí una cuestión difícil de resolver; pero en todo caso lo que él veía, aunque *semejante*, no *se parecía* en nada á lo que pasa en esta vida por una cabeza de mujer. Eran los mismos rasgos, pero más perfeccionados, transfigurados, idealizados y hechos perceptibles por una substancia algo inmaterial, que no tenía más que la densidad indispensable para que pudiesen palparla, en la espesa atmósfera terrestre, aquellas pupilas cuyos velos aun no han caído. El espíritu ó el alma que se comunicaba con Guy, había tomado sin duda, la forma de su

última envoltura precedera, pero tal y como debía ser en un medio más sutil, más etéreo, donde no pueden vivir más que los fantasmas de las cosas y no las cosas mismas. Aquella visión sumía á Guy en un éxtasis inefable; el sentimiento de temor que había experimentado antes se había disipado y se entregaba sin reservas á lo desconocido de la situación, sin discutir nada, admitiéndolo todo y decidido á encontrar natural lo sobrenatural. Acercóse al espejo creído de que iba á ver aun más claramente los trazos del retrato, pero quedó como lo veía antes, más cerca, y sin embargo, más lejos, parecido á la proyección, sobre la superficie interior del cristal, de una figura colocada á una distancia humanamente inconmensurable. La realidad de lo que veía, si es posible servirse de tal palabra en semejantes circunstancias, estaba seguramente allí, en las regiones profundas, lejanas, enigmáticas, inaccesibles á los vivos, y al borde de las cuales el pensamiento más atrevido apenas osa aventuraræ. Guy trató inútilmente de asimilar aquel rostro á algún recuerdo terrestre: era completamente nuevo para él, y sin embargo, parecía conocerlo. ¿Dónde lo había visto? No era seguramente en el mundo sublunar y terráqueo.

Aquella era la forma, bajo la cual deseaba mostrarse *Es-pirita*, porque Guy de Malivert, no sabiendo qué nombre darle á la aparición entrevista en el espejo, la había bautizado así hasta saber que nombre era el que le cuadraba mejor. En breve le pareció que la imagen se iba borrando y se desvanecía en las profundidades del espejo; ya no se veía más que como el vapor ligero de un soplo, y después este mismo vapor se borró. El término de la aparición se conoció en el súbito reflejo de un cuadro dorado que colgaba de la pared opuesta: el espejo había cobrado su propiedad reflexiva.

Cuando estuvo bien convencido de que la aparición no se renovarí, al menos aquella noche y de aquella manera, Guy

se reclinó en el sillón, y aunque acababan de dar las dos de la mañana en el reloj, aconsejándole con su timbre argentino que se acostase, no pudo resolverse á entrar en la cama. Sin embargo, se sentía cansado; aquellas emociones de un género tan nuevo, aquellos primeros pasos fuera del mundo real, le habían causado esa lasitud nerviosa que rechaza el sueño. Además temía que durmiendo se le escapase alguna minifestación de Espirita.

Con los pies alargados sobre la barra del guardafuego de la chimenea, cuya lumbre se había reanimado sola, Guy reflexionó acerca de lo que le acaba de suceder y que dos días antes se hubiese atrevido á negar hasta la posibilidad. Pensaba en aquella encantadora cabeza que le llamaba para hacerle olvidar como vanas sombras esas bellezas que entrevén las mágias del sueño, la imaginación de los poetas y el genio de los pintores. Descubrió mil indecibles suavidades, mil atractivos que ni la Naturaleza ni el arte podrían reunir en un tipo, y pensó muy bien, en vista de la muestra, de los habitantes del otro mundo. Después se preguntó qué simpatía extraña, qué afinidad misteriosa y hasta entonces desconocida, podría atraer hacia él desde el fondo del infinito aquel angel, aquella sílfide, aquella alma, aquel espíritu, cuya esencia ignoraba aún y que no sabía á qué orden inmaterial referir. No se atrevía á envanecerse de haber despertado el amor en un sér de una naturaleza tan superior, porque el orgullo no era un defecto de Malivert, y sin embargo, había de reconocer que Espirita, por el suspiro que había dado, por la carta cuyo sentido había cambiado, por la prohibición murmurada á la puerta de casa la señora de Imbercourt, por la frase inspirada sin duda al barón sueco, parecía experimentar hacia él, Guy de Malivert, simple mortal, un sentimiento de naturaleza femenina y que en este mundo se hubiese llamado celos. Pero lo que él comprendió enseguida es que estaba perdido, desesperado é irrevocablemente enamo-

rado, é invadido repentinamente de una pasión que no podría satisfacer toda una eternidad.

Desde aquel momento borráronse de la memoria todas las mujeres que había conocido. Con la aparición de Espirita había olvidado el amor terrestre como Romeo olvidó á Rosalinda al ver á Julieta. Aun siendo D. Juan, se hubiesen borrado de su memoria los tres mil nombres encantadores. No sin cierto temor se sintió bañado en aquella llama súbita que devoraba toda idea, voluntad ó resistencia, para dejar solamente vivo en el alma el amor; pero era demasiado tarde y ya no se pertenecía. El barón de Feroe tenía razón al decir que era cosa muy tremenda el franquear vivo la barrera de la vida y avénturarse, cuerpo opaco entre las sombras, sin llevar en la mano la rama de oro que obedecen los fantasmas.

Una idea terrible pasó por la cabeza de Malivert. Si Espirita tuviese el capricho de no reaparecer, ¿por qué medio podría ir á buscarla?; y si no existía ese medio, ¿cómo podría soportar las tinieblas del sol después de haber contemplado un instante la verdadera luz? El sentimiento de una desgracia inmensa invadió todo su sér y cayó en extraordinario abatimiento; tuvo un instante de horrible desesperación, largo como una eternidad. Ante aquella suposición, que ningún indicio confirmaba, se le agolparon las lágrimas á los ojos, asomáronse por entre las pestañas, y aun cuando hizo esfuerzos para contenerlas, avergonzado de semejante debilidad, acabaron por desbordarse y rodar lentamente por sus mejillas. Mientras lloraba sintió, con una sorpresa mezclada de satisfacción, un velo más fino que las telas más ligeras, algo como aire tramado ó viento tejido que pasaba por su rostro como una caricia y secaba empapáudolas, las gotas amargas. El roce del ala de una mariposa no hubiese sido más delicado. No era una ilusión, porque el contacto se había renovado tres veces, y una vez secas sus lágrimas,

Malivert creyó ver fundirse en la sombra, como una nubecilla en el cielo, un copito diáfano y blanco.

Ante aquella atenta y tierna simpatía, Malivert se convenció de que Espirita, que parecía rodar siempre invisible á su alrededor, contestaría á su llamamiento, encontrando, por medio de su lucidez de sér superior, medios fáciles de correspondencia. Espirita podía venir al mundo que él habitaba, para todo lo que un alma puede mezclarse con los vivos, y á él, simple mortal, le estaba prohibido, por los impedimentos y la pesadez de la carne; perseguirla por la región ideal en que se moría; y si decimos que Malivert pasó de la desesperación más sombría á la alegría más pura, no sorprenderemos á nadie. Si un simple mortal os precipita en un solo día diez veces en el infierno y os hace remontar al cielo otras diez, inspirándoos tan pronto la idea de pegaros un tiro como la de comprar una *villa* junto al lago de Como, para abrigar vuestra eterna felicidad, figuraos si no serán mucho más violentas las emociones que produce un espíritu.

Si la pasión de Guy por Espirita, parece demasiado repentina, es preciso tener en cuenta, que el amor nace muchas veces de una sola mirada, y que una mujer vista de lejos en un palco, con unos gemelos de teatro, no difiere mucho de un reflejo de alma visto en un espejo, y que muchas pasiones serias no han tenido otro comienzo; además, para Guy, aquel amor era menos repentino de lo que parecía. Hacía mucho tiempo que Espirita se agitaba en la atmósfera de Guy, preparando sin que él lo notase, su alma á comunicaciones sobrenaturales, inspirándole á través de la mundana frivolidad, pensamientos que iban más lejos que las vanas apariencias, creándole nostalgias del ideal por medio de recuerdos confusos, de los mundos superiores, desviándole de amores vanos, y haciéndole presentir una felicidad que no podía darle la tierra. Ella era la que había roto alrededor de Malivert todos los hilos y todas las telas empe-

zadas á urdir, quien le revelava el ridículo ó la perfidia de esta ó de la otra querida pasajera, guardándole hasta entonces, el alma libre de lazos indisolubles. Ella le habia detenido al borde de lo irremediable, porque la existencia de Guy, aun cuando no habia dado lugar á ningún suceso de apreciable significación bajo el punto de vista humano, llegaba á un momento decisivo; las balanzas misteriosas, pesaban su suerte; y esto habia determinado á Espirita á salir de la sombra en que se escondía su secreta protección, para presentarse á Guy, á quien ya no podían dirigir más tiempo influencias ocultas. ¿Cuál era el motivo de aquel interés? ¿Espirita obraba por espontáneo movimiento ú obedecía á una orden emanada de aquella esfera radiante donde *se puede* lo que *se quiere*, según la expresión del Dante? Sólo ella podía revelarlo y quizás lo revelaria muy pronto.

Por fin Malivert se acostó y no tardó mucho en dormirse con sueño ligero, transparente y lleno de maravillosos deslumbramientos que más tenían el carácter de visiones, que el de sueños. Inmensidades azules, con regueros de luz que cruzaban valles de plata y oro hasta perderse en perspectivas sin límites, se abrian ante sus ojos cerrados; después se desvanecía este cuadro para descubrir en una profundidad mayor, ríos de cegadora fosforescencia, que formaban como cascadas de soles liquefactados, que cayesen de la eternidad al infinito; la cascada desaparecía también y en su lugar se extendía un cielo, con aquél blanco intenso y luminoso que revistió en otro tiempo ante los transfigurados del Thabor. De aquel fondo en el que se hubiese podido creer que estaba el paroxismo extremo del esplendor, brotaban acá y acullá cohetes estelares, reflejos más vivos, ráfagas aún más intensas. Había en aquella luz sobre la que las estrellas más brillantes se hubiesen destacado en negro, así como el hervor de un porvenir perpetuo. De vez en cuando sobre la inmensa irradiación pasaban, semejantes á pájaros por delante de la esfera

del sol, espíritus que se distinguían, no por su sombra, sino por lo diferente de su luz. En aquel emjambre creyó Guy conocer á Espirita, y no se equivocaba por más que sólo fuese un punto brillante en el espacio, un glóbulo sobre la claridad incandescente. Por medio de aquel sueño Espirita había querido mostrarse á su amante en su verdadero centro. El alma desprendida durante el sueño de los lazos del cuerpo se prestaba á aquella visión, y Guy pudo ver durante algunos minutos por medio del ojo interior, no el extramundo mismo, cuya contemplación sólo se permite á las almas ya desligadas, sino un rayo filtrado por la mal cerrada puerta de lo desconocido, á la manera que en una calle sombría se ve por debajo de la puerta de un palacio iluminado interiormente una raya de luz que hace presumir el esplendor de la fiesta. No queriendo fatigar el organismo aún demasiado humano de Malivert, Espirita dispó las visiones llevándole del éxtasis al sueño ordinario. Al caer en la noche del sueño vulgar, Guy experimentó una sensación parecida á la de un marisco que lo encerrasen en una concha de mármol negro, ¡tanta era la densidad de las impenetrables tinieblas! Después todo se borró, hasta aquélla misma sensación, y Guy, durante dos horas, descansó en aquel no ser de donde la vida brota más joven y más fresca.

Durmió hasta las diez, y Jak que expiaba el sueño de su señor, al verle con los ojos abiertos, empujó de golpe la puerta, que tenía entornada, entró en la habitación, descorrió las cortinas y le presentó en una bandeja de plata dos cartas que acababan de traer: una de la señora de Imbercourt y otra del barón de Feroe. La primera que abrió Guy de Malivert fué la del barón.

VI

La carta del barón de Feroe sólo contenía estas palabras: «¿César ha pasado el Rubicón?» La de la señora de Imbercourt, mucho menos breve, insinuaba, á través de algunas frases retorcidas, que no había que tomar muy en serio vagas murmuraciones, y que el cesar de golpe en sus visitas habituales era quizás más comprometedor que el multiplicarlas. La epístola terminaba con una frase relativa á la Adeline Patti, que parecía indicarle á Malivert, que tenía un sitio guardado en el palco número 22 de los Italianos. Mucho admiraba Guy á la joven *diva*, pero en el estado de ánimo en que se encontraba prefería oirla otra noche, y se propuso inventar un medio para faltar á la cita.

Hay en el espíritu humano mucha tendencia á dudar de las cosas extraordinarias, cuando el medio en que se producen ha recobrado su aspecto habitual. Así es, que, Malivert, al mirar á la luz del día el espejo de Venecia que azuleaba en el centro de su marco de cristal tallado, y no viendo más que la reflexión de su propia fisonomía, preguntábase si era cierto que aquel pedazo de cristal pulimentado le había hecho ver pocas horas antes la imagen más deliciosa que haya visto la pupila humana. Su razón había querido atribuir aquella visión celeste, á un sueño y á un delirio engañoso, pero su corazón desmentía á la razón. Aunque sea muy difícil apreciar la realidad de lo sobrenatural, sentía que todo aquello era verdad y que detrás de la calma de las apariencias se agitaba el mundo del misterio. Sin embargo, nada había cambiado en aquella habitación tan tranquila antes, y los visitantes no hubiesen notado nada de particular; más para Guy, de ahora en adelante los cierres de una mesa ó de un armario podían haberle una puerta sobre el

infinito, y hasta los menores ruidos le hacían temblar, porque los tomaba por advertencias.

Para sustraerse á aquella excitación nerviosa, resolvió dar un largo paseo, porque presentía que las apariciones de Espirita serían nocturnas. Por otra parte, si élla se creía obligada á comunicarle algo, su ubicuidad fantástica le facilitaba los medios para encontrarle y manifestársele allí donde estuviesen. En aquellos amores, si es que se les puede dar este nombre á unas relaciones tan vagas, tan ligeras, tan aéreas é impalpables, el papel de Malivert era pasivo por necesidad. Su querido ideal podía á cada momento hacer irrupción en su mundo y él estaba incapacitado para seguirle en los espacios imaginarios que él habitaba.

Había nevado la antevispera, y, cosa rara en París, aquella blanca sábana no se había fundido bajo la influencia de un aire tibio para convertirse en esas gachas frías, que son aún más repulsivas que el fango negro de los antiguos empedrados y que el barro amarillento del moderno macadam. Un frío intenso la habría cristalizado y crujía como vidrio bajo las ruedas de los coches y las suelas de los transeuntes. Grymalkin trotaba bien y además Malivert poseía un trineo con todos los arneses necesarios, que había comprado en San Petersburgo. La oportunidad de usar el trineo no es frecuente en nuestro clima templado, y los *sportsmen* la aprovechan con entusiasmo. Guy tenía el amor propio de su trineo, que era el único de París al que no le faltaba ningún detalle y que hubiese podido presentarse con honor en las carreras de la plaza del Neva. Aquella rápida carrera en medio de un aire saludablemente helado le sonreía. Durante el riguroso invierno que había pasado en Rusia aprendió á saborear las voluptuosidades septentrionales de la nieve y del frío; gustábale deslizarse sobre el blanco tapiz, apenas rayado por el acero de los patines, conduciendo con ambas manos, á la manera que los ivoschtchiks, un caballo de mucho

andar. Lo hizo enganchar y estuvo muy pronto en la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos. La pista no estaba abierta y levantada como sobre la perspectiva Nevski, pero la nieve estaba bastante espesa para que el trineo pudiese deslizarse sin huecos demasiado sensibles. No es posible exigir en un invierno de París la perfección de un invierno moscovita. En el bosque de Bolonia cualquiera se hubiese podido creer en las *islas*, á juzgar por lo compacta y blanca que se conservaba la capa de nieve, sobre todo, en los andenes transversales, que es por donde pasan menos coches y caballos. Guy de Malivert tomó un camino que atravesaba un bosque de pinos, cuyos brazos negruzcos cargados de nieve le recordaban sus paseos de Rusia. Las pieles no le faltaban y el cierzo le parecía un céfiro tibio, comparado con aquel aire que helaba el mercurio y que él había afrontado en Rusia.

Inmensa multitud se agrupaba alrededor del lago, y la afluencia de carruajes era tanta como en los mejores días del otoño ó de la primavera, cuando se corren caballos célebres en el hipódromo de Logchamp, y la gente se ve arrastrada por este atractivo. Veíanse medio acostados en los asientos de los carruajes de ocho muelles, sobre una inmensa piel de oso blanco dentellada de escarlata, las verdaderas mujeres de mundo, oprimiendo con los abrigos de seda forrados de pieles los cálidos manguitos de marta cibelina. Sobre los pescantes, adornados con gruesos cordones de pasamanería, los cocheros de las casas ricas estaban sentados majestuosamente, con los hombros abrigados con una esclavina de piel de zorra, y mirando pasar con ojo aún más desdeñoso que el de sus señoras, á esas señoritas que guían por sí mismas los caballos enganchados á un vehículo tan extravagante como pretencioso. Había también muchos carruajes cerrados, porque en París la idea de ir en carruaje descubierto con cinco ó seis grados de frío, parece demasiado ártico y boreal. Ha-

bía unos cuantos trineos que llamaban la atención entre todos aquellos vehículos con ruedas, que parecían no haber tenido noticia de la nieve, pero el trineo de Malivert lo llamaba sobre todos. Algunos señores rusos que paseaban por allí; contentos como el rengífero en la nieve, no pudieron menos de alabar la elegante curva de la *douga* y la manera correctísima como estaban enganchadas las finas correas del arnés.

Eran las tres próximamente: una ligera niebla ocultaba los bordes del horizonte, y sobre el fondo gris se destacaban los delicados nervios de los árboles desnudos que, con sus delgadas ramas, parecían esas hojas, de las cuales se ha quitado la pulpa para conservar sólo las fibras. Un sol sin rayos parecido á un amplio sello de lacre encarnado bajaba entre la niebla. El lago estaba cubierto de patinadores. Tres ó cuatro días de helada habían bastado para formar un hielo que soportase el peso de aquella multitud. La nieve barrida y amontonada en las orillas, dejaba entrever la superficie obscura y pulimentada, rayada en todos sentidos por el cuchillo de los patines, como esos espejos de las fondas donde las paredes enamoradas garrapatean sus nombres con el auxilio de un diamante. A la orilla estaban los alquiladores de patines, para uso de los aficionados de la clase media, cuyas caídas servían de intermedios cómicos á aquella fiesta del invierno á aquel bailable del *Profeta*, ejecutado en grande. En el centro del lago las celebridades del patín se entregaban á sus proezas, esbeltamente vestidas. Se deslizaban como el relámpago, cambiaban bruscamente de dirección, evitaban los choques, se detenían de súbito clavando el talón del cuchillo, describían curvas, espirales, números ocho y dibujaban letras, como esos caballeros árabes que con la punta de la espuela escriben á repelo en el flanco de su caballo, el nombre de Alah. Otros empujan en ligeros trineos, fantásticamente decorados, algunas bellas señoras todas cubiertas

de pieles, que se volvían para sonreírles embriagadas por la rapidez y por el frío. Estos llevaban cogida de la punta del dedo alguna joven elegante con sombrero ruso ó húngaro, grande abrigo de Brandeburgo con adornos de piel de zorra, falda de colores vivos levantada acá y acullá, con corchetes y botitas de charol que cruzaban, como las cintas de un coturno, las correas del patín. Aquéllos luchaban en velocidad deslizándose sobre un sólo pie, aprovechando la fuerza de impulsión, inclinados hacia delante como el Hipómene y la Atalanta que hay bajo los castaños de uno de los parterres de las Tullerías. El medio más seguro de ganar la carrera hubiese sido, lo mismo hoy que ayer, haber ido dejando caer manzanas de oro delante de esas Atalantas vestidas por Worth; pero las había también de bastante buena casa, para que un aderezo de brillantes no las detuviese ni un minuto. Aquel perpetuo hormigueo de trajes de una elegancia bastante extraña y de rica originalidad, aquella especie de baile de máscaras sobre el hielo, constituía un espectáculo gracioso, animado, encantador, digno del pincel de Watteau, de Lancret ó de Barou. Ciertos grupos recordaban esos bajo-relieves de los antiguos castillos que representan las cuatro estaciones, en que figura en invierno un señor elegante empujando en un trineo de forma de cigüeña á una marquesa con máscara de terciopelo, que convierte su manguito en un buzón de cartas y billetes dulcísimos. Si hemos de decir verdad, les faltaba la máscara á aquellas caras bonitas, amoratadas por el frío, pero en cambio, el medio velo adornado con estrellitas de acero ó con una franja de azabaches la podía sustituir.

Malivert detuvo su trineo junto al lago y miró aquella escena pintoresca y divertida, cuyos principales actores le eran conocidos. Sabía bastante de mundo para distinguir los amores, las intrigas, y en una palabra, todos los resortes que ponían en movimiento aquella escogida multitud, aquel

rebaño de comparsas, que figura sin saberlo, alrededor de todo espectáculo y sirve para que la acción no se desarrolle demasiado clara y desnuda. Pero miraba todo aquello con ojos muy desinteresados, y hasta vió pasar, sin sentir celos de ninguna clase, á una persona muy linda, que se había mostrado sumamente bondadosa con él, y se apoyaba ahora de una manera íntima y simpática en el brazo de un bello patinador.

Al poco rato soltó las riendas á Grymalkin, que pifaba impaciente sobre la nieve, y volviéndole la cabeza hacia París, se puso á descender la avenida del lago, ese Longchamp perpetuo de los carruajes, donde los paseantes tienen la satisfacción de ver reaparecer diez ó doce veces en una hora la misma berlina con caja amarilla, adornada siempre solemnemente con una vieja linajuda, y el mismo *coupé* de ojo de cuervo con un perrito de la Habana asomado á la portezuela y una cabeza de bicho peinada á lo perro.

Guy volvía, moderando el paso de su caballo, con el objeto de impedir que atropellase alguno en aquella avenida, demasiado frecuentada para que se pudiese abandonar el noble bruto á toda velocidad, y porque no es de buen tono el ir á escape sobre aquella privilegiada pista. De pronto vió venir hacia él un carruaje muy conocido, con el que no se hubiese querido encontrar. La señora de Imbercourt era muy friolera, y Guy no creía encontrarla con un frío de cinco á seis grados, lo cual prueba que no conocía á las mujeres, porque ninguna temperatura las impide el que vayan allí donde la moda ó la elegancia exige que se las vea. Y no había nada tan elegante aquel invierno como el presentarse en el bosque de Bolonia y dar una vuelta al lago helado entre las tres y las cinco de la tarde; cita, merced á la cual, *todo París*, para servinos de una frase de los revisteros, puede reunir en un mismo punto, algunos nombres é individuos célebres bajo diferentes puntos de vista. Es vergonzoso para una mu-

jer algo distinguida, el no ver sus iniciales en alguna revista bien detallada, donde figuren las bellezas del día. La señora de Imbercourt, era bastante bella, bastante rica y bastante á la moda para creerse dispensada de asistir al rito de los elegantes, é iba á la peregrinación del lago temblando algo debajo de las pieles que, como todas las francesas, llevaba por fuera. Malivert hubiese querido soltarle las riendas á Grymalkin, para que, de acuerdo con su gusto, emprendiese el trote largo; pero la señora de Imbercourt le había vista ya y no tuvo más remedio que poner su trineo al lado del coche de la condesa.

Hablaba con ella de una manera general y distraída, excusándose con un gran convite que acabaría tarde, para evitarse la visita á los Italianos, cuando de pronto otro trineo casi hizo volcar el suyo. Llevaba éste un magnífico caballo de la raza Orloff, tordillo, crín blanca y una cola blanca con cerdas de esas que brillan como hilos de plata. Refrenado por un cochero ruso de barba larga, caftan de paño verde y gorra de terciopelo forrada de astrakán, se indignaba rabioso bajo el freno y encorvaba el cuello hasta tocarse las piernas con las narices. La elegancia del vehiculo, el traje del cochero y la belleza del caballo atraieron las miradas de Guy; pero ¿qué sucedió cuando en la mujer sentada en el ángulo del trineo, y á la cual había tomado por una de esas princezas rusas que vienen uno ó dos inviernos á deslumbrar á París con su lujo excéntrico—como si París pudiese deslumbrarse con algo—reconoció, ó creyó reconocer, rasgos y semejanzas con una cara entrevista y desde entonces inalterablemente grabada en el fondo de su alma, pero á la cual no esperaba encontrar en el bosque de Bolonia, después de habersele aparecido como Elena á Fausto en una especie de espejo mágico? Al verla sintió tal estremecimiento, que al comunicarse á Grymalkin aquella conmoción nerviosa echó á correr. Guy dirigió á la señora de Imbercourt algunas pa-

labras de excusa sobre la impaciencia del caballo, á quien no podía dominar, y se puso á seguir el trineo que aceleró también el paso.

La señora, asombrada de que la siguiesen, medio volvió la cabeza sobre el hombro para ver quién era el atrevido, y aún cuando no se le veía más que en esa postura que llaman los artistas perfil perdido, Guy pudo adivinar á través de la negra redecilla la diadema de oro rizado, las pupilas de azul obscuro, y sobre las mejillas aquel sonrosado ideal del que la nieve de las altas cimas coloreada por el sol poniente, apenas puede dar una idea lejana. En el pulpejo de la oreja brillaba una turquesa, y en la parte de la nuca que se veía entre el cuello del abrigo y el borde del sombrero jugueteaba un ricito ligero como un soplo fino como el cabello de los niños.

Era la aparición nocturna, pero con ese grado de realidad que debe tomar un fantasma á la luz del sol y junto al lago del bosque de Bolonia. ¿Cómo estaba allí Espirita revestida de una forma tan humanamente encantadora y tan visible para los otros como para él?; pues era difícil creer, aun admitiendo lo impalpable de la aparición, que también el cochero, el caballo y el trineo fuesen una sombra. Guy no se tomó el trabajo de resolver esta cuestión y para asegurarse de que no le engañaba una de esas semejanzas que se disipan al examinarlas de cerca, quiso adelantarse al trineo para ver cara á cara aquella misteriosa fisonomía. Estimuló á Grymalkin, le hizo partir como una flecha, y durante algunos minutos su respiración de blanco vapor tocó en lo trasera del trineo perseguido; pero aun cuando era una buena bestia Grymalkin, no tenía fuerzas para luchar con un caballo ruso, que era el ejemplar más bonito de su raza que había visto Malivert. El cochero del caftan dió un chasquido con la lengua, y el caballo tordillo, con cuatro zancadas, se puso á bastante distancia de Grymalkin, dejando entre los dos trineos

espacio suficiente para tranquilizar á su señora, si es que se había alarmado.

La idea de la señora, que tanto se le parecía á Espirita, no era, sin duda alguna, la de desesperar la persecución de Malivert, porque su trineo tomó un paso más moderado. La carrera había llevado los dos trineos por la avenida de los pinos, que no estaba á la sazón obstruida por ningún vehículo, y se estableció la caza de una manera regular. Sin embargo, Grymalkin no pudo alcanzar al caballo de la raza Orloff, porque su mayor esfuerzo llegaba apenas á sostener la misma distancia entre los dos trineos. Las herraduras de los caballos despedían blancos copos que se deshacían en polvo helado sobre el cuero barnizado del guardanieves, y el humo blanquecino que producía la transpiración de los nobles corceles, les envolvía como las nubes clásicas. Al extremo de la avenida que cerraban los carruajes que bajaban por la avenida principal, los dos trineos se encontraron un momento, el uno al lado del otro, y Guy pudo ver durante algunos segundos el rostro de la falsa rusa, con el velo levantado por el aire. Una sonrisa de celestial malicia vagaba por sus labios, cuyas sinuosidades formaban el arco trazado por la boca de Monna Lisa. Sus ojos relampagueaban, azulados como záfiro, y un vapor algo más sonrosado, coloraba sus aterciopeladas mejillas. Espirita, porque era ella, bajó el velo y el cochero excitó al animal, y éste corrió con impetuosa celeridad.

Guy dió un grito de espanto porque en el mismo momento, cruzaba el camino una berlina, y olvidándose de que Espirita era un sér inmaterial libre de todos los accidentes terrestres, temió un choque espantoso; pero caballo, cochero y trineo pasaron á través del carruaje, como á través de una niebla, y bien pronto los perdió de vista Malivert. Grymalkin parecía asustado y sacudidas nerviosas hacían temblar sus piernas, tan firmes de ordinario, como si no se explicase

la desaparición del trineo. Los animales tienen instintos de misteriosa profundidad; ven lo que muchas veces escapa al ojo distraído del hombre y se diría que muchos de ellos poseen el sentimiento de lo sobrenatural. Bien pronto se tranquilizó tomando en la orilla del lago la fila de los carruajes auténticos.

Al bajar por la avenida de la Emperatriz, Guy se encontró al barón de Feroe que volvía también del bosque en un ligero droscki. El barón, después de pedirle fuego á Malivert para encender el cigarro, le dijo medio en serio y medio en broma: «La señora de Imbercourt no está contenta. ¡Si cometéis la torpeza de ir esta noche á los Italianos os va á poner bueno! Me parece que no le ha gustado esa *steeple-chase* de trineos. Decidle á Jack que le eche á Grymalkin una manta, porque podría pillar una pulmonía.»

VII

Guy no estaba en disposición de asombrarse de cosas extrañas y no encontró nada extraordinario en que un trineo pasase al través de un coche. Aquella facultad de salvar obstáculos contra los que se hubiesen estrellado los vehiculos terrestres, ponía bien á las claras que se trataba de un carruaje fantástico salido de las cocheras de la niebla, el cual sólo podía arrastrar á Espirita. Decididamente Espirita era celosa, y como lo probaban todas sus acciones, deseaba que Malivert rompiese con la señora de Imbercourt. El medio empleado no era malo, sin duda alguna, porque al dar la vuelta del Arco de la Estrella, Guy vió á la condesa en su coche, escuchando con mucha indulgencia las proposiciones amables que debía hacerle el Sr. de Aversac, galantemente inclinado sobre la cruz del caballo que mantenía al paso.

—Esta es la revancha del trineo, pensó Malivert, pero yo

no soy hombre que se incomoda. De Aversac, es un joven de un talento falso, como la señora de Imbercourt una falsa belleza. Son el uno para el otro, y los juzgo de una manera desinteresada desde que no me incumben los asuntos de este mundo. Haríais unos «esposos muy adecuados para el lazo matrimonial», como dice no sé qué canción.

La señora de Imbercourt, tan pronto como vió á Guy, inclinóse un poco más de lo conveniente al borde del carruaje, para contar á las galanterías de Aversac. La pobre condesa pensaba recobrar á su tibio adorador, excitando su amor propio. No había entrevisto más que el contorno de Espirita, pero había adivinado una rival temible. El apresuramiento de Guy, tan tranquilo de ordinario, en perseguir aquel trineo misterioso y aquella mujer que nadie había visto jamás en el bosque, le habían dado en la llaga, porque no se había considerado satisfecha con la excusa que le diera tan de prisa, ni creía que Grymalkin se lo hubiese llevado escapado. De Aversac, lleno de satisfacción, y no teniendo la costumbre de verse tan bien tratado, atribuyó modestamente á sus méritos personales, lo que hubiese sido más prudente explicar, por un arranque de celos femeninos. En su magnanimidad, llegó á compadecer al pobre Malivert, demasiado seguro del afecto de la señora de Imbercourt. Cualquiera puede suponer todos los proyectos, que ayudada por una falsa apariencia, se puso á edificar sobre este pequeño éxito la fatuidad de tal señor.

Aquel día, Guy comió en una casa particular, á la que no podía menos de concurrir, porque la invitación estaba hecha hacia bastante tiempo. Afortunadamente eran muchos los convidados, y nadie advirtió su preocupación. Terminada la comida, cambió algunas palabras con la dueña de la casa, y hecha constar su presencia, operó una sabia retirada hacia el segundo salón, donde estrechó la mano de algunos hombres importantes que se habían replegado allí para ha-

blar de asuntos secretos ó de interés. Después se marchó al casino, para ver al barón de Feroe. Le encontró efectivamente, sentado delante de una mesita con tapete verde, jugando al *ecarté* con el satisfecho de Aversac, á quien haremos la justicia de decir que trató de ocultar su alegría íntima, para no humillar á Malivert. Contra lo que dice el refrán, de *afortunado en el juego, desgraciado en amores*, de Aversac, ganaba, cosa que á ser un poco supersticioso, debía inspirarle algunas dudas respecto á la legitimidad de sus esperanzas. Cuando terminó la partida, como el barón perdía, pudo levantarse, y pretextando cansancio, rehusar la revancha que le ofrecía su adversario. El barón de Feroe y Guy de Malivert, salieron juntos y dieron algunos paseos por el boulevard más próximo al casino.

—¿Qué pensarán los concurrentes de ese salón que llamamos Bosque, díjole Guy al barón, de aquella mujer, de aquél trineo, de aquél caballo y de aquel cochero, tan maravillosamente notables y que nadie conocía?

—La visión no ha sido más que para vos, para la condesa, á quien quería impresionar el espíritu, y para mí, que como iniciado, veo lo que es inapreciable para el resto de los hombres. Tened la seguridad de que si la señora de Imbercourt habla de la hermosa princesa rusa y de su magnífico tren, nadie sabrá lo que quiere decir.

—¿Creéis que volveré á ver pronto á Espirita?

—Esperad su visita, contestó el barón; mis correspondencias del otro mundo, me aseguran que allí se ocupan mucho de vos.

—¿Será esta noche ó mañana, en mi casa ó donde menos lo espere, como ha sucedido hoy?, preguntó Malivert, con la impaciencia de un enamorado, ávido de pasión y de un neófito ansioso del misterio.

—No puedo contestaros; los espíritus, para quienes el tiempo no existe, no tienen hora, supuesto que navegan por

la eternidad. Para Espirita, el veros esta noche ó dentro de mil años, es lo mismo; pero los espíritus que entran en comunicación con nosotros, tienen en cuenta la brevedad de nuestra vida y la imperfección y fragilidad de nuestros órganos; saben que entre una y otra aparición, según el cuadrante eterno, la perecedera envoltura del hombre, puede cien veces convertirse en polvo, y es probable que Espirita no os haga padecer. Ha bajado á nuestra esfera, y parece decidida á no remontarse á la suya hasta que quede cumplido su proyecto.

—¿Y qué proyecto es ese? Vos, para quien nada permanece oculto en el mundo sobrenatural, debéis conocer los motivos que arrastran á ese espíritu puro, hacia un sér sometido aún á las condiciones de la vida.

—En cuanto á eso, mi querido Guy, contestó el barón, mi boca está sellada, porque hay que respetar los secretos de los espíritus. Me han encargado que os advierta contra toda seducción terrestre y que impida se formen lazos que atarian vuestra alma en un sitio donde sentiríais eternamente no veros libre, y mi misión no puede extenderse á más.

Mientras hablaban así Malivert y el barón, seguidos por sus carruajes que marchaban al paso por el arroyo, llegaron á la Magdalena, cuya columnata griega, plateada por los pálidos rayos de una luna de invierno, tomaba al otro lado de la ancha calle Real, cierto aire del Partenón, que le quita el día. Al llegar allí, los dos amigos se separaron, y subieron en sus carruajes.

Una vez en su casa, Malivert echóse sobre un sillón, y con el codo apoyado en la mesa, se puso á pensar. La aparición de Espirita en el espejo, le había inspirado ese deseo inmaterial, esa volición alada que despierta la vista de un angel; pero su presencia á orillas del lago, bajo una forma más realmente femenina, encendía en el corazón todo el fuego del amor humano. Sentíase bañado por ardientes

efluvios y poseído por ese amor absoluto que no se satisface ni aun con la posesión eterna. Cuando recapacitaba sobre todas estas cosas, con el brazo extendido sobre la mesa llena de papeles, vió sobre el fondo sombrío del tapiz turco una mano estrecha, de forma prolongada y de una perfección que no ha podido alcanzar el arte, y que la Naturaleza intentaría inútilmente conseguir; una mano diáfana, con los dedos afilados, las uñas brillantes como el onice, cuyo dorso dejaba transparentar algunas venas azuladas, semejantes á esos reflejos del mismo tono que se descubren en la pasta lechosa del ópalo, é iluminada además por una luz que no era la de la lámpara. Por la sonrosada frescura del tono y por la ideal delicadeza de la forma, no podía ser más que la mano de Espirita. El puño, pequeño, fino, suelto y lleno de energía, perdiase en un vago vapor de encajes. Como para indicar que la mano era sólo una señal, faltaban el brazo y el cuerpo. Mientras Guy la miraba con aquellos ojos que ya no se asombraban de lo extraordinario, los dedos de la mano se alargaron hacia uno de los pliegos de papel de cartas, que se revolvían confusos sobre la mesa, y simularon los movimientos de la escritura. Parecían trazar líneas y cuando hubieron recorrido toda la página con esa rapidez de los actores cuando escriben una carta en la escena de una comedia, Guy agarró la hoja creyendo encontrar frases escritas con signos conocidos ó desconocidos. El papel estaba en blanco. Guy, miró la hoja con aire bastante disgustado, la acercó á la lámpara y la escudriñó en todos sentidos y bajo todos los incidentes de la luz, sin encontrar el menor rastro de escritura. Entretanto, la mano continuaba en otra hoja el mismo trabajo imaginario, sin que aparentemente diese ningún resultado.

—¿Qué significa esto?, preguntó Malivert. ¿Escribirá Espirita, con tinta simpática de esa que hay que acercar á la lumbre para que se vean las letras? Pero los dedos misterio-

sos, no tienen pluma ni sombra de pluma. ¿Qué quiere decir esto? ¿Debo servirle de secretario al espíritu, ser mi propio *médium*, para emplear la palabra usual? Dícese que los espíritus pueden producir ilusiones y apariencias, crear en la imaginación de los que asedian, espectáculos espantosos ó espléndidos, y además son incapaces de obrar sobre la realidad material y de mover una paja.

Acordóse del impulso que le había hecho escribir la carta para la señora de Imbercourt, y pensó que por una influencia nerviosa, quizás lograrse Espirita dictarle interiormente lo que le quería decir. No había más que dejar correr la mano y ahogar en lo posible sus propias ideas para no mezclarlas con las del espíritu. Al reconcentrarse y aislarse del mundo exterior, Guy impuso silencio al tumulto de su excitado cerebro, levantó un poco la mecha de la lámpara que parecía apagarse, tomó una pluma cargada de tinta, puso la mano sobre el papel, y con el corazón palpitando ante una esperanza temible, esperó.

Al cabo de algunos minutos, Guy experimentó un efecto extraño, como si le abandonase el sentimiento de su personalidad, sus recuerdos individuales se borrasen como los de un sueño confuso, y sus ideas volasen fuera del alcance de la vista, como esos pájaros que se pierden en el cielo. Aunque su cuerpo permanecía junto á la mesa y guardando la misma actitud, Guy, en su interior, estaba ausente, desvanecido, desaparecido. Otra alma, ó por lo menos otro pensamiento, sustituía al suyo y mandaba á sus servidores, los cuales para obrar, esperaban la orden del señor desconocido. Los nervios de su mano temblaron y empezaron á ejecutar movimientos de que no tenía conciencia, y los gabilanes de la pluma se pusieron á correr sobre el papel, trazando signos rápidos con la letra de Guy, ligeramente modificada por un impulso extraño. He aquí lo que Espirita dictó á su *médium*. Se ha encontrado entre los papeles de Malivert esta

confesión de extramundo, y estamos autorizados para transcribirla.

Dictado de Espirita

Es preciso que conozcáis al sér indefinible para vos, que se ha deslizado en vuestra existencia. Cualquiera que sea vuestra penetración, no llegaréis á analizar su verdadera naturaleza, y así como en una tragedia mal hecha, los héroes dicen sus nombres, sus cualidades y referencias, me veo obligada á explicarme yo misma; pero con la excusa de que nadie puede hacerlo por mí. Vuestro intrépido corazón, que no ha dudado ante mi llamamiento para penetrar en los misteriosos terrores de lo desconocido, no necesita que lo tranquilicen. Además, si existiese el peligro, no sería éste un obstáculo para que continuáseis la aventura. Ese mundo invisible, en que lo real es el velo que lo envuelve, tiene sus piélagos y sus abismos, pero no caeréis en ellos. Los espíritus de la mentira y de la maldad lo recorren; hay ángeles negros y blancos, poderes rebeldes y sumisos, fuerzas benéficas y dañinas. El fondo de la escala mística, cuyo término se pierde en la luz eterna, se apoya en las tinieblas. Yo espero que con mi ayuda, treparéis por los escalones luminosos. No soy ni un angel, ni un demonio, ni uno de esos espíritus intermediarios que llevan á través de la inmensidad, la voluntad divina, como el fluido nervioso comunica á los miembros del cuerpo, la voluntad humana; soy sencillamente un alma que espera su juicio, pero á quien la bondad celeste permite presentir una sentencia favorable. He habitado vuestro planeta, y puedo decir como el melancólico epitafo del pastor, en el cuadro de Ponsin: *Et in Arcadia ego*. No hago esta cita latina, para que me confundáis con el alma de una literata.

En el medio donde vivo se tiene la intuición de todo y las varias lenguas que han hablado las razas humanas, antes y después de la dispersión de Babel, nos son familiares. Las palabras son la sombra de la idea y nosotros poseemos la idea misma en su estado esencial. Si hubiese edad, allí donde no existe el tiempo, yo sería muy joven en mi nueva patria, pues han pasado pocos días desde que, desligada por la muerte, dejé la atmósfera en que respiráis y á la que me arrastra un sentimiento que no ha borrado la transición de un mundo al otro. Mi vida terrestre, ó por decir mejor, mi última aparición sobre vuestro planeta, ha sido muy corta, pero ha bastado para hacerme experimentar lo que puede sentir más doloroso un alma delicada. Cuando el barón de Feroe buscaba la naturaleza del espíritu, cuyas vagas manifestaciones os perturbaban, y os preguntaba si alguna mujer había muerto de amor hacia vos, estaba más cerca de la verdad de lo que creía, y aun cuando vuestros recuerdos nada os puedan revelar, porque el hecho os es desconocido, esta aseveración ha removido profundamente vuestra alma y vuestra turbación se ocultaba mal tras de una negativa ex-cépticamente concebida.

Sin que lo supieseis, mi existencia ha pasado junto á la vuestra; pero vuestros ojos miraban á otro lado y yo estaba en la sombra.

La primera vez que os ví fué en el locutorio del convento de los Pájaros, á donde fuisteis á ver á vuestra hermana que estaba pensionista como yo, pero en una clase superior, porque yo sólo tenía trece ó catorce años á lo más, y aun no lo parecía por lo pequeña, delgada y rubia. No parasteis mientes en aquella niña que á la vez que roía el chocolate escarchado de *Casa Marquis*, que le había llevado su madre, os lanzaba una mirada furtiva. Podíais tener entonces veinte ó veintidos años, y en mi infantil sinceridad me parecíais muy guapo. La bondad y el afecto con que le ha-

blasteis á vuestra hermana me conmovieron y sedujeron, y soñé con tener un hermano que os pareciese. Mi infantil imaginación no iba más allá. Como habían terminado los estudios de la señorita de Malivert la sacaron del convento y ya no volvisteis; pero vuestra imagen quedó grabada en mi recuerdo y se conserva sobre la blanca vitela de mi alma, como esas líneas ligeras trazadas con lápiz por una mano hábil, que se encuentran mucho tiempo después casi invisibles, pero persistentes, únicos vestigios á veces de un sér que desapareció. La idea de que me hubiese podido ver tan gran personaje, á mí que estaba aún en la clase de las pequeñas, tratadas con cierto desdén por las más adelantadas, habría sido demasiado ambiciosa y no se me ocurrió por lo menos en aquella época; pero me acordaba mucho de vos y en esas castas novelas que se forjan hasta las imaginaciones más inocentes, desempeñabais siempre el papel de príncipe desencantador, vos que me librabais siempre de peligros fantásticos, vos que me llevabais á través de los subterráneos, vos que hacíais huir á los corsarios y á los bandidos para devolverme al rey mi padre; porque hay que advertir que tal héroe bien merecía una infanta ó una princesa, y yo tomaba modestamente su lugar. Otras veces la novela se cambiaba en idilio: vos erais pastor, yo pastora y nuestros rebaños se confundían en un verde prado. Sin saberlo habíais tomado un sitio importante en mi vida y dominabais como soberano. A vos dedicaba mis pequeños triunfos escolares y trabajaba con todas mis fuerzas para merecer vuestra aprobación. Yo pensaba: «No sabe que he ganado un premio, pero si lo supiese se alegraría.» Y á pesar de ser perezosa por naturaleza me ponía á trabajar con mayor energía.—¿No es verdaderamente extraño que esta alma infantil se entregue en secreto y se reconozca vasalla de un señor de su elección, que no puede ni siquiera soñar con aquel homenaje? ¿No es aún más extraño que esta pri-

mera impresión no se borre jamás?, porque ha durado toda mi corta vida y continúa más allá. Al veros se había agitado en mí algo indefinible y misterioso, cuyo sentido no he comprendido hasta que mis ojos al cerrarse se abrieron para siempre. Mi estado de ser impalpable y de puro espíritu me permite referiros ahora cosas que ocultaría tal vez una hija de la tierra; pero la inmaculada blancura de un alma no puede enrojecer y el pudor celeste confiesa el amor.

Dos años transcurrieron así. La niña se había convertido en mujer y mis sueños empezaron á ser menos pueriles, aunque conservando su inocencia. No se mezclaban tanto en ellos el rosa y el azul, ni terminaban siempre con las luces de la apoteosis. Muchas veces iba al jardín para sentarme en un banco, lejos de mis compañeras ocupadas en jugar ó en hablar quedo, y murmuraba como una especie de letanía las sílabas de vuestro nombre. Algunas veces tenía el atrevimiento de pensar que ese nombre podría quizás llegar á ser el mío, á través de una serie de casualidades ó de enredadas aventuras, como las de una comedia de capa y espada, cuyo argumento arreglaba á mi capricho.

Pertenecía yo á una familia que podía equipararse con la vuestra, y mis padres gozaban de una fortuna y de un rango que podían quitar á ese lejano proyecto de unión que yo formaba tímidamente en el rincón más secreto de mi corazón, toda apariencia de quimera ó de loca visión: Nada más natural que encontrarnos un día en el mundo, al cual debíamos ser presentados.

Pero ¿os gustaría?, ¿os parecería bonita? A esta pregunta no contestaba mi espejito de colegiala, como han contestado el reflejo que envié á vuestro espejo de Venecia y mi aparición en el bosque de Bolonia. ¿Y si por casualidad no parabais atención en la joven, como no la habíais parado en la niña colegiala? Esta idea me descorazonaba mucho, pero la juventud no desespera largo tiempo y pronto me

volvían ideas más risueñas. Me parecía imposible que al verme no reconociéseis á vuestro bien, á vuestra conquista, al alma sellada con vuestro sello, á la que se había consagrado á vuestra adoración desde su infancia, en una palabra, á la mujer creada expresamente para vos. No me decía todo esto de una manera tan clara, porque no poseía sobre los movimientos de mi corazón, las luces que he adquirido ahora que puedo ver los dos lados de la vida; pero era un instinto profundo, una fe ciega, un sentimiento irresistible. A pesar de mi virginal ignorancia y de un candor que nadie llevó más lejos, tenía en el alma una pasión que debía devorarme, y que hoy se revela por vez primera. En el convento no había hecho amistades y vivía sola con vuestro pensamiento. Celosa de mi secreto huía de los desahogos de las confidencias y toda alianza que me hubiese distraído de mi idea única no me podía convenir. Me llamaban *la seria* y las maestras me presentaban como ejemplo,

Esperaba la época fijada para salir del convento, con menos impaciencia de lo que se puede suponer: era una diferencia entre el pensamiento y la acción.

Mientras permanecía encerrada entre sus altas paredes, tenía derecho á mecirme indolentemente en mi sueño, sin tener nada que criticarme; pero una vez fuera de la jaula, había que dirigir el vuelo, ir á mi objeto, subir hacia mi estrella, y el hábito, las costumbres, las conveniencias, los pudores infinitos, los multiplicados velos en que os envuelve la civilización, impiden á una joven toda iniciativa en asuntos del corazón. No se le permite dar un solo paso hacia su ideal. Cierta orgullo se opone á que se ofrezca lo que ha de darse gratis. Es preciso que los ojos permanezcan bajos, los labios mudos y el seno inmóvil; que ningún rubor ni ninguna palidez la descubran, cuando se encuentre delante del objeto secretamente amado, que muchas veces se separa temeroso del desdén ó de la indiferencia. ¡Cuántas almas criadas la

una para la otra, faltas de una mirada, de una palabra, de una sonrisa, han tomado caminos opuestos que las separaban más cada día, haciendo imposible su unión! ¡Cuántas existencias deplorablemente cohibidas han debido su desgracia á una causa como ésta que pasa inadvertida é ignorada hasta de sus mismas víctimas! Yo había reflexionado mucho sobre esto y tales ideas se presentaban vivas en mi alma, en el momento de dejar el colegio para entrar en el mundo. Sin embargo, me mantenía firme en mi resolución. Llegó el día de salida. Mi madre vino á buscarme y me despedí de mis compañeras, con una mediana efusión de sensibilidad. Yo no dejaba entre aquellos muros, donde habían trascurrido tantos años de mi vida, ninguna amistad, ningún recuerdo. Sólo vuestro pensamiento constituía mi tesoro.

VIII

Con vivo sentimiento de alegría, ontré en la habitacioncita que había dispuesto mi madre, para cuando saliese del convento de los Pájaros. Consistía en una alcoba, un cuarto para vestirme y una sala, cuyos balcones daban á un jardín, cuya perspectiva se aumentaba, con la de otros jardines inmediatos. Una tapia baja, cubierta por espesa cortina de hiedra, servía de línea divisoria, pero como no se veía en ninguna parte la piedra, se contemplaba una sucesión de árboles antiguos y de gigantescos castaños, que simulaban un parque ilimitado. Apenas sí, allá en el último término, podía descubrir la mirada el ángulo de un tejado ó el extraño codo de un tubo de chimenea, que es la rúbrica que París pone al pie de todos sus horizontes. Es una satisfacción rara y sólo reservadas á los ricos, el poseer á la vista y en el centro de la gran ciudad, un ancho espacio libre para el aire, el cielo, el sol y el verde. ¿No es desagradable el sentir demasiado cer-

ca de uno, á las otras existencias con sus vicios, sus desgracias y sus pasiones, y no se resiente á la vez el delicado pudor del alma, con aquella inmediata vecindad? Por eso experimentaba yo una verdadera alegría mirando desde los balcones, aquel oasis de silencio, de frescura y de soledad. Estábamos en el mes de Agosto, porque yo había terminado mi último año escolar en el convento, y el follaje conservaba aún toda la intensidad de su verdura, pero con ese tono más caliente que dá á la vegetación el paso del estío. En medio del *parterre* que se dibujaba al pie de mis ventanas un macizo de geráneos en plena florescencia, desvanecía la mirada con sus fuegos artificiales de escarlata; el musgo que rodeaba aquel canastillo de flores, tapiz de terciopelo verde del *ray grass* de Inglaterra, hacía destacar con su contraste esmeralda, aquel rojo más ardiente que el fuego. En el andén de fina arenilla ondulada, como una cinta bajo los dientes del rastrillo, los pájaros saltaban satisfechos y como si estuviesen en su casa. Hice la promesa de asociarme á sus paseos sin espantarlos.

Mi habitación estaba tapizada de cachemir blanca dividida por bandas de seda azul. El mismo color tenían muebles y cortinas. En mi salita, decorada de igual manera un magnífico piano de Erard ofrecía su teclado á mis manos que acto continuo ensayaron sus dulces sonidos. Una librería de palo rosa colocada frente al piano, guardaba los libros puros de esos castos poetas que pueden leer una virgen, y en los estantes inferiores, se encontraban las partituras de los grandes maestros: Bach se codeaba con Haydn, Mozart al lado de Beethoven, como Rafael cerca de Miguel-Angel y Meyerbeer se apoyaba en Weber. Mi madre había reunido allí mis admiraciones, mis maestros favoritos. Una elegante jardinera llena de flores, que esparcían dulce perfume, ocupaba el centro de la sala como un enorme *bouquet*. Me trataban como niña mimada. Era hija única, y como es natu-

ral, todo el afecto de mis padres se concentraba en mí.

Debía hacer mi entrada en el mundo al principio del invierno, es decir, dentro de dos ó tres meses, cuando termina la temporada del campo, de los viajes, de la residencia en los establecimientos de aguas y de juego, de las hospitalidades en los castillos, de las cacerías, de las carreras y de todo eso que las gentes han inventado para entretener ese tiempo en que no está decente para las gentes elegantes el permanecer en París, en donde algunos asuntos habían retenido aquel año á mis padres. Prefería vivir en la ciudad á ir á aquel viejo castillo de Bretaña, bastante triste, que me veía llegar todos los años en época de vacaciones. Pensaba además que tenía más probabilidades de encontraros, de oír hablar de vos y de encontrar conocidos vuestros; pero supe de un modo indirecto que estabáis efectuando un largo viaje por España, el cual debía durar algunos meses. Vuestros amigos, á quienes escribáis de tarde en tarde, no os esperaban hasta el invierno y temían que os hubiesen cogido bajo los pliegues de alguna mantilla. Esto no me preocupaba, porque, no obstante, mi modestia, tenía el amor propio de creer que mis rizos de oro podían luchar con las trenzas de azabache de Andalucía. Supe además que escribáis en las *Revistas*, bajo el pseudónimo latinizado de uno de vuestros nombres de pila, conocido sólo de vuestros íntimos, y que el perfecto caballero ocultaba á un escritor distinguido. Con una curiosidad fácil de comprender busqué en las colecciones de los periódicos todos los artículos firmados con ese signo. Leer á un autor es ponerse en comunicación con su alma: ¿acaso un libro no es una confidencia hecha á un amigo ideal, una conversación en la que se halla ausente el interlocutor? ¿No hay que tomar siempre al pie de la letra lo que dice un autor: deben tenerse en cuenta los sistemas filosóficos ó literarios, las afectaciones de la moda, las reticencias exigidas, el estilo propio ó encargado, las imitaciones

admirativas, y en una palabra, todo lo que puede modificar las formas exteriores de un escritor. Pero á través de todos estos desvíos, la verdadera actitud del alma acaba por revelarse para el que sabe leer; la sinceridad pensada está muchas veces entre líneas, y el secreto del poeta, aunque no quiera entregarlo á la multitud, se adivina á la larga; los velos caen uno tras de otro y se descubren las palabras del enigma. Para formarme idea de vos estudié con extraordinaria atención las relaciones del viaje, los fragmentos de filosofía y de crítica, los sueltos y los versos sembrados aquí y allá con bastante largos intervalos que marcaban las diversas fases de vuestro espíritu. Es menos difícil conocer á un autor subjetivo que á un autor objetivo: el primero exprime sus sentimientos, expone sus ideas y juzga á la sociedad y á la creación con arreglo á su ideal; el segundo presenta los objetos tal y como nos los ofrece la naturaleza; procede por imágenes y descripciones; lleva las cosas á la vista del lector; dibuja, viste é ilumina exactamente sus personajes; les pone en la boca las palabras que tienen que decir y se reserva su opinión. Este es vuestro estilo. A primera vista se os puede acusar de cierta desdeñosa imparcialidad que no establece gran diferencia entre un lagarto y un hombre, entre los arreboles de una puesta de sol y el incendio de una ciudad; pero mirando de cerca esas frases rápidas, esos rasgos bruscos, tan rápidamente cortados, se llega adivinar una sensibilidad profunda contenida por un pudor orgulloso que no quiere mostrar sus emociones.

Este juicio literario estaba de acuerdo con el juicio instintivo de mi corazón, y ahora que nada se me oculta sé cuán justo era. Todos los énfasis sentimentales, lacrimosos é hipócritamente virtuosos, os horrorizaban, y para vos el peor de los crímenes era engañar al alma. Esta idea os daba extraordinaria sobriedad en la expresión de los sentimientos tiernos ó apasionados. Preferíais el silencio á la mentira ó á

la exageración sobre esas cosas sagradas, aunque para ello tuvieseis que pasar á los ojos de algunos por insensible, duro y hasta algo cruel. De todo me di cuenta y no dudé un momento de la bondad de vuestro corazón. De la nobleza de vuestra alma no había que hablar, porque vuestro desdén altanero hacía todo lo vulgar y pequeño, así como hacía la envidia y cuanto constituye alguna fealdad moral, lo demostrada bastante. A fuerza de leerlos adquirí tal conocimiento de vos como si os tratase toda mi vida, á pesar de que sólo os había visto una vez. Había penetrado en los rincones más ocultos de vuestro pensamiento y conocía vuestros puntos de partida, vuestros objetivos, vuestros móviles, vuestras simpatías y antipatías, vuestras admiraciones y disgustos, toda vuestra personalidad intelectual y hasta llegaba á comprender vuestro carácter. Algunas veces leyéndoos daba con un paraje que era para mí una revelación, y levantándome iba al piano á tocar, como comentario á vuestra frase, un motivo de calor y sentimiento análogos, que la prolongasen en vibraciones sonoras ó melancólicas. Gustábame el oír en otro arte el eco de vuestra idea. Quizás aquellas interpretaciones fuesen completamente imaginarias, y no hubiesen podido ser descubiertas por nadie más que por mí, pero algunas eran verdaderas, como he podido comprender ahora que habito en la fuente de la eterna inspiración y la veo descender en chispas luminosas sobre la cabeza del génio.

Mientras leía aquellas obras vuestras que podía procurarme, porque el círculo de acción de una joven, es tan limitado, que hasta el paso más sencillo le resulta difícil, la estación adelantada, las cimas de los árboles tomaban esos tintes azafranados del extremo otoño; las hojas se desprendían de los árboles una tras de otra, y á pesar de los cuidados del jardinero, los andenes y los macizos estaban siempre medio cubiertos. Algunas veces cuando paseaba en el jardín por debajo de los castaños, la caída de una castaña que me

daba en la cabeza, como una bala, ó rodaba á mis piés con la cáscara abierta, interrumpía mis sueños, y me hacía temblar involuntariamente. Colocaban en los invernáculos las plantas delicadas y los arbustos frioleros. Los pájaros tomaban ese aire inquieto que les caracteriza, á la entrada del invierno, y á la puesta del sol se les veía querellarse á través de las ramas despojadas de hojas. En fin, iba á abrirse la temporada de invierno, y las clases elevadas, la gente elegante y rica, volvía á París, desde todos los puntos del horizonte. Empezaban á verse en los Campos Eliseos, los carruajes sérios; con mantillas y paños blasonados, que subían lentamente hacia el Arco de la Estrella para aprovechar el último rayo del sol. El Teatro Italiano, publicaba en los periódicos la lista de los cantantes y el programa de su repertorio, anunciando la próxima apertura. Yo me alegraba ante la idea de que aquél movimiento general os traería de España, y que harto de trepar por las sierras, sentiríais algún deseo de presentaros en los bailes, las veladas y las reuniones, en donde yo esperaba encontraros.

Yendo al Bosque de Bolonia en compañía de mi madre, os ví pasar á caballo cerca de nuestro carruaje, pero tan de prisa, que apenas os pude conocer. Era la primera vez que os veía desde que fuisteis al convento de los Pájaros. Toda la sangre me afluyó al corazón y recibí una especie de conmoción eléctrica. Pretextando que sentía frío, me bajé el velo para ocultar la alteración del rostro y me recliné silenciosa en el ángulo del coche. Mi madre levantó el cristal diciendo: «No hace calor, la niebla empieza á levantarse: volvamos, si es que no quieres continuar el paseo.» Le hice una seña afirmativa: había visto todo lo que deseaba, y sabía que estabais en París.

Teníamos un turno en los Italianos y era para mí una gran satisfacción el ir á escuchar á aquellos cantantes de quienes tantos elogios había leído, y á quienes no conocía.

Otra esperanza me conmovía además y que no necesito decir. Llegó el día: representaban *La Sonámbula* y cantaba la Patti. Mamá me había hecho confeccionar un traje sencillo y elegante como correspondía á mi edad: falda blanca con sobrefalda de tarlatana, con lazos perla y terciopelo azul. El adorno del peinado consistía en una cinta de terciopelo del mismo color, cuyos extremos bordados con perlas flotaban sobre mis hombros. Mirándome al espejo de mi tocador, mientras la doncella daba la última mano á su obra, pensaba: «¿Le gustará el azul? En el *capricho* de Alfredo de Musset, la señora de Lery dice que es un color estúpido.» Sin embargo, no podía menos de confesar que aquel lazo azul sentaba muy bien en mis cabellos rubios. Si me hubieseis visto es seguro que os habríais enamorado. Clotilde, mi doncella, mientras arreglaba los pliegues de la falda ó me apretaba el cuerpo, hizo la observación de que «la señorita estaba muy guapa.»

El carruaje nos llevó á mi madre y mí hasta el vestíbulo; mi padre debía venir á buscarnos más tarde. Empezamos á subir lentamente la gran escalera tapizada de encarnado. Envueltas en una tibia atmósfera de perfumes, las mujeres lujosamente vestidas, á pesar de que no lo dejaban ver bien los mantos, las pieles, los albornoces, las capas y las salidas de baile que iban entregando en manos de los criados, subían los peldaños dejando tras de sí un oleaje de sedería y de terciopelo, apoyándose con la punta de los dedos del brazo de los hombres graves con corbata blanca y frac negro, en el que se veían los corchetes para colgar las condecoraciones, como indicando que al salir de los Italianos, irían á alguna reunión oficial ó diplomática. Los jóvenes delgados, largos, con la raya en medio de la cabeza y una elegancia correctísima, seguían á algunos pasos, pero unidos al grupo por medio de una sonrisa.

Todo esto carece, sin duda, de novedad y vos pitariais tal

vez el cuadro mejor que yo; pero el espectáculo era nuevo para una colegiala que entraba en el gran mundo. La vida siempre es igual: una comedia en la que sólo cambian los espectadores; pero el que no la ha visto cree que la han compuesto para él y que la estrenan entonces. Estaba contenta y me sentía hermosa; algunos gemelos, en señal de aprobación, se fijaban en mí, y algunas mujeres habían vuelto la cabeza, después de haberme examinado con una mirada rápida, sin encontrar nada de particular ni en mí ni en mi traje.

Un secreto presentimiento me decía que os vería aquella noche, y esta esperanza daba á mi fisonomía cierta animación, á la vez que coloreaba mis mejillas con color más subido que de ordinario. Nos instalamos en el palco y en breve todos los gemelos se fijaron en mí. Era una cara nueva y esto se nota mucho en el Teatro Italiano, que es como un gran salón donde todo el mundo se conoce. La presencia de mi madre decía mi nombre y comprendí en las cabezas que se inclinaban unas á otras, que se hablaba de mí en muchos palcos, y, sin duda favorablemente, porque á las palabras bajas seguían sonrisas amables. Algo me disgustaba el ser blanco de las miradas, y como iba descotada por vez primera, sentía temblar la piel de los hombros bajo la gasa medio transparente que los cubría. Al levantarse el telón, pues casi nadie había hecho caso de la overtura, volviéronse las cabezas hacia la escena y terminó mi difícil situación. Seguramente el aspecto de aquella hermosa sala estrellada de diamantes y ramilletes, con sus dorados, sus luces y sus blancas cariátides, me produjo un gran efecto de sorpresa admirativa, y la música de Bellini, ejecutada por artistas de primer orden, me elevó á un mundo encantado. Sin embargo, no era aquél el verdadero interés del espectáculo. Mientras mis oídos escuchaban los suaves cantos del maestro siciliano, mis ojos escudriñaban furtivamente todas las localidades,

recorrían la galería y ojeaban las filas de la orquesta para descubrirnos. No llegasteis hasta la terminación del acto primero, y ya corrido el telón, disteis un medio paseo por el patio con aspecto bastante fastidioso, mirando vagamente los palcos y sin fijar vuestros gemelos en ninguno. Teníais el rostro bronceado por seis meses de residencia en España y en la fisonomía cierta expresión de nostalgia, como si echaseis de menos el país que acababais de dejar. Con fuerza extraordinaria me latía el corazón mientras hacíais aquella rápida inspección, porque hubo un momento en el que creí que vuestros ojos se fijaban en los míos; pero me equivocaba. Os ví dejar vuestra butaca y aparecer un momento después en un palco situado frente al nuestro. Lo ocupaba una mujer muy bonita y muy arreglada, con cabellos negros, que brillaban como la seda y un traje de color rosa pálido que casi se confundía con el tono de la carne de su pecho. En la cabeza, el cuello, las orejas y los brazos llevaba muchos diamantes. Sobre el antepecho de terciopelo tenía al lado de los gemelos un gran ramillete de violetas de Parma y de camelias. En el fondo, en la penumbra, se veía un señor de edad, calvo, obeso, cuya solapa medio ocultaba la placa de una condecoración extranjera. La dama hablaba con voz muy afectuosa y le contestabais de una manera suelta y tranquila, sin que parecieseis orgulloso de aquellas demostraciones más que amistosas. El sentimiento de que no me hubieseis visto, estaba compensado por la alegría de sentir que no amabais á aquella mujer de ojos atrevidos, sonrisa provocativa y traje llamativo.

Al cabo de algunos minutos, cuando los instrumentos empezaban á afinarse para el segúado acto, os despedisteis de la señora de los brillantes y del viejo de la placa para volver á vuestro asiento. Terminó la representación sin que volviéseis la cabeza, y sentí, allá en el alma, cierto movimiento en contra vuestra. Me extrañaba que no adivinaseis

cuántas ganas tenía de que la viese el señor que había elegido secretamente una jovencita con traje blanco adornado de azul. ¡Cuánto tiempo había deseado encontrarme en el mismo sitio que vos! ¡Aquél deseo se había realizado sin que os fijaseis en mí! Creía yo que debíais haber sentido un espeluzno simpático, volveros, buscar lentamente en la sala el origen de aquella conmoción secreta, detener la mirada en mi palco, llevaros la mano al corazón y caer en éxtasis. Cualquiera héroe de novela lo hubiese hecho así; pero vos no erais héroe de novela.

Mi padre, á quien entretuvo una gran comida, no vino hasta la mitad del segundo acto, y al veros en el patio dijo: «Ahí está Guy de Malivert; no sabía que hubiese vuelto de España. Este viaje nos valdrá muchas corridas de toros en la *Revista*, porque Guy es un poco bárbaro...» Gustábame oír vuestro nombre en los labios paternos, porque me probaba que no erais un desconocido para mi familia, y era posible, y casi fácil, que algún día nos aproximásemos. Esta idea me consoló algo del desengaño de la noche. La representación terminó sin otro incidente que las llamadas á escena y las lluvias de flores para la Patti. Mientras esperábamos en el vestíbulo que el lacayo viniese á anunciarnos el carruaje, os ví pasar con un amigo y sacar un cigarro de una finísima petaca de esparto de Manila. El deseo de fumar os hacía insensible á aquella exhibición de hermosas y de feas puestas en estantería sobre los últimos peldaños de la escalera. Atravesasteis aquella masa de telas, sin ocuparos de si las pisabais, y ganasteis en breve la puerta con vuestro compañero, que marchaba por el surco que abríais.

Al volver á mi casa entre triste y feliz, me acosté después de haber ensayado al piano algunos motivos de *La Sonámbula*, como para prolongar las vibraciones de la noche y me dormí pensando en vos.

IX

Sucede muchas veces que, cuando al cabo de cierto tiempo se confronta el recuerdo con la imagen, la imaginación ha trabajado como un pintor que continúa un retrato sin tener delante el modelo, esto es, que se suavizan los claros oscuros, se funden las tintas y se diluyen los contornos de manera que, aun contra su voluntad, va dejando de ser el tipo real para convertirse en el ideal del artista. Hacía tres años que no os había visto, pero el corazón había conservado intactos los rasgos de vuestra fisonomía, sólo que le parecíais menos que mi recuerdo á lo que erais entónces. Vuestras facciones se habían acentuado tomando cierta firmeza y la intemperie de los viajes las había teñido con color más caliente y robusto. El hombre se iba dibujando en el joven y teníais ese aire de autoridad tranquila y de fuerza segura de sí misma, que tal vez les gusta más á las mujeres que la belleza. No por ello conservaba yo con menos satisfacción allá en el fondo de mi alma vuestro primitivo dibujo, aquel apunte ligero pero imborrable del sér que tanto había de influir en mí, como se conserva una miniatura de la niñez al lado del retrato actual. Mis sueños no me habían engañado y no tuve, por lo tanto, necesidad, al volveros á ver, de despojaros de ninguna fantástica perfección.

Pensaba en todo esto acurrucada en mi cama, y mirando temblar el reflejo de la lámpara sobre las rosas azules de la alfombra, esperando el sueño; pero éste no vino hasta la madrugada, mezclado con sueños ilimitados y vagas armonías.

Algunas semanas más tarde fuimos invitadas á un gran baile en casa de la duquesa de C... Para una joven es asunto de la mayor importancia el primer baile, y la cosa tenía á mis ojos tanto mayor interés, cuanto que era muy posible

que asistiérais, porque la duquesa era amiga vuestra. Los bailes son nuestras batallas ganadas ó perdidas. Allí es donde la joven que sale de las sombras del gineceo brilla con todo su esplendor. Durante aquel corto espacio de tiempo y bajo el pretexto de bailar, le da la costumbre cierta libertad relativa, y el baile es para ella un salón de la Opera donde los dominós llevan la cara descubierta. Una invitación para un baile de cuadro ó para una mazurka, permite que él se acerque y os dirija algunas palabras durante las figuras de la contradanza. Sin embargo, muchas veces el *carriet* donde inscribe las invitaciones que le hacen no contiene en su larga lista el nombre que desea.

Hubo necesidad de ocuparse de mi traje, porque un traje de baile es todo un poema y el de una jovencita ofrece grandes dificultades. Debe ser sencillo y rico, cualidades que se repelen. Un traje ligero, como dice el refrán, y completamente blanco no se puede llevar. Después de muchas vacilaciones me decidí por un traje de doble falda con adornos de plata. En los recogidos, grupos de miosotis, cuyo azul armonizaba mucho con el aderezo de turquesas que mi padre me había comprado en casa de Famiset. Las agujas de turquesas, imitando las flores del vestido, completaban mi peinado. Armada de esta manera me creí capaz de presentarme sin desventaja al lado de los mejores trajes y de las bellezas más celebradas. En verdad que para una simple hija de la tierra era bastante guapa.

La duquesa de C... vivía en uno de esos grandes palacios del arrabal Saint-Germain, que edificaron las existencias grandiosas de otros tiempos y que la vida moderna apenas sabe llenar. Necesitan el lujo y la multitud de una fiesta para recobrar su antigua animación. Por fuera estaban bien lejos de sospechar la extensión de aquel palacio digno de un príncipe; porque desde la calle sólo se veía un alto paredón entre dos casas, con una puerta cochera monumental coro

nada por un tablero de mármol verde en el que se leía con letras de oro: *Hotel de C...* Una larga avenida de tilos centenarios cortados en forma de bóveda, según la antigua costumbre francesa, y deshojados por el invierno, conducía á una inmensa plaza, en el fondo de la cual se levantaba el palacio, de puro estilo Luis XIV con sus altas ventanas, sus pilastras medio tapadas y sus remates á la Mausart, recordando la arquitectura de Versalles. Una marquesina de terliz resa y blanco, sostenida por dos astas de madera labrada, sombreaba la escalera cubierta con rica alfombra. Tuve bastante tiempo para examinar todos estos detalles á la luz que esparcían los grupos de lámparas, porque, aunque escogida, era tan grande la concurrencia, que había necesidad de entrar en fila, como en una recepción de la corte. El carruaje nos dejó en el vestibulo y echamos nuestros abrigos en los brazos de nuestro lacayo. Junto á la puerta de cristales que estaba encargado de abrir y cerrar había un suizo gigantesco de los más auténticos. En el vestibulo se pasaba por entre dos filas de lacayos de gran librea, empolvados, altos, inmóviles y tan serios, que parecían las cariátides de la domesticidad. Parecían sentirse honrados con ser los lacayos de tal casa. Todo el hueco de la escalera, en el que un *palazzino* de hoy vendría ancho, estaba lleno de plantas de camelias. En cada rellano un gran espejo permitía á las mujeres mirarse al subir y arreglar esos pequeños desórdenes que producen en un traje de baile los abrigos, por ligeros que sean, y que descubría la viva luz de una lucerna que colgaba al extremo de una cuerda dorada, desde el techo en forma de cúpula, donde entre el azul y las nubes, el pincel de algún discípulo de Lebrún ó de Mignard, había resumido una alegoría mitológica del gusto de la época.

En los entrepaños de las ventanas había unos países oblongos de estilo severo y color obscuro que podían atribuirse á Poussin, ó por lo menos, á Gaspar Dughet. Esta era

la opinión de un pintor célebre que subía la escalera á nuestro lado y que se había puesto los anteajos para verlos mejor. En las revueltas de los tramos, sobre los zócalos á que se hallaba sujeta aquella balaustrada, verdadera maravilla del arte de la cerrajería, había unas estátuas de Lepantre y de Theodon que sostenían grandes candelabros, cuya luz alegre ayudaba á la de la lucerna, haciendo que la fiesta empezase en las escaleras.

A la puerta de la antesala, adornada con tapices de los Gobelinos hechos sobre los cartones de Oudry y amueblada con sillas de viejo roble, había un ugiar vestido de negro y cadena de plata al cuello, quien con voz más ó menos sonora, según la importancia del título, decía en el primer salón los nombres de los recién venidos.

El duque, alto y delgado, que no presentaba á la vista más que líneas prolongadas como un galgo de raza, tenía un aire verdaderamente noble, y á pesar de la edad conservaba los vestigios de su antigua elegancia. En la calle nadie hubiese dudado de su origen. Colocado á algunos pasos de la puerta recibía á los invitados con una palabra graciosa, un apretón de manos, un saludo, una inclinación de cabeza ó una sonrisa, con un sentimiento exquisito de lo que se debía á cada uno, y una gracia tan perfecta que todos estaban satisfechos y se creían especialmente favorecidos. Saludó á mi madre con respeto y amistad, y, como era la primera vez que me veía, me dirigió en pocas palabras un madrigal entre galante y paternal, muy propio de su edad.

Junto á la chimenea estaba la duquesa, desprovista de toda ilusión, con una peluca muy visible y llevando sobre el pecho flaco, pero muy escotado, los diamantes históricos. Estaba como consumida por la imaginación, y bajo sus anchas cejas, borrosas aún, brillaban sus ojos con fuego extraordinario. La duquesa vestía un traje de terciopelo granate obscuro con grandes volantes de punto de Inglaterra y un

latiguillo de diamantes en el pecho. Con mano distraída se enviaba de vez en cuando á la cara algunas ondas de aire fresco por medio de un grande abanico pintado por Watteau, y á la vez hablaba á los grupos que iban á cumplimentarla. Entonces tenía verdadera distinción. Cambió algunas frases con mi madre al tiempo de hacer mi presentación, y cuando yo me inclinaba me dió un beso en la frente con sus labios fríos, y me dijo: «Id, niña, y no perdáis ni un solo baile.»

Cumplida aquella ceremonia, entramos en el vecino salón, desde el que se pasaba al de baile. Sobre el rojo damasco de las paredes, y adornados con guarniciones magníficas de la época de cada pintura, se veían los retratos de la familia, que no estaban allí por orgullo noviliario, sino como obras de arte, pues los había de Clonet, de Porbus, de Van Dyck, de Felipe de Champagne, y de Largilliere, todos dignos del salón preferente de un museo. Lo que más me gustaba en el lujo de aquella casa, es que nada parecía moderno. Las pinturas, los dorados, los damascos y los brocados, sin estar marchitos, estaban extinguidos y no mortificaban los ojos con el brillo chillón de la novedad. Se sentía que aquella riqueza era inmemorial y siempre había sido así. El salón de baile, tenía unas dimensiones que no se encuentran en un palacio. Numerosas lámparas y brazos, puestos en los entrepaños de los balcones, producían con sus millares de bujías una especie de aureola luminosa, á través de la cual, las pinturas azuladas del techo, donde se enlazaban guirnaldas de ninfas y de amores, aparecían como á través de un vapor sonrosado. No obstante aquella inmensidad de luces, la habitación era tan grande que no faltaba el aire y se respiraba bien. La orquesta se hallaba situada en una especie de tribuna al extremo del salón, en un macizo de plantas raras. Sobre algunas banquetas de terciopelo, colocadas en forma de anfiteatro, se destacaban las líneas de las mujeres, deslumbrantes

de elegancia, si no de belleza, aunque las había muy bonitas. El golpe de vista era magnífico. Nosotras habíamos entrado en el intervalo de dos bailes, sentada junto á mi madre, en el extremo de una banquetta que habíamos encontrado libre, yo miraba aquél espectáculo, nuevo para mí, con asombro y curiosidad. Los hombres, después de acompañar á sus parejas, se paseaban por el centro del salón, mirando á derecha é izquierda, y pasando una especie de revista á las mujeres, antes de elegir. Aquellos eran la parte joven del baile, porque los hombres algo maduros, no se permitían bailar. Allí había jóvenes agregados á las embajadas, secretarios de legación, auditores del Consejo de Estado en expectativa, futuros magistrados de la corte de París, aun imberbes, oficiales en su primera campaña, miembros del Montar-Club de un diplomático serio, sport-men en flor, soñando con una cuadra, elegantes, cuyas patillas en forma de aleta de pescado, aun no eran más que vello, é hijos de familia que tenían el aplomo precoz, de un gran nombre y de una gran fortuna. Mezclábanse con aquella juventud, algunos personajes graves, cargados de condecoraciones, cuyos cráneos pulimentados, brillaban como el marfil á la luz de las lámparas ó se disimulaba bajo una peluca demasiado negra ó demasiado rubia. Al paso, dirigían alguna frase galante á las herederas contemporáneas de su juventud, y después, volviéndose, examinaban como gente experimentada y desinteresada, el serrallo femenino, colocado delante de sus ojos, adornados con los binóculos. Los primeros sonidos de la orquesta, les hicieron retroceder tan rápidamente como se lo permitieran sus piés gotosos, hacia los salones más tranquilos, ó hacia las mesas alumbradas con luces cubiertas con pantallas verdes, donde se jugaba al tresillo ó al *ecarté*.

Como podéis figuraros, no me faltaron invitaciones. Un joven húngaro, vestido de magnate, todo bordado y con una constelación de botones de pedrería, se inclinó graciosamen-

te en mi presencia y me pidió una mazurka. Era bastante guapo, pálido como un romántico, con ojos grandes y negros algo feroces, y unos bigotes afilados como agujas. Un inglés de veintidós á veintitrés años, parecido á Byrón, pero sin la cojera, un agregado á una de las embajadas del Norte y algunos otros, vinieron á inscribirse en mi *carnet*. Aun cuando el viejo maestro de baile del convento, decía que yo era una de las discípulas más aventajadas y alababa mi gracia, ligereza y exactitud en el compás, confieso que no las tenía todas conmigo. Experimenté, como dicen los periódicos, la emoción propia del estreno, y me parecía, como les pasa á las personas tímidas, que todos los ojos estaban fijos en mí. Afortunadamente, mi húngaro era un excelente bailarín y como sostuviese mis primeros pasos, bien pronto, enardecida por la música y embriagada por el movimiento, conseguí tranquilizarme y me dejé arrastrar con cierto placer nervioso en aquél torbellino de faldas flotantes, pero sin olvidar mi pensamiento habitual y el objeto que me había llevado al baile. Cuando pasaba por cerca de las puertas, miraba rápidamente los vecinos salones, por ver si os descubría. Por fin, os ví junto á una puerta, hablando con un personaje moreno, de ancha barba negra, con gorro turco, uniforme de Nizam y la placa de Medjidieh. Algún bey ó pachá. Cuando la evolución de la danza me llevó otra vez al mismo sitio, aun estabáis allí hablando animadamente con aquél turco de placidez oriental; pero vos no os dignábais echar una ojeada sobre los lindos rostros que pasaban por delante, sonrosados por el baile y por el parpadeo de la luz.

Sin embargo, no renuncié á la esperanza y por el momento, me contenté con la satisfacción de saber que estabáis allí. Además, no había terminado aún la noche, y cualquier casualidad afortunada podía acercarnos. Mi pareja me devolvió al sitio, y de nuevo enpezaron á circular los hombres en el espacio limitado por las banquetas. Distéis algunos pa-

seos con vuestro turco, entre aquella movediza multitud, mirando las mujeres y sus tocados; pero con la misma impasibilidad con que se contemplan los cuadros y las estatuas. De vez en cuando, le comunicábais vuestras impresiones al pachá, quien sonreía gravemente bajo su barba. Veía todo esto á través del varillaje de mi abanico, el cual cerré, lo confieso, cuando os acercásteis al punto donde estábamos sentadas. El corazón me latía fuertemente y sentí que enrojecía hasta los hombros.

Era imposible que por aquella vez escapase á vuestro examen, porque pasábais tan cerca de las banquetas como lo permitía la brillante franja de las gasas, las blondas y los volantes que desbordaban sobre el paso, pero quiso la desgracia que dos ó tres amigos de mi madre se detuviesen para cumplimentarnos. Aquel parapeto de trajes negros lo dificultó todo; pues tuvísteis que dar la vuelta al grupo y yo quedaba inadvertida, aun cuando inclinase un poco la cabeza con la esperanza de que me vieseis. No podiais adivinar que aquellos fraques doblados respetuosamente os ocultaba una linda niña, cuyo único pensamiento erais y que sólo por vos había ido á aquel baile. Os ví salir del salón de baile por el otro extremo; gracias al gorro encarnado del turco que me servía de punto de mira para no perderos en aquel hormiguero de trajes negros que lo mismo sirven para las fiestas que para los lutos. Desapareció mi alegría y me sentí profundamente descorazonada. El destino parecía divertirse separándoos de mi lado con irónica discreción. Cumplí mis bailes ya prometidos, pero pretextando que estaba cansanda no acepté más invitaciones. El baile había perdido su encanto, y los tocados me parecían marchitos y las luces pálidas. Mi padre, que jugaba en un salón vecino y había perdido un centenar de luises con un viejo general, vino á buscarnos para dar la vuelta á las habitaciones y enseñarnos el invernáculo, que figuraba al último extremo, y del cual se

decían maravillas. Nada, efectivamente, más magnífico. Cualquiera podía creerse en un bosque virgen á causa de los bananeros, los plátanos, las palmeras y las plantas tropicales que se desarrollaban vigorosamente en el seno de aquella cálida atmósfera saturada de perfumes exóticos. En el fondo del invernáculo, una náyade de mármol blanco vaciaba su urna en una gigantesca concha del mar del Sur, rodeada de musgo y de plantas acuáticas. Allí os ví de nuevo llevando del brazo á vuestra hermana, pero íbais delante de nosotros y no podíamos encontrarlos, porque seguíamos en la misma dirección el estrecho sendero de arena amarillenta, bordado de verdura, que rodeaba los macizos de arbustos, flores y vegetales.

Dimos aún algunas vueltas por los salones donde se circulaba con más libertad, porque las parejas, para tomar nuevas fuerzas, se habían encaminado al *buffet*, servido con elegante profusión en una galería cubierta de ébano con filetes de oro, y adornada con cuadros de Deportes, representando flores, frutas y caza, con un color tan espléndido que el tiempo sólo había conseguido mejorarlo. Todos estos detalles, mirados de un modo vago, se han quedado fielmente grabados en la memoria y aun los recuerdo en este mundo donde la vida parece el sueño de una sombra; se enlazan en mí á sensaciones tan vivas que me obligan á volver á la tierra. Regresaba á casa tan triste como había salido alegre, y cargué mi abatimiento á una jaqueca. Al cambiar por un peinador de noche aquel traje que no había servido para nada, puesto que sólo deseaba ser bella para vos, decía suspirando: «¿Por qué no me ha invitado á bailar como ese húngaro, ese inglés y todos aquellos caballeros, de quienes yo no me acordaba? Nada más sencillo, ni más natural en un baile. Todo el mundo me ha mirado excepto el sér, cuya atención deseaba. Decididamente mi amor no puede prosperar.»

Me acosté y algunas lágrimas rodaron de las pestañas á la almohada....

Aquí termina el primer dictado de Espirita. Hacía ya largo rato que la lámpara, falta de aceite, se había apagado, y Malivert, como los sonámbulos que no necesitan la luz exterior, seguía escribiendo páginas y más páginas, sin conciencia de lo que hacía. De repente cesó el impulso que guiaba su mano y retornó su pensamiento, suspendido por el de Espirita. Las primeras luces del día filtraban por los visillos. Los levantó y la pálida claridad de una mañana de invierno le hizo ver sobre la mesa muchas hojas de papel, cubiertas por una escritura febril y rápida. Aunque las había escrito ignoraba su contenido. No hay por qué decir con qué ardiente curiosidad, con qué profunda emoción leyó las sinceras y castas confesiones de aquel sér adorable para quien había sido inocente verdugo. Aquella tardía confesión del amor procedente del otro mundo y suspirada por una sombra, le producía dolores desesperados y rabias impotentes contra sí mismo: ¿Cómo había podido ser bastante estúpido y ciego para pasar al lado de su felicidad sin conocerla? Acabó por tranquilizarse y levantando casualmente los ojos al espejo de Venecia, vió el reflejo de Espirita que le sonreía.

X

Es una sensación muy extraña la de recibir la revelación de una dicha retrospectiva que ha pasado á vuestro lado sin que la viéseis, ó que ella misma se ha escondido. Nunca es más amarga la tristeza de lo irreparable: se quisiera volver sobre los días perdidos, se hacen magníficos proyectos y hasta se consiguen perspicacias extrañas, pero la vida no se vuelve como un reloj de arena. El grano caído no volverá á subir. Guy de Malivert se lamentaba inútilmente de no ha-

ber sabido adivinar aquella encantadora criatura que no estaba sepultada en un harem de Constantinopla, ni oculta tras las rejas de un convento de Italia ó España, ni guardada como Rosina por un tutor celoso, sino que se agitaba en su mundo, á la que podía ver todos los días y de la que ningún obstáculo serio le separaba. Ella le amaba, la hubiese pedido y una vez obtenida, hubiese gozado aquella felicidad suprema y rara de hallarse, unido en esta tierra al alma hecha para su alma. Juzgando por lo que amaba á la sombra, llegaba á comprender qué pasión le hubiese inspirado la mujer. Bien pronto sus ideas tomaron otro rumbo y dejó de recriminarse, lamentándose de sus vulgares dolencias. ¿Qué había perdido, supuesto que Espirita había conservado su amor más allá de la tumba y salía de las profundidades de lo infinito para bajar á la esfera por él habitada? ¿La pasión que experimentaba no era más noble, más poético, más etérea, más cercana al eterno amor, más desprendida, por lo tanto, de toda contingencia terrestre y teniendo por objetivo una belleza idealizada por la muerte? ¿La unión humana más perfecta no tiene sus cansancios, sus saciedades y sus fastidios? El ojo más seducido vé al cabo de algunos años palidecer los adorados encantos; el alma se hace menos visible á través de la carne ajada, y el amor, asombrado, busca el ídolo que desapareció.

Estas reflexiones y el movimiento ordinario de la vida con sus exigencias, á las que no pueden sustraerse ni aun los soñadores más entusiastas, entretuvieron á Malivert hasta la noche, cuya llegada esperaba impaciente. Cuando quedó cerrado en su gabinete y se sentó junto á la escribanía, la manecita blanca, delicada y con venas azules, reapareció y le hizo seña de cojer la pluma. Obedeció y sus dedos empezaron á moverse por sí mismos sin que el cerebro le dictase nada. A su pensamiento había sustituido el de Espirita.

Dictado de Espirita

«...No quiero aburriros de una manera póstuma contándoos todas mis desventuras. Un día, sin embargo, tuve una alegría muy viva y hasta creí que el pícaro destino que parecía gozar robándome vuestras miradas, iba á cesar en sus persecuciones. Debíamos comer el sábado siguiente en casa de M. de L... El suceso habría sido para mí bastante indiferente, si no me hubiese dicho durante la semana el barón de Feroe que tomaríais parte en aquella reunión medio mundana y medio literaria, porque M. de L... gustaba de recibir artistas y literatos. Era un hombre de gusto, un inteligente en libros y en pinturas que poseía una biblioteca y una galería de cuadros de primer orden. Ibais algunas noches juntamente con otros autores célebres ó dispuestos á buscarse un nombre. M. de L... tenía la vanidad de creer que sabía descubrir el talento y no ser de esos que fian en las reputaciones hechas. En mi exaltación infantil pensaba: «Por fin cogeré á ese fugitivo; esta vez no podrá escaparse: cuando estemos sentados á la misma mesa, y quizás el uno al lado del otro, é iluminados por cincuenta bujías, aun cuando sea muy distraído, no tendrá más remedio que verme... á no ser que se interponga entre los dos un ramo de flores ó un plato montado.»

Los días que nos separaban aún del venturoso sábado me parecieron inconmensurablemente largos, tanto como las horas de lección en el colegio. Pasaron por fin, y llegamos mi padre, mi madre y yo, á casa de M. de L... media hora próximamente antes de la comida. Los invitados, diseminados por el salón, formaban corrillos, iban y venían, miraban los cuadros, abrían los libros puestos sobre las mesas,

ó daban noticias del teatro á algunas señoras sentadas en un divan junto á la dueña de la casa. Entre ellos había dos ó tres escritores ilustres que mi padre me nombró, y cuyas fisonomías no me parecieron muy de acuerdo con el carácter de sus obras. Todos habían llegado menos vos y M. de L..., empezaba á lamentarse de vuestra falta de exactitud, cuando un criado entró con una bandeja de plata, sobre la que se veían un lapicero para firmar y poner la hora, y un telegrama de Chantilly con estas palabras en estilo telegráfico: *Llegué tarde tren, no me esperéis; desesperado.*

El desencanto era cruel. Después de esperar toda la semana, mi esperanza se desvanecía en el momento de realizarla. Una tristeza, que me costó grandísimo esfuerzo el disimular, se apoderó de mí, haciendo desaparecer los colores que la animación había despertado en mis mejillas. Afortunadamente se abrieron las puertas del comedor y el *maitre d' hotel* anunció que *la señora estaba servida*. El movimiento de los convidados hizo que no se fijasen en mi turbación. Cuando todos se sentaron quedó vacía una silla á mi derecha: era la vuestra, y para que no me cupiese duda, estaba escrito vuestro nombre con hermosa letra redondilla sobre una tarjeta adornada de finos arabescos y colocada junto á la fila de copas. Así fué completa la ironía del destino. Sin aquel vulgar contratiempo del ferrocarril os hubiese tenido durante toda la duración de la comida rozando con mi ropa y tocando mi mano en esos mil pequeños servicios que en la mesa la galantería menos activa se cree obligada á dispensar á una señora. Algunas palabras ligeras se hubiesen cambiado al principio entre nosotros, como preludeo de la conversación, y una vez roto el hielo hubiésemos intimado, y vuestra inteligencia no habría tardado en comprender mi corazón. Quizás no os hubiese disgustado y aun cuando acababais de llegar de España es posible que os hubieseis dejado arrebatado por la blancura sonrosada de mi cutis y el oro pálido

de mis cabellos. A haber asistido á aquel convite, tal vez vuestra vida y la mía habrían tomado otro rumbo. Vos no seríais soltero, yo viviría y no me vería obligada á haceros revelaciones de ultratumba. El amor que sentís hacia mí sombra me hace creer, sin orgullo, que no habríais sido insensible á mis encantos terrenales; pero esto no podía ser. Aquel sitio vacío que me aislaba de los demás convidados parecía un símbolo de mi suerte, anunciándome la esperanza inútil y la soledad en medio de la gente. Este siniestro presagio se cumplió. Mi vecino de la izquierda era, según supe después, un individuo de la academia, muy amable, pero sabio. Trató varias veces de hacerme hablar, pero le contestaba con monosílabos, y aun éstos se adaptaban tan mal á las preguntas, que el interlocutor me tomó por una tonta y me dejó para hablar con la otra vecina.

Apenas me llevaba á la boca algo me sentía tan angustiada que no podía comer. Terminó por fin la comida, pasamos al salón y se formaron varias tertulias de acuerdo con las simpatías de los convidados. En uno de los grupos más cercanos al sillón en que yo estaba sentada, y sin duda para que yo lo oyese mejor, sonó vuestro nombre en boca de M. d' Aversac: «Ese diablo de Malivert, decía, está enamorado de su pachá, y por su parte el pachá no suelta á Malivert. Siempre van juntos. Mohamed ó Mustafá, pues no sé cómo se llama, quiere llevarse á Guy al Egipto. Le dice que pondrá á su disposición un vapor para remontarse hasta las primeras cataratas; pero Guy, que es tan bárbaro como el turco civilizado, preferiría una canoa, porque le parece más pintoresco. Este proyecto le sonríe á Malivert, que pretende hacer demasiado frío en París. Le gustaría ir este invierno al Cairo para continuar el estudio de la arquitectura árabe que empezó en la Alhambra; pero si va allá me temo que no vuelva y abraza el islamismo como Hassan, el héroe de *Namuna*.

—Es muy capaz, contestó un joven del grupo, porque ha

manifestado siempre poca afición á la civilización occidental.

—¡Bahl, añadió otro, cuando haya adquirido algunos trajes exactos, tomado media docena de baños de vapor, comprado á los Djellabs una ó dos esclavas, que venderá perdiendo, trepado á las pirámides y dibujado el perfil achataado de la Esfinje, volverá á pisar tranquilamente el asfalto del *boulevard* de los Italianos, que es, después de todo, el único punto habitable del universo. Esta conversación me agitó mucho. Os marchabais ¿para cuánto tiempo? ¿Quién lo sabía? ¿Tendría la fortuna de encontraros antes de vuestra partida y de dejaros por lo menos mi retrato para que os lo llevaseis? Era esta una felicidad en la que no me atrevía á creer después de tantos ensayos inútiles.

De regreso en casa y después de tranquilizar á mi madre que me había creído enferma á causa de mi palidez, sin sospechar lo que pasaba en mi alma, reflexioné profundamente sobre mi situación. Me preguntaba si aquella tonacidad de las circunstancias en separarnos era un aviso secreto del destino, que sería temible desobedecer. Quizás fueseis un peligro para mí é hiciese yo mal en querer cruzarme en vuestro camino. Hablaba sólo la razón, porque el corazón no aceptaba la idea y quería correr hasta el fin los riesgos de su amor. Me sentía completamente atada á vos, y a ¡quel lazo, tan débil en la apariencia, era más sólido que una cadena de diamantes. Desgraciadamente sólo me ataba á mí. «¡Cuán desgraciada es la suerte de las mujeres!, pensaba; condeuadas á esperar, quietas y en el silencio, no pueden, sin faltar al pudor, manifestar sus simpatías; tienen que sufrir el amor que inspiran y no pueden declarar nunca el que sienten. Desde que mi alma ha despertado, un sentimiento único se ha apoderado de ella, puro, absoluto, eterno y el sér que lo alcanza quizás lo ignorará siempre. ¿Cómo hacerle saber que una joven, á la que tal vez amase si pudiese sospechar tal secreto, sólo vive y respira para él?»

Un momento después tuve la idea de escribiros una carta parecida á las que dicen que reciben los autores, donde bajo el velo de la admiración, se dejan adivinar sentimientos de otro género que reclaman alguna cita, que no comprometa en un teatro ó en un paseo; pero mi delicadeza femenina se revolvió contra el empleo de semejante medio y tenía miedo á que me tomaseis por alguna *señorita* que deseaba bajo vuestra protección salir en una novela de la *Revue des deux Mondes*?

D' Aversac tenía razón. Al cabo de ocho días habíais salido para el Cairo con vuestro pachá. Aquella marcha que aplazaba mis esperanzas por tiempo indefinido, me inspiró una melancolía que difícilmente podía ocultar. Todo el interés de mi vida estaba en suspenso; de manera que dejé de ser coqueta y cuando iba á alguna reunión mi doncella era la encargada de elegir el traje.

¡Para qué ser bella si me faltabais vos! Aun lo era, sin embargo, lo suficiente para que, como á Penélope, me rodease un coro de pretendientes. Poco á poco, nuestra casa, que sólo la frecuentaban los graves y algo maduros amigos de mi padre, se fué poblando de rostros más jóvenes y asiduos á nuestras reuniones de los viernes. A través de las puertas, veía algunos terribles elegantes muy rizados y con un nudo de corbata que habría costado profundas meditaciones, dirigiéndome al descuido miradas apasionadas y fascinadoras. Otros, durante las figuras de la contradanza, cada vez que callaba el piano, daban suspiros que yo, sin conmovirme, procuraba atribuir al cansacio. Algunos, más atrevidos, aventuraban algunas frases morales y poéticas acerca de la felicidad de una unión afortunada, creyéndose hechos á propósito para la felicidad legítima. ¡Cuán cuidados, perfectos é irreprochables se presentaban con su delicadeza ideal! El perfume de sus cabellos había sido comprado en casa de Houbigant, y sus trajes los había cortado Renard;

¿qué más podía exigir una imaginación sensible y novelesca? Así se comprende que aquellos hermosos jóvenes se quedasen cándidamente sorprendidos de la poca impresión que en mí producían. Los más despechados creo que llegaron hasta creerme falta de poesía. Se presentaron algunos partidos formales, y más de una vez les pidieron mi mano á mis padres; pero cuando me consultaban nunca me faltaba alguna buena excusa, para contestar con la negativa. No insistían, porque como yo era joven había tiempo para pensarlo y no arrepentirse más tarde de la precipitación. Creída de que tenía alguna preferencia oculta, me preguntó mi madre, y estuve á punto de confesarlo todo, pero me contuvo un invencible pudor. Aquel amor que yo sola experimentaba y que vos ignorabais, me parecía un secreto que sólo con vuestro consentimiento podía revelar. A vos pertenecía la mitad de él. Guardé silencio, pero ¿cómo podía confesar, ni aun á una madre indulgente, aquella pasión loca, ó que lo parecía, nacida de una impresión infantil en el locutorio de un convento y pertinazmente sostenida en el fondo de mi alma, sin que nada, bajo el punto de vista humano, lo justificase? Si hubiese hablado, como mi elección no tenía nada de desigual ni de imposible, mi madre tal vez hubiese buscado la manera de reunirnos y de estimularos por medio de uno de esos subterfugios que, en ocasiones semejantes, inventan las mujeres más honradas y virtuosas. Pero esta idea repugnaba á mi probidad virginal, pues yo no quería intermediarios entre vos y yo. Debíais verme y adivinarme, y sólo de esta manera podía ser feliz y perdonarme el haber sido la primera en amar. Mi pudor de niña necesitaba este consuelo y esta excusa. No era orgullo ni coquetería, sino un puro sentimiento de dignidad femenina.

Pasó el tiempo, volvisteis de Egipto y empezaron á hablar de vuestra asiduidad á casa de la señora de Imbercourt, de la que os creían muy enamorado. Alarmóse mi corazón

y deseé ver á mi rival. Me la enseñaron en su palco de los Italianos. Traté de juzgarla imparcialmente y la encontré hermosa, pero sin encanto ni finura, como la copia de una estatua clásica hecha por un escultor mediano. Reunía todo lo que constituye el ideal de los tontos y me extrañaba que os hubieseis enamorado de aquel ídolo. Faltábale al rostro de la señora de Imbercourt, no obstante, su regularidad el rasgo particular, la gracia original, el encanto inopinado. Tal me pareció aquella noche y tal debía ser siempre. A pesar de lo que decían tuve el amor propio de no sentir celos de aquella mujer. Entretanto, los rumores de vuestro matrimonio tomaban consistencia, y como las malas noticias van siempre á quien interesan, yo estaba muy enterada de todo lo que pasaba entre vos y la señora de Imbercourt. Unos decían que se habían publicado las primeras amonestaciones y otros señalaban hasta el día de la boda. Yo no tenía medios de comprobar la exactitud ó falsedad de los rumores, y como todo el mundo lo creía un asunto terminado y conveniente bajo cualquier punto de vista, tuve que creerlo. Entretanto la voz secreta de mi corazón me decía que no amabais á la señora de Imbercourt, pero muchas veces los matrimonios se hacen sin amor, para fundar una casa, para regularizar la posición ó por la necesidad de descanso que se experimenta después de los azares y las fogosidades de la juventud. Profunda desesperación me asaltó, porque veía cerrarse mi vida y desvanecerse aquel casto sueño tan largo tiempo acariciado. Ya no podía ni siquiera pensar en vos en el rincón más misterioso de mi alma, porque como le perteneciais á otra ante Dios y ante los hombres, este pensamiento inocente hasta entonces resultaba culpable, y en mis pasiones infantiles no había nada de que pudiese enrojecer el Angel de la Guarda. Una vez os encontré en el bosque de Bolonia á caballo junto al coche de la señora de Imbercourt, pero me escondí en el fondo de mi carruaje poniendo tanto

cuidado en que no me vieseis como antes lo había puesto en que me vieseis. Aquella rápida visión fué la última.

Tenia apenas diez y siete años. ¿Que iba á ser de mí? ¿Cómo acabaría una existencia destruída desde su comienzo? ¿Había que aceptar alguno de aquellos matrimonios que aprobaría desde luego la previsión de mis padres? Eso es lo que en parecidas circunstancias hacen muchas jóvenes separadas de sus ideales por obscura fatalidad. Pero mi lealtad se revolvió contra semejante compromiso, y como mi primero y único pensamiento de amor había sido para vos, sólo á vos podía pertenecer en ese mundo; pues cualquiera otra unión, me hubiese parecido un adulterio. Mi corazón no tenía más que una página, en la que involuntariamente habíais escrito vuestro nombre, que ya nadie debía reemplazar. Vuestro matrimonio no me relevaba de mi fidelidad. Inconsciente para mi amor érais libre, pero yo estaba atada. La idea de ser esposa de otro me inspiraba grande horror, y después de haber rechazado muchos pretendientes, sabiendo cuán difícil es en el mundo la posición de una solterona, me decidí á abandonar el siglo para entrar en un convento. ¡Sólo Dios podría quizás abrigar mi dolor y consolarlo!

XI

Entré como novicia en el convento de las hermanas de la Misericordia, á pesar de las advertencias y súplicas de mis padres, que enternecieron, pero no domaron mi valor. Por firme que sea la resolución adoptada, es terrible el momento de la separación suprema. Al límite de un largo corredor una verja señala el límite del mundo y el del claustro. La familia puede acompañar á la virgen que se consagra á Dios hasta aquel límite infranqueable para los profanos. Después de los últimos abrazos, cuyo término aguardan impasibles

unos cuantos rostros taciturnos y velados, se entreabre la puerta sólo lo necesario para que pueda pasar la novicia, á la que parecen arrebatar los brazos de una sombra, y después se cierra con un ruido de hierro que se prolonga en el silencio de los corredores como un trueno sordo. El sonido que devuelve al cerrarse la tapa de un ataúd, ni es tan lúgubre ni resuena más dolorosamente en el corazón. Me sentí palidecer á la vez que me envolvía un frío glacial. Acababa de dar el primer paso fuera de la vida terrestre, ya cerrada para mí. Penetré en aquella región fría donde se extinguen las pasiones, se desvanecen los recuerdos y no llegan los rumores del siglo. Allí sólo existe la idea de Dios, y basta á llenar el vacío tremendo y el silencio que reina en aquellos lugares, tan profundo como el de la tumba. Puedo decirlo porque he muerto.

Mi piedad, aunque tierna y fervorosa no llegaba á la exaltación mística, porque era un motivo humano más que una vocación imperiosa lo que me había hecho buscar la paz á la sombra del claustro. Yo era un naufrago del alma, roto contra un escollo desconocido, y mi drama, invisible para todos, había tenido un desenlace trágico. Al principio experimenté lo que en la vida devota llaman avideces, fatigas, miradas hacia el mundo y vagas desesperaciones, últimas tentativas del espíritu mundano, que quería recobrar su presa, pero bien pronto se ahogó aquel tumulto. La costumbre del rezo y de las pláticas religiosas, la regularidad de los oficios y la monotonía de una regla calculada para domar las rebeliones del alma y del cuerpo, volvieron al cielo los pensamientos que aun se acordaban de la tierra. Vuestra imagen seguía viviendo en mi corazón, pero llegué á amaros sólo en Dios.

El convento de las hermanas de la Misericordia no es uno de esos claustros románticos, como las gentes del mundo se los figuran. para abrigar una desesperación amorosa.

Nada de arcos ojivales, ni de columnas festoneadas de hiedra, ni de rayos de luna que penetran por los rotos tréboles de un rosetón para iluminar un epitafio. Nada de capillas con vidrios de colores, columnas fuseladas y bóvedas inmensas, cosas muy bonitas para una decoración de diorama. La religiosidad que trata de sostener el cristianismo por su lado pintoresco y poético no encontraría ningún tema descriptivo al uso de Chateaubrian. La fábrica es moderna y no ofrece ni el más pequeño rinconcito obscuro para guardar una leyenda. Nada distrae los ojos; ni adornos ni caprichos artísticos, ni pintura, ni escultura: todo son líneas secas y rígidas. Una claridad blanca ilumina, como en un día de invierno, la palidez de los largos corredores con las paredes cortadas por las pueras simétricas de las celdas y se refleja sobre los lucientes pisos. En todas partes reina una severidad trágica, falta de lo bello y sin haber pensado en dar forma á la idea. Aquella arquitectura tosca tiene la ventaja de no distraer las almas que deben estar abismadas en Dios. Las ventanas, colocadas en la parte alta, llevan unas rejas, cuyos estrechos cuadros sólo dejan entrever el cielo obscuro ó azul. Se vive en una fortaleza levantada contra los embates del mundo. Basta la soledad del claustro; la belleza sería inútil.

La misma capilla sólo se consagra por mitad á la devoción de los fieles externos. Una gran verja que sube desde el suelo á la bóveda, cubierta con tupidas cortinas verdes, se interpone como el rastrillo de una plaza de guerra entre la iglesia y el coro reservado á las religiosas. Unos sillones de madera, con molduras relucientes por el uso, lo rodean. En el centro hay tres sitials para la superiora y sus dos asistentes. Allí van las hermanas á oír el oficio divino, con el velo caído y arrastrando su largo hábito negro, sobre el que destaca una ancha banda de tela blanca, semejante á una cruz de un paño fúnebre con los brazos cortados. Desde la tribuna, con celosías, donde están las novicias, las veía saludar

á la superiora y al altar, prosternarse y embutirse en sus sillas, convertidas en reclinatorios. En el momento de la elevación, se entreabre la cortina central y deja ver al sacerdote que consuma el santo sacrificio en el altar situado frente al coro. El fervor de aquellas adoraciones me edificaba y confirmaba mi resolución de romper con el mundo, hacia el que aún podía volver. En aquella atmósfera de éxtasis y de incienso, á la temblorosa luz de los cirios, que echaban un rayo pálido sobre sus frentes prosternadas, mi alma sentía que le brotaban alas para tender más el vuelo y elevarse á las regiones etéreas. El techo de la capilla llenábase de oro y azul, y en un boquete del cielo, parecíame ver á los ángeles que se inclinaban sonriendo hacia mí y me hacían señas para que me acercase; y después de esto, ya no veía el color feo del estuco, ni el mal gusto de la araña, ni la pobreza de las pinturas con marcos de madera negra.

Se acercaba la época de pronunciar mis votos, y me rodeaban de esos estímulos halagadores, de esas advertencias delicadas de esas caricias místicas, de esas esperanzas de felicidad perfecta, que prodigan en los conventos á las novicias próximas á consumir el sacrificio y á consagrarse eternamente al Señor. Yo no necesitaba aquel apoyo para marchar al altar con paso firme. No obstante, la ternura de mis padres, como me veía forzada, ó por lo menos lo creía, á renunciar á vos, no echaba de menos nada del mundo y mi resolución era inquebrantable.

Terminadas mis pruebas llegó el día solemne. El convento, tan tranquilo ordinariamente, tenía cierta animación contenida por la severa disciplina monástica. Las monjas iban y venían por los corredores, olvidándose muchas veces de aquel paso de fantasma que recomienda la regla, porque indudablemente es un gran acontecimiento una toma de hábito. Una nueva oveja se une al rebaño, y todo el ganado se conmueve. El adorno mundano con que la novicia se viste

por última vez, es un motivo de curiosidad, de alegría y de asombro. Se admiran con cierto temor la seda, los encajes, las perlas y las joyas que representan las pompas de Satanás. Me llevaron al coro toda adornada: la superiora y sus asistentas ocupaban sus sitios y las religiosas en los suyos respectivos oraban inclinadas. Pronuncié las palabras sacramentales, que me separaban para siempre de los vivos, y con arreglo al ritual rechacé con el pie el rico almohadón de terciopelo, sobre el que en muchas ocasiones me había arrodillado; me arranqué el collar y los brazaletes y me quité todos los adornos, como prueba de que renunciaba á la vanidad y al lujo, y abjuré la coquetería femenina, cosa bien fácil, ya que sólo tenía derecho á ser bella para gustaros á vos.

Después vino la escena más tímida y lúgubre de aquel drama religioso; el momento en que le cortan los cabellos á la nueva hermana, por considerarlos una vanidad inútil y algo de los adornos de un condenado. Sólo la víctima es inocente ó está cuando menos purificada por el arrepentimiento. Aun cuando sinceramente y desde el fondo del corazón había hecho el sacrificio de todo lazo humano, mortal palidez cubrió mi rostro cuando el acero de las tijeras sonó en mi larga cabellera, que sostenía una monja. Los rizos de oro caían en grandes copos sobre las baldosas de la sacristía y con los ojos fijos los veía llover á mi alrededor. Estaba aterrada y poseída de un secreto horror. El frío del metal al tocarme en la nuca me hizo estremecer los nervios como el contacto de un hacha. Castañateáronme los dientes y huía de mis labios la oración que trataba de pronunciar. Sudores glaciales como los de la agonía bañaban mis sienes; mi vista se conturbaba y la lámpara que colgaba frente al altar de la Virgen, me pareció ocultarse bajo una niebla. Dobláronse mis rodillas y apenas tuve tiempo para decir, extendiendo los brazos para agarrarme al vacío: «Me muero.»

Me hicieron respirar sales, y cuando retorné, asombrada de la luz del día, como una sombra que sale de una tumba, me hallé en brazos de las hermanas, que me sostenían con plácida asiduidad y como acostumbradas á tales desfallecimientos.

«No será nada, me dijo como compadecida, la más joven. Lo más difícil está hecho; encomendaos á la Santísima Virgen y todo irá bien. Lo mismo me sucedió cuando profesé. Es el último esfuerzo del espíritu malo.»

Dos hermanas me pusieron el traje negro de la orden, me pasaron la estola, y llevándome al coro echaron sobre mi cabeza el velo, sudario simbólico que me dejaba muerta para el mundo y sólo visible á Dios. Una piadosa leyenda que yo había oído contar, decía que si se pide al cielo una gracia bajo los pliegues del velo fúnebre, se concede. Cuando me envolvió el velo imploré de la bondad divina que os revelase mi amor después de mi muerte, si tal deseo no tenía nada de culpable. Parecióme, por no sé qué alegría intensa y súbita, que mi deseo había sido atendido y experimenté grandísimo consuelo, porque aquel era mi dolor secreto, el áspid que me picaba día y noche en el corazón, haciéndome sufrir como un cilicio oculto bajo el vestido. Había renunciado á vos en el mundo, pero mi alma no podía consentir en ocultar eternamente su secreto.

¿Os contaré mi existencia en el convento? Allí los días suceden á los días eternamente iguales; cada hora tiene su rezo, su devoción y su deber que llenar; la vida marcha con paso igual á la eternidad, sintiéndose feliz al acercarse. Y sin embargo, aquella calma aparente oculta muchas veces desfallecimientos, tristezas y agitaciones. Allí el pensamiento, aunque dominado por el rezo y la meditación, se escapa en sueños. Os asalta la nostalgia del mundo, echáis de menos la libertad, la familia y la naturaleza; pensáis en el vasto horizonte inundado de luz, en las praderas estrelladas de flores,

en las colinas con sus ondulaciones verdes, en el humo azulado que por la tarde sale del campo, en el camino por donde ruedan las carretas, en el río que surcan las barcas, en la vida, en el movimiento, en el ruido, en la variedad que nace incesantemente en los objetos. Se desearía andar, correr, volar; se envidian las alas del pájaro; se vive en una tumba y se salvan con la imaginación los altos paredones del convento, para que el pensamiento vaya á los puntos amados, á las escenas de la infancia y de la juventud que se reproducen con mágica riqueza de detalle. Arregláis inútiles planes de felicidad, olvidando que se halla corrido para vos el irrevocable cerrojo. Las almas más religiosas se ven expuestas á estas tentaciones, á estos recuerdos, á estos espejismos que la voluntad rechaza y el rezo trata de disipar, pero que nacen frecuentemente en el silencio y la soledad de la celda, entre aquellas cuatro paredes blancas que tienen por todo adorno un Crucifijo de madera negra. Vuestro recuerdo, alejado por el fervor de los primeros momentos, volvía después más tierno y con mayor frecuencia. La idea de una felicidad perdida me oprimía dolorosamente el corazón, y muchas veces lágrimas silenciosas corrían á lo largo de mis pálidas mejillas, sin darme yo cuenta de ello. Durante la noche lloraba en sueños y por la mañana encontraba mi grosera almohada mojada con aquel amargo rocío. En los sueños más felices me veía sobre la escalinata de un palacio subiendo con vos, de regreso de un paseo, aquellas gradas blancas con tonos azulados que producía la sombra de los altos árboles vecinos. Yo era vuestra esposa y me dirigíais miradas cariñosas de protección. Había desaparecido todo obstáculo entre nosotros. Mi alma no toleraba ya estas sonrientes mentiras, de las que huía como de un pecado, y me confesaba y hacía penitencia. Velaba durante la oración y luchaba contra el sueño para librarme de aquellas ilusiones culpables; pero siempre volvían.

Este combate minaba mis fuerzas, que no tardaron en alterarse. Estaba delicada sin estar enferma. La vida ruda del claustro con sus ayunos, abstinencias y maceraciones, la fatiga de los oficios nocturnos, el frío sepulcral de la iglesia, los rigores de un invierno prolongado, del que me preservaba mal un delgado hábito de estameña, y más que todo, las luchas del alma, las alternativas de exaltación y abatimiento, de duda y de fervor, el miedo de no poderle entregar al divino Esposo más que un corazón distraído por una preocupación humana, para incurrir en las venganzas celestes, porque Dios es celoso y no puede sufrir el que participen otros; hasta tal vez los celos que me inspiraba la señora de Imbercourt, todas estas causas obraban sobre mi organismo de una manera desastrosa. Mi cutis había tomado el tono mate de la cera de los cirios; mis ojos ensanchados por la demacración brillaban febrilmente en su órbita amoratada; las venas de mis sienes se dibujaban como redes de azul oscuro y mis labios habían perdido sus frescos colores sonrosados. Mis manos se habían quedado endebles, transparentes y pálidas como las de una sombra. La muerte no se mira en el convento como en el mundo; se la ve llegar con alegría, porque es la libertad del alma, la puerta abierta del cielo, el fin de las pruebas y el principio de la beatitud. Dios se lleva con preferencia á las que ama y acorta su paso por este valle de miserias y lágrimas. Rezos llenos de esperanza en su salmodia fúnebre, rodean el lecho de la moribunda á quien los sacramentos purifican de toda mancha terrestre y sobre la que brilla ya la luz de otra vida. Para sus hermanas es más bien objeto de envidia que de espanto.

Veía sin miedo acercarse el término fatal y esperaba que Dios me perdonaría un amor único, casto, puro é involuntario, que había tratado de borrar desde el momento en que lo había creído culpable, y que me recibiría en su gracia. Muy pronto quedé tan débil, que muchas veces al arrodi-

llarme me desmayaba y permanecía extendida sobre mi velo como una muerta y con el rostro contra el suelo; respetaban mi inmovilidad figurándose que era éxtasis; después viendo que no me incorporaba, venían dos religiosas, me levantaban como un cuerpo inerte y con las manos debajo de mis brazos me acompañaban, ó mejor, me llevaban á la celda de la que bien pronto ya no salí. Permanecía largas horas vestida sobre la cama, desgranando el rosario con los enflaquecidos dedos, extraviada en alguna vaga meditación y preguntándome si mi voto quedaría cumplido después de mi muerte. Mis fuerzas se extenuaban visiblemente y los remedios que aplicaban á mí mal podían disminuir el sufrimiento, pero no curarlo. Yo no deseaba tampoco más, porque tenía más allá de la vida una esperanza largo tiempo acariciada, y cuya posible realización me inspiraba una especie de curiosidad de ultratumba. Mi tránsito de un mundo al otro se hizo de la manera más dulce.

Estaban rotos todos los lazos del espíritu y de la materia, excepto un hilo mucho más ténue que esos hilos de la Virgen que flotan en el aire durante los hermosos días del Otoño, único que sostenía mi alma, pronta á abrir sus alas al soplo del infinito. Alternativas de luz y sombra semejantes á esos relampagueos intermitentes que arroja una vela antes de expirar, palpitaban en mis turbados ojos. Los rezos que las hermanas, arrodilladas, murmuraban junto á mí y á los que me esforzaba por unirne mentalmente, llegaban como un murmullo confuso de rumores vagos y lejanos. Mis amortiguados sentidos no percibían nada de la tierra, y mi pensamiento, abandonando el cerebro, revoloteaba incierto en un sueño extraño, entre el mundo material y el inmaterial, sin pertenecer ya al uno ni estar todavía en el otro, á la vez que mis dedos, pálidos como el marfil, arrugaban y separaban los pliegues de la sábana. Cuando empezó mi agonía, me acostaron en el suelo, con un saco de ceniza por al-

mohada, única actitud propia de una sierva de Dios, que entrega su polvo al polvo. Cada momento me faltaba más aire, me ahogaba; una angustia extraordinaria me oprimía el pecho, el instinto de la naturaleza luchaba aún contra la destrucción, pero muy pronto aquella lucha inútil cesó y con un débil suspiro se exhaló el alma de mis labios.

XII

No hay palabras humanas que puedan expresar la sensación de un alma que, libre de la cárcel corporal, pasa de una vida á la otra, del tiempo á la eternidad, y de lo finito á lo infinito. Mi cuerpo inmóvil y ya cubierto de esa blancura mate, que es la librea de la muerte, yacía en su fúnebre lecho, rodeado de monjas que rezaban, pero estaba libre de él, como la mariposa de la crisálida, cascarón vacío, despojo informe que había abandonado para abrir mis alas á la luz desconocida y súbitamente revelada.

A una intermitencia de sombra profunda había sucedido un deslumbramiento de esplendores, un ensanche de horizontes, desaparición de toda suerte de límites y obstáculos que me empapaba de indecible alegría. La explosión de nuevos sentidos me hacía comprender misterios impenetrables al pensamiento y á los órganos terrestres. Libre de aquella arcilla sometida á las leyes de la atracción, me lancé con loca velocidad en el éter insondable. Las distancias ya no existían para mí y el simple deseo me llevaba donde quería ir. Trazé grandes círculos volando más rápidamente que la luz, á través del vago azur de los espacios, como el que toma posesión de la inmensidad, cruzándome con emjambre de almas y de espíritus.

Un raudal de luz brillante como polvo de diamantes constituía la atmósfera, y cada grano de aquel polvo lumini-

co era un alma, según tuve muy pronto ocasión de notar. Formaba corrientes, remolinos, ondulaciones y jaspeados, como ese polvo impalpable que extienden sobre las mesas armónicas para estudiar las vibraciones sonoras, y todos aquellos movimientos producían nuevos brillos aún en medio de su esplendor. Los números que los matemáticos pueden entregar al cálculo, prolongándose en las profundidades del infinito no sabrían, con sus millones de ceros añadidos para darle su enorme poder á la cifra inicial, dar una idea aproximada de la espantosa multitud de almas que componen aquella luz tan diferente de la luz material, como el día de la noche.

A las almas que han pasado por las pruebas de la vida desde la creación de nuestro mundo y de los otros universos, se unían las almas en expectativa, las almas vírgenes que esperaban su turno para encarnarse en un cuerpo de cualquier planeta ó sistema. Había bastantes para poblar durante millones de años todos esos universos, espiración de Dios que cesará cuando cansado de su obra absorba de nuevo su soplo. Aquellas almas, aunque diferentes en esencia y aspecto, según el mundo que debían habitar, no obstante, la infinita variedad de sus tipos, todas recordaban el tipo divino y estaban hechas á imagen de su creador. Tenían por mónada constitutiva la chispa celeste. Unas eran blancas como el diamante, y otras tenían los colores del rubí, la esmeralda, el záfiro, el topacio y la amatista. A falta de otros términos que puedan servir para que me comprendáis, empleo esos nombres de piedras, que son viles guijarros, cristales opacos, negros como la tinta, que aún escogiendo los más brillantes sólo parecerían como manchas sobre el fondo de los vivos esplendores.

De vez en cuando pasaba algún ángel llevando á los límites de lo infinito una orden de Dios y hacía oscilar los universos con las palpitations de sus enormes alas. La vía lác-

tea manaba en el cielo como río de soles en fusión. Las estrellas que yo veía en su forma y tamaño verdaderos, tamaño de que no se puede formar idea la imaginación del hombre, brillaban como antorchas terribles y descomunales; detrás de ellas, por entre los huecos que dejaban, en las profundidades más vertiginosas, veíanse otras y otras, de manera que el fondo del firmamento no se veía en ninguna parte, y hubiese podido creerme cerrado en una esfera toda tapizada de astros en el interior. Sus luces blancas, amarillas, azules, verdes y encarnadas, llegaban á tales intensidades y brillos que hubiesen hecho parecer negra la claridad de nuestro sol; pero los ojos de mi alma lo soportaban sin dificultad. Iba, venía, subía, bajaba, recorría en un segundo millones de leguas á través de los resplandores de las auroras, de los reflejos del iris, de las irradiaciones de oro y de plata, de las fosforescencias diamantinas, de los fuegos estelares, de todas las magnificencias, de todas las beatitudes y de todas las maravillas de la luz divina. Oía aquella música de las esferas, de la que llegó un eco al oído de Pitágoras; sus números misteriosos, ejes del universo, marcaban el ritmo. Con un ruido armónico, poderoso como el trueno y dulce como la flauta, nuestro mundo circulaba lentamente por el espacio, arrastrado por su astro central. Con una sola mirada abracé los planetas desde Mercurio hasta Neptuno, describiendo sus elipses en compañía de sus satélites. Una intuición rápida me reveló los nombres con que eran conocidos en el cielo y supe su estructura, su pensamiento y su objeto, sin que me quedase oculto ninguno de los secretos de su prodigiosa vida. Leía ese poema de Dios que tiene soles por letras. ¡Cuánto quisiera explicaros algunas páginas, pero aún vivís en las tinieblas inferiores y vuestros ojos cegarían ante esas claridades fulgurantes.

No obstante, la inefable belleza de tan maravilloso espectáculo, no había olvidado la tierra, pobre residencia que aca-

baba de abandonar. Mi amor, venciendo á la misma muerte, me seguía más allá de la tumba, y con voluptuosidad divina y radiante felicidad veía que no amabais á nadie, que vuestra alma estaba libre y que aún podriais ser mío para siempre. Sabía lo que había presentado. Estábamos predestinados el uno para el otro. Nuestras almas formaban esa pareja celeste que al fundirse constituye un ángel; pero esas dos mitades del todo supremo, para reunirse en la inmortalidad, deben haberse buscado en la vida y adivinado bajo los velos de la carne, á través de las pruebas, de los obstáculos y de las diversiones. Yo sola había experimentado la presencia del alma hermana y había corrido tras de ella, impulsada por un instinto que nunca engaña. En vos, algo más confusa la percepción, sólo os había resguardado de los lazos de los amores vulgares. Comprendíais que ninguna de aquellas almas se había hecho para vos, y apasionado bajo una aparente frialdad os reservabais para más alto ideal. Gracias al favor que me habían otorgado, podía daros á conocer ese amor que habíais ignorado durante mi vida, y esperaba inspiraros el deseo de seguirme á la esfera que habito. Nunca lo dudé. ¿La más feliz de las uniones terrestres, qué es al lado de la dicha que gozan dos almas en el eterno beso del amor divino? Hasta el último momento tenía la obligación de impedir que os extraviaseis en los senderos del mundo, perdiéndoos para siempre. El matrimonio une en ese mundo y en el otro, pero vos no amabais á la señora de Imbercourt; mi condición de espíritu me permitía leer en vuestro corazón y nada temía por ahí; sin embargo, podíais cansaros de no encontrar el soñado ideal, y por fatiga, indolencia, descorazonamiento y necesidad de acabar, dejaros arrebatat por esa unión vulgar.

Abandonando las zonas luminosas bajé á la tierra y la vi pasar por mi lado, rodando en medio de su atmósfera brumosa y de sus grupos de nubes. Os encontré sin dificultad,

y testigo invisible, asisti á vuestra vida, leyendo en vuestro pensamiento é influyendo en vuestro propósito. Con mi presencia, que no sospechábais, alejaba las ideas, los deseos y los caprichos que hubiesen podido separaros del punto adonde os dirigía. Desaté lentamente vuestra alma de todo lazo terrenal, y para conservaros mejor, derramé en vuestra casa un vago encanto que os la hacía amar. Sentiais á vuestro alrededor como una caricia vaga é impalpable, experimentabais inexplicable bienestar: sin daros cuenta de ello, parecía que vuestra felicidad estaba encerrada en aquellas cuatro paredes que yo poblaba. El enamorado que en una noche tempestuosa lee junto á la lumbre su poeta favorito, mientras su dormida amante reposa en la alcoba con el brazo debajo de la cabeza, y soñando dulcemente en aquel sentimiento de íntima felicidad y de claustración amorosa, ese no debe franquear el adorado lindar, porque todo el mundo está para él encerrado en aquella habitación. Se necesitaba prepararos poco á poco para mi aparición, para ponerme misteriosamente en relaciones con vos, porque entre un espíritu y un sér vivo no iniciado, son difíciles las comunicaciones: Un abismo profundo separa este mundo del otro; yo lo había franqueado, pero no era esto suficiente para que me hiciese sensible á vuestros ojos, cubiertos aún con una venda y sin poder ver lo inmaterial á través de las cosas opacas.

La señora de Imbercourt perseguía aún su idea de matrimonio, os atraía á su casa y excitaba vuestra indiferencia con sus apresuramientos. Sustituyendo mi voluntad á vuestro pensamiento dormido, os hice contestar al billete de la dama, con aquel otro, en el que se transparentaban vuestros secretos sentimientos, y que tanto os sorprendió. Despertó en vos la idea de lo sobrenatural, y al fijaros comprendisteis que se mezclaba en vuestra vida un poder misterioso. El suspiro que dí cuando á pesar de mi advertencia os decidisteis á salir, aunque débil y vago como la vibración de un arpa

ecólica os conmovió profundamente, removiendo ocultas simpatías en vuestra alma. Habíais adivinado un acento de dolor femenino. No podía aún manifestarme de una manera más precisa, porque aún no estabais bastante libre de las sombras de la materia, y me presenté al barón de Feroe, un vidente, discípulo de Swedemborg, para recomendarle que os dijese aquella frase misteriosa que os puso en guardia contra los peligros que os rodeaban, y os dió el deseo de penetrar en el mundo de los espíritus, adonde os llamaba mi amor. Todo lo demás los sabéis. ¿Debo remontarme ó permanecer aquí bajo, para que la sombra sea más feliz que la mujer?...»

Al llegar aquí, el impulso que movía la mano de Malivert se detuvo, y el pensamiento del joven, suspenso por la influencia de Espirita, recobró la posesión del cerebro. Leyó de una manera inconsciente lo que acababa de escribir y se afirmó en la resolución de amar sólo y hasta la muerte á aquella alma encantadora que había sufrido por él en su corto tránsito por la tierra. «¿Qué relaciones serán las nuestras?, se preguntaba. ¿Me llevará Espirita á las regiones que habita ó se moverá á mi lado sólo visible para mí? ¿Me contestará cuando le hable? ¿Cómo nos entenderemos?»

Preguntas eran estas difíciles de contestar y que Malivert abandonó después de hacerlas, quedando sumido en un sueño largo, del que le sacó Jack, anunciándole al barón de Feroe.

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos, y el sueco, de bigotes de oro pálido, se reclinó en una butaca.

—Guy, le dijo alargando los pies al guardafuegos, vengo á pedir os el almuerzo, he salido temprano y al pasar por delante de vuestra casa he tenido la idea de haceros esta visita, que por lo matutina parece la de un sereno.

—Habéis hecho bién, barón, y agradezco el capricho, contestó Malivert á la vez que llamaba á Jak para que pusiesen dos cubiertos en el almuerzo.

—Cualquiera creería, mi querido Guy, que no os habíais acostado, dijo el barón mirando las bujías quemadas hasta las arandelas y las cuartillas esparcidas sobre la mesa. Habéis trabajado durante la velada. ¿Se publicará pronto? ¿Es una novela ó un poema?

—Quizá sea un poema, pero no tiene nada mío. Sólo he sostenido la pluma para una inspiración superior á la mía.

—Comprendo, contestó el barón; los mejores versos son aquellos en que Apolo dicta y Homero escribe.

—Este poema, si lo es, no está en verso y no fué un dios de la mitología quien me lo ha dictado.

—¡Dispensadme! Había olvidado que erais novelista, y que cuando se habla con vos hay que dejar olvidados á Apolo y las musas en el diccionario de Chompré ó las *cartas á Emilio*.

—Supuesto que hasta cierto punto habeis sido, querido barón, mi iniciador en lo sobrenatural, no tengo por qué ocultaros que esas cuartillas confundidas con un *original*, como dicen los cajistas, me las ha dictado el espíritu que se interesa por mí, y que parece os ha conocido en este mundo, supuesto que os nombra.

—Os habeis servido de un *médium*, supuesto que aun no existen grandes afinidades entre vos y el espíritu que os visita, replicó el barón. Sin embargo, pronto no necesitareis esos medios lentos y groseros de comunicación, porque vuestras almas se penetrarán por el pensamiento y el deseo, sin ningún signo exterior.

Jack anunció que el almuerzo estaba dispuesto. Malivert, conmovido aun por la extraña aventura que constituía una fortuna de ultratumba, que le hubiese envidiado D. Juan, apenas probaba la comida. El barón de Feroe comía, pero con una sobriedad swedemborgiana, porque el que quiere vivir en el comercio de los espíritus, debe atenuar la materia todo lo posible.

—Ahí teneis un té excelente, dijo el barón; té verde salpicado de blanco, cogido después de las primeras lluvias de la primavera, del que beben los mandarines sin azúcar y á sorbitos en tazas forradas de filigrana para no quemarse los dedos. Es la mejor bebida para los soñadores y la excitación que produce es muy intelectual. Nada separa mejor la pesantez humana ni predispone más para la visión de lo que el vulgo no ve. Supuesto que quereis vivir en una esfera inmaterial, os recomiendo ese brebaje. No me escuchais y lo comprendo, porque una situación tan nueva debe preocuparos mucho.

—Lo confieso, siento una especie de borrachera y me pregunto muchas veces si no estoy predispuesto á algún alucinamiento.

—Desechad esas ideas que pueden ahuyentar al espíritu y no trateis de explicaros lo inexplicable. Abandonaos con fe y entera sumisión á la influencia que os guía, porque la más pequeña duda acarreará una ruptura que os cause eternos dolores. Una autorización, rara vez otorgada, reúne en el cielo las almas que no se han encontrado en vida; aprovechadla y mostraos dignos de tal dicha.

—Creedme, seré digno, y no le haré sufrir nuevamente á Espirita los dolores que inconscientemente le causé en este mundo. Y ahora pienso que en el escrito que me ha dictado no figura el nombre que llevó en la tierra tan adorable criatura.

—¿Queréis saberlo? Pues id al cementerio del padre Lachaise, salvad la colina, y detrás de la capilla vereis una tumba de mármol blanco sobre la que hay esculpida una cruz acostada y en ella una corona de delicadissimas rosas de mármol, obra maestra de un cincel célebre. En el medallón que forma la corona hay una breve inscripción que os revelará lo que yo no estoy autorizado para deciros. La tumba con su mudo lenguaje hablará en mi lugar, aunque creo

que es una vana curiosidad. ¿Qué importa un nombre terrestre cuando se trata de un amor eterno? Pero vos no estais aun completamente desligado de los lazos terrenales, y se comprende, porque hace aun poco tiempo que habeis puesto el pie fuera del círculo que cierra la vida ordinaria.

El barón de Feroe se despidió. Guy vistióse, hizo enganchar y fuése á casa de la florista de mayor reputación para buscar un grupo de lilas blancas. Como estaba en el corazón del invierno era muy difícil encontrar lo que buscaba, pero en París no existe el imposible cuando se puede pagar. Lo encontró, pues, y trepó por la colina con los ojos húmedos y latándole el corazón.

Algunos copos de nieve sin fundir brillaban aun como lágrimas de plata sobre las hojas sombrías de los tejos, de los cipreses, de los pinabetes y de las hiedras, y destacaban con líneas blancas las molduras de los sepulcros y los remates y brazos de las cruces fúnebres. El cielo estaba denso, de un gris amarillento, pesado como un plomo, un verdadero cielo de cementerio, y el cierzo agudo gemía al pasar por aquellas callejuelas de monumentos hechos al tamaño de los muertos y medidos exactamente sobre la nada humana. Malivert llegó pronto á la capilla, y cerca de allí, en un jardinillo de hiedra de Irlanda, vió la blanca tumba, que aun hacia más blanca la nieve. Se inclinó hacia la verja y leyó esta inscripción grabada en el centro de la corona de rosas: LAVINIA DE AUFIDENI, LLAMADA EN EL CLAUSTRO HERMANA FILOMENA. MURIÓ A LOS 18 AÑOS. Alargó el brozo á través de los hierros, dejó caer su ramo de lilas sobre la inscripción, y aunque seguro del perdón, permaneció algunos minutos junto á la tumba, contemplándola y con el corazón henchido de remordimientos: ¿no era él el asesino de aquella pura paloma que tan pronto había retornado al cielo?

Mientras estaba inclinado de esta suerte sobre la verja del monumento, dejando caer sus tibias lágrimas sobre

fría nieve que era un nuevo sudario de la tumba virginal, formóse un claro en la espesa cortina de las oscuras nubes. Como una luz á través de gasas superpuestas que disminuyen su intensidad, el disco del sol aparecía así menos distinto, de un blanco pálido y más semejante á la luna que al astro del día. ¡Un sol digno de los muertos! Poco á poco abrióse el boquete, dejando escapar un largo rayo, visible sobre el fondo sombrío de la niebla, que vino á iluminar y á darle luz, bajo el manto de la nieve, como bajo una escarcha del invierno, al manojito de lilas blancas y á la corona de rosas de mármol.

En el temblor luminoso del rayo, donde jugaban algunos átomos helados, Malivert creyó descubrir una forma blanca y esbelta que salía de la tumba como el humo que brota de un pebetero de plata, envuelta en los flotantes pliegues de un sudario de gasa, semejante á esos trajes con que los pintores visten á los ángeles, y haciéndole con la mano un signo amistoso.

Pasó una nube por delante del sol y desapareció la visión. Guy de Malivert se retiró murmurando el nombre de Lavinia de Aufideni, tomó el carruaje y volvió á París, todo lleno de vivos que no saben que están muertos, supuesto que les falta la vida interior.

XIII

Desde aquel día la existencia de Malivert se dividió en dos partes distintas, una real y otra fantástica. Aparentemente nada había cambiado en él: iba al casino y á todas partes; se le veía en el bosque de Bolonia y en el boulevard. Si se representaba algo notable concurría al teatro, y al verle tan bien vestido y calzado y con los guantes tan ajustados paseándose por la vida humana, nadie hubiese creído que

aquel joven se comunicaba con los espíritus, y que al salir de la ópera entreveía las profundidades misteriosas del universo invisible. Sin embargo, al examinarle se le encontraba más serio, más pálido, más flaco y como espiritualizado. La expresión de su mirada no era la misma, pues cuando no estaba distraído en la conversación, se entreveía una especie de beatitud desdeñosa. Afortunadamente el mundo no se fija más que en lo que exige su interés y el secreto de Malivert quedó oculto.

La noche de la visita al cementerio, que le había dado á conocer el nombre terrestre de Espirita, cuando esperaba una manifestación que llamaban todas las fuerzas de su voluntad, oyó notas acompasadas en el piano, semejantes á gotas de agua sobre un azafate de plata. No había nadie, pero estos prodigios ya no asombraban á Malivert. Senaron algunos acordes dispuestos para preparar la atención y despertar la curiosidad del alma. Guy miró hacia el piano y vió dibujarse en un vapor luminoso la sombra encantadora de una joven. La imagen era tan transparente que los objetos que había detrás de ella se dibujaban á través de sus contornos, como se ve el fondo de un lago á través del agua límpida. Sin adquirir ninguna materialidad se condensó lo suficiente para tener la apariencia de una figura viva, pero tan ligera, impalpable y aérea, que más parecía el reflejo de un cuerpo en el espejo que el cuerpo mismo. Ciertos apuntes de Prud'hom apenas tocados, con los contornos vagos y perdidos, bañados de claro obscuro y como envueltos por una niebla crepuscular, en que los paños blancos parecen hechos con rayos de luna, pueden dar una idea lejana de la graciosa aparición sentada delante del piano de Malivert. Sus dedos, de una palidez débilmente sonrosada, corrían sobre el teclado de marfil como mariposas blancas, tocando apenas las teclas, pero evocando el sonido con aquel débil contacto que no hubiese podido encorvar las barbas

de una pluma. Las notas, sin necesidad de ser golpeadas, vibraban cuando las manos luminosas flotaban sobre ellas. Un amplio traje blanco, de una muselina ideal, mil veces más fina que los tejidos más delicados de la India, de esos que una pieza pasa por dentro de una sortija, caía en abundantes pliegues á su alrededor y envolvía las puntas de sus piés un ancho faralá de nevada espuma. Su cabeza algo inclinada hacia delante, como si tuviese abierta sobre el atril una partitura, dejaba ver la nuca, en la que se retorcian, imitando los reflejos del oro, unos cuantos rizos, y el nacimiento de las espaldas opalinas y nacaradas, cuya blancura se confundía con la del traje. Entre los pechos palpitantes é hinchados como por un soplo, llevaba una cintita estrellada, cuyas puntas iban á anudarse al pescuezo. Desde el sitio que ocupaba Malivert, la oreja y parte de la mejilla se veían frescos, sonrosados, aterciopelados, con un tono capaz de hacer terrosos los colores más finos. Era Lavinia ó Espirita, para conservarle el nombre que ha llevado en esta historia. Volvióse rápidamente para convencerse de que Guy la escuchaba y podía empezar. Sus azules ojos brillaban con luz opaca y tenían una dulzura celestial que penetró hasta el corazón de Guy. Aun había algo de la virgen en aquella mirada de ángel.

Lo que ejecutó era obra de un gran maestro, una de esas inspiraciones en que el genio humano parece presentir el infinito y que evocan con extraordinario poder tan pronto las secretas inclinaciones del alma, como el recuerdo de los cielos y de los paraísos de donde la arrojaron. Suspiran inefables melancolías, brotan ardientes plegarias y se oyen sordos murmullos como si fuesen las últimas imprecaciones del orgullo despedido de la luz á la sombra. Espirita despertaba todos aquellos sentimientos con una maestría capaz de hacer olvidar á Chopín, Listz, Thalberg y demás magos del piano. Parecía á Guy que oía música por vez pri-

mera. Revelábase en él un arte nuevo, y mil ideas desconocidas se agitaban en su alma; las notas despertaban en él vibraciones tan profundas, lejanas y anteriores, que creía haberlas oído en su primera edad y haberlas olvidado después. No solamente interpretaba Espirita todas las intenciones del maestro, sino que expresaba el ideal con que había soñado y al que la imperfección humana no le había dejado llegar. ¡Ella completaba el genio, perfeccionaba la perfección y añadía lo absoluto!

Guy se levantó y encaminóse al piano como un sonámbulo que marcha sin tener conciencia de sus pasos, y permaneció de pie, apoyado sobre el instrumento y con los ojos perdidos en las profundidades de los de Espirita.

El rostro de Espirita era realmente sublime. Su cabeza levantada y un poco hechada hacia atrás, dejaba ver un rostro iluminado por los esplendores del éxtasis. La inspiración y el amor, brillaban con brillo sobrenatural en sus ojos, cuyas pupilas de azur desaparecían casi totalmente bajo los párpados superiores. En su entreabierta boca relampagueaba el nácar, y su cuello, bañado de transparencias azuladas, como las cabezas de los techos de Guido, tenía en sus posiciones algo de la paloma mística. La mujer disminuía y aumentaba el ángel, y era tanta la intensidad de la luz que esparcía, que Malivert tuvo que volver la cabeza.

Espirita notó aquel movimiento, y con voz más dulce y armoniosa que la música que ejecutaba, murmuró: «¡Pobre amigo!, me olvidaba de que aún estás ligado á tu prisión terrestre, y de que tus ojos no pueden soportar ni el rayo más pequeño de la verdadera luz. Más adelante te apareceré tal como soy en la esfera adonde me has de seguir. Entretanto, la sombra de mi forma mortal basta para señalarte mi presencia y para que puedas contemplarme sin peligro.»

Por medio de insensibles transiciones volvió de la belleza sobrenatural á la natural, y las alas de Psychis, que ha-

bían palpitado un momento, volvieron á ocultarse en sus blancas espaldas. Condenóse un poco su apariencia inmaterial, y una nube lacteada cubrió sus suaves contornos, pero marcándolos más, á la manera que una gota de esencia vertida en un vaso de agua, señala mejor las líneas del cristal que la contiene. Lavinia aparecía tras de Espirita, un poco más vaporosa quizás, pero con una realidad suficiente para ilusionar.

Había dejado de tocar el piano y miraba á Malivert de pie delante de ella; vagaba por sus labios ligera sonrisa llena de celeste ironía y de divina malicia, para consuelo y burla de la humana debilidad, y sus ojos entornados expresaban el amor más tierno, pero de tal manera, que la mujer más casta hubiese podido manifestarlo de igual manera, en unas relaciones lícitas. Malivert pudo creer durante algunos minutos que se encontraba al lado de aquella Lavinia, que tanto le había buscado en vida, y de la que le habían apartado los azares de la fatalidad. Loco, fascinado, palpitando de amor, olvidándose de que no tenía delante más que una sombra, avanzó, y con movimiento instintivo, quiso tomar una mano de Espirita colocada aún sobre el teclado y llevarla á los labios, pero sus dedos se cerraron sin tocar nada, como si hubiesen pasado á través de una niebla.

Aun cuando no tenía nada que temer Espirita, retrocedió con un gesto de pudor ofendido; pero en breve reapareció su angelical sonrisa, y levantando á la altura de los labios de Guy su mano transparente y de luz sonrosada, le hizo experimentar una frescura vaga y un perfume débil y delicioso.

—No me acordaba, dijo con voz no formulada por medio de palabras, pero que Guy oía en el fondo de su corazón; no me acordaba de que no soy una jóven sino un alma, una sombra, un vapor impalpable que carece de los sentidos humanos, y lo que Lavinia quizás te hubiese negado, Espirita te lo concede, no como una voluptuosidad, sino como señal

de amor y unión eternos. Y dejó algunos segundos su mano fantástica, bajo el beso imaginario de Guy.

Sentóse nuevamente al piano y le arrancó una melodía de poder y dulzura incomparables. Guy reconoció una de sus poesías, la que más estimaba, trasladada de la lengua de los versos á la de la música. Era una inspiración en la que, desdeñando las alegrías vulgares, se remontaba con desesperado esfuerzo á las esferas superiores, donde debe quedar satisfecho el deseo del poeta. Espirita, con maravillosa intuición, expresaba el más allá de las palabras, lo no indicado por el verbo humano, lo que queda inédito en la frase mejor construida, lo misterioso, lo íntimo, lo profundo de las cosas, la secreta aspiración que apenas se revela uno á sí mismo, lo indecible é inexpressable, el *desiderátum* del pensamiento en el límite de sus esfuerzos y todo lo flotante, lo aéreo, lo suave que se desborda del contorno demasiado seco de la palabra. Pero á aquel batir de alas que se elevaban en el azur de una aspiración tan limitada, ella abría el paraíso de los sueños realizados y de las esperanzas cumplidas. Permanecía de pie en el lindar luminoso, con un relampagueo capaz de hacer palidecer los soles, divinamente bella, y por lo mismo humanamente tierna, abriendo los brazos al alma saturada de ideal, límite y recompensa, corona de estrellas y copa de amor, Beatriz revelada solamente más allá de la tumba. En una frase impregnada de la pasión más pura, decía, con reticencias divinas y pudores celestes, que ella misma, en los descansos de la eternidad y los esplendores de lo infinito colmaría todos sus insaciables deseos. Prometía al genio la felicidad y el amor, pero tales como la imaginación del hombre en sus revelaciones con un espíritu aún no puede concebir.

Durante aquel final se había levantado, sus manos no tocaban el teclado y las melodías escapaban del piano en vibraciones visibles y coloreadas, esparciéndose á través de la

atmósfera de la habitación, por medio de ondulaciones luminosas, semejantes á la explosión radiante de las auroras boreales. Lavinia había desaparecido y se presentaba Espirita, pero mayor, más majestuosa, rodeada de vivísima luz; largas alas batían en sus espaldas; había dejado ya el suelo de la habitación, por más que visiblemente parecía como que quisiese continuar en ella. Los pliegues de su traje flotaban en el vacío; un soplo superior se la llevaba y Malivert se encontró sólo en un estado de exaltación fácil de comprender. Poco á poco le volvió la calma, y una languidez deliciosa sucedió á su exaltación febril. Sentía esa satisfacción que rara vez experimentan los poetas, ni quizás los filósofos, de verse comprendidos en todas las delicadezas y profundidades de su genio. ¡Qué espléndido y radiante comentario había hecho Espirita de aquellos versos, en que ni aún él mismo como autor había comprendido tan bien el sentido y el alcance! ¡Cómo se identificaba aquella alma con la suya! ¡Cómo aquel pensamiento penetraba en el suyo!

Al día siguiente quiso trabajar: su verbo se reanimaba y las ideas se agolpaban tumultuosamente en su cerebro. Ante los ojos se habrían horizontes ilimitados y perspectivas sin fin. En su pecho fermentaba un mundo de sentimientos nuevos, y para expresarlos le pedía á la lengua más de lo que ella podía dar. Las formas antiguas y los viejos moldes se rompían, y alguna vez la frase en fusión estallaba y se desbordaba, pero en chispas soberbias, semejantes á las de estrellas que se rompen. Nunca se había elevado á tanta altura y los mejores poetas, hubiesen firmado lo que escribió aquel día.

Terminada una estrofa se puso á pensar en otra, y al dirigir una mirada vaga alrededor del estudio, vió á Espirita reclinada sobre un diván, con la mano en la barba, el codo hundido en un almohadón, la punta de sus afilados dedos jugueteando con las nubes de sus dorados cabellos, mirán-

dole amorosamente. Debía estar allí ya mucho rato, pero no había querido revelar su presencia temiendo interrumpir el trabajo de Guy. Cuando Malivert se levantó del sillón para acercarse á ella, le hizo seña de que permaneciese quieto y con voz más dulce que todas las cosas, repitió estrofa por estrofa y verso por verso toda la composición de Guy. Por misteriosa simpatía sentía el pensamiento de su amante siguiéndole en sus vuelos y sobrepujándole; porque no sólo veía, sino que preveía y dijo completa la estrofa sin concluir para la que aun buscaba el último consonante.

Los versos, como es fácil comprender, estaban dedicados á ella. ¿Podía, acaso, tratar otro asunto Malivert? Arrebata-do por el amor de Espirita, apenas se acordaba de la tierra y se remontaba tan alto en el cielo cuanto podían alcanzar sus alas humanas.

- Esto es hermoso hasta para un espíritu, dijo Espirita, y Malivert lo oyó resonar en el pecho, porque no iba á sus oídos como el ruido ordinario; el genio es en realidad divino, porque inventa el ideal y entrevé la belleza superior y la luz eterna. ¡Quién no es capaz de subir si lleva por alas la fe y amor! Pero bajad, volved á las regiones donde el aire es respirable para los pulmones mortales. Todos vuestros nervios tiemblan como las cuerdas de una lira y vuestra frente humea como un incensario. Luces extrañas y febriles brillan en vuestros ojos. Temed la locura á que os puede llevar el éxtasis. Tranquilizaos, y si me amáis vivid aún la vida humana, porque yo lo quiero.

Para obedecerla salió Malivert, y aun cuando los hombres le parecían sombras lejanas, fantasmas con los que no tenía ninguna relación, trató de unirse á ellos, de interesarse en las noticias y murmuraciones del día, se sonrió ante la descripción del prodigioso traje que llevaba la señorita*** en el último baile, y hasta aceptó el jugar al tresillo en casa de la vieja duquesa de C..., á pesar de que todo le era indiferente.

No obstante, sus esfuerzos para relacionarse nuevamente con la vida, una atracción misteriosa le arrastraba fuera de la esfera terrestre. Quería andar y sentía que le levantaban. Irresistible deseo le consumía. Las apariciones de Espirita ya no le bastaban, y su alma se lanzaba tras de ella, cuando desaparecía, como si quisiera desligarse del cuerpo.

Un amor excitado por el imposible, y en el cual ardía aún algo de la llama terrestre, le devoraba y se agarraba á su carne, como á la piel de Hércules la túnica envenenada de Neso. En su rápido contacto con el espíritu, no había podido despojarse completamente del hombre.

No podía estrechar entre sus brazos el fantasma aéreo de Espirita, pero aquel fantasma representaba la imagen de Lavinia, con tal ilusión y tal belleza, que extraviaban su amor, haciéndole olvidar que aquel rostro adorable con los ojos enternecidos y la boca sonriendo voluptuosamente, no era en resumen más que una sombra y un reflejo.

Guy veía constantemente á todas las horas del día y de la noche el *alma adorata*, unas veces como un puro ideal á través de los esplendores de Espirita, y otras bajo la apariencia más humana y femenina de Lavinia. Ahora volaba sobre su cabeza con el vuelo esplendoroso de un ángel; después, como la amante que está en visita, se sentaba en el sillón, se acostaba en el diván ó se ponía de codos sobre la mesa, miraba lo papeles apilados sobre la escribanía, respiraba las flores de las jardineras, abría los libros, sacudía las sortijas puestas en una copa de ágata sobre la chimenea y se entregaba á un sinnúmero de nifierías, propias de la joven que ha entrado por casualidad en la habitación de su amante.

Espirita se complacía apareciendo á los ojos de Guy, tal como hubiese sido Lavinia, si la suerte hubiese favorecido su amor; después de muerta reproducía capítulo por capítulo su casta novela de colegiala. Con un poco de vapor co-

loreado, reproducía sus trajes antiguos y colocaba en sus cabellos la misma flor y el mismo lazo. Su sombra reproducía las gracias y actitudes de su cuerpo virginal. Quería demostrar que la mujer no había desaparecido por completo en el ángel, y que Malivert la amaba, no sólo con un amor póstumo dirigido al espíritu, sino como había sido en su vida terrestre, cuando buscaba en los Italianos, el baile y la sociedad, la ocasión de verle.

Si sus labios no hubiesen tocado el vacío cuando transportado por el deseo, loco de amor, ébrio de pasión, se entregaba á alguna inútil caricia, se hubiese podido imaginar, que él, Guy de Malivert, se había casado con Lavinia de Auideny; tan clara, luminosa y viva, se presentaba la visión. En una consonancia perfecta de simpatías oía en su interior, como en una conversación real, la voz de Lavinia con su timbre joven, fresco, argentino, contestando á sus ardientes efusiones con castas y púdicas caricias

Era el verdadero suplicio de Tántalo: una mano amorosa acercaba á sus labios ardientes la copa llena de agua fresca, pero no podía ni siquiera tocar los bordes; los racimos perfumados de color de ámbar y de rubís, se inclinaban sobre su cabeza y huían sin dejárselos atrapar.

Los breves momentos que le abandonaba Espirita, llamada quizás por alguna orden ineludible, pronunciada allí *donde se puede lo que se quiere*, se le hacían insoportables, y cada vez que desaparecía se hubiese abierto gustoso la cabeza contra la pared que se cerraba tras de ella.

Una noche pensó: «Supuesto que Espirita sólo puede tomar parte en los asuntos de mi vida como una visión, ¿por qué no me he de despojar yo de esta envoltura mortal, de esta pesadumbre que me impide remontarme con el alma adorada, á las esferas donde se mueven los espíritus?» La idea le pareció buena, y levantándose fué á elegir en una panoplia de armas de los salvajes, tales como rompe cabe-

zas, tomahawkos, azagayas y cuchillas de podar, una flecha llena de plumas de papagayo y armada con un punzón de espina de pescado. Aquella flecha estaba empapada de *curare*, ese veneno terrible, del cual sólo los indios americanos poseen el secreto y que mata sus víctimas sin que ningún contraveneno pueda salvarlas.

Tenía la flecha en la mano, dispuesto á pincharse, cuando de repente apareció Espirita asustada, desencajada, suplicante y arrajándole al cuello sus brazos de sombra, con un movimiento de pasión loca, y estrechándole contra su corazón de fantasma, le cubrió de besos impalpables. La mujer había olvidado que era sólo un espíritu.

—¡Desgraciado!, exclamó, no te mates por buscarme. Tu muerte conseguida por ese medio nos separaría para siempre, poniendo entre los dos abismos tales, que millones de años no bastarían para salvar. Vuelve en tí, soporta la vida, que por larga que sea no dura lo que la caída de un grano de arena; para sobrellevar el tiempo piensa en la eternidad, donde podremos amarnos siempre, y perdóname el haber sido coqueta. La mujer ha querido ser amada en espíritu, Lavinia ha tenido celos de Espirita, y he estado á punto de perderte para siempre.

Recobrando la forma de ángel, extendió las manos sobre la cabeza de Malivert, infundiéndole una calma y una frescura celestiales.

XIV

La señora de Imbercourt se extrañó del poco efecto que habían producido sus coqueterías con el señor de Aversac, y aquella impotencia echaba abajo todas sus ideas de estrategia femenina. Creía que nada reanimaba tanto el amor como un poco de celos, pero olvidaba que para que la máxima re-

sultase verdadera. lo primero que se necesitaba era amor; y es que ella no podía suponer que un muchacho que durante tres años iba con toda regularidad á sus miércoles, que frecuentemente le regalaba un ramo de flores la noche que le tocaba el turno de los Italianos y que se mantenía despierto en un rincón de su palco, no estuviese algo enamorado de sus encantos. ¿No era joven, hermosa, elegante y rica? ¿No tocaba el piano como un primer premio del Conservatorio? ¿No vertía el te tan bien como la misma lady Penélope? ¿No escribía las cartas matutinas con letra inglesa, larga, inclinada, angulosa, aristocrática? ¿Qué había digno de censura en sus coches fabricados por Binder, ni en sus caballos vendidos y garantizados por Cremieux? ¿Sus lacayos no tenían la traza de ser de buena casa? ¿Sus comidas no merecían la aprobación de los inteligentes? Todo esto le parecía constituir un excelente ideal.

Entretanto, aquella señora del trineo que había entrevisto en el bosque de Bolonia, le bailaba en el cerebro, y muchas veces había dado la vuelta al lago, con la esperanza de encontrarla y ver si la seguía Malivert. La señora no reapareció, y los celos de la señora de Imbercourt tuvieron que ejercitarse en el vacío; nadie la conocía ni la había visto. ¿Estaba Guy enamorado, ó había cedido á un movimiento de curiosidad cuando lanzó á Grymalkin en persecución del trineo? No lo podía averiguar. Volvió á la idea de que había espantado á Guy diciéndole que la comprometía, y aquella frase que sólo la dijo para obligarle á una declaración, ahora sentía haberla pronunciado, porque Guy, muy fiel á la consigna y ocupado además con Espirita, se había abstenido de toda visita. Aquella obediencia perfecta disgustaba á la condesa, que hubiese preferido menos sumisión. Aún cuando sus sospechas sólo se apoyaban en la rápida visión del bosque de Bolonia, presentía algún amor oculto tras de aquel cuidado excesivo de su reputación. Sin embargo, nada había

cambiado en la vida aparente de Guy, y cuando la doncella de la señora de Imbercourt le preguntó en secreto á Jak, éste aseguró que desde hacía mucho tiempo no había oído ruido de sedas en la escalera particular del señorito, que éste salía poco y no tenía tratos más que con el barón de Feroe, y que pasaba escribiendo la mayor parte de la noche.

Aversac menudeaba sus visitas y la señora de Imbercourt las aceptaba con ese tácito agradecimiento de una mujer algo desconfiada, que necesita la tranquilicen respecto á sus encantos con nuevas adoraciones. No amaba al señor de Aversac, pero le gustaba pregonar alto lo que Guy parecía desdeñar, y así fué que el martes en una representación de *La Traviata*, se advirtió que el sitio de Malivert lo ocupaba Aversac, con guantes y corbata blanca, una camelia en el ojal, rizado y engomado como un hombre de excelente posición que tiene buen pelo y deslumbrante con su fatua fortuna. Hacía tiempo que alimentaba la pasión de gustarle á la señora de Imbercourt, pero la marcada preferencia concedida á Guy le había arrojado al tercero ó cuarto lugar entre los vagos adoradores que revolotean más ó menos lejos alrededor de una mujer bonita, acechando una ocasión, ruptura ó venganza, que nunca se presenta.

Mostrábase muy atento, le daba los gemelos ó el programa, sonreía á las menores palabras, se inclinaba misteriosamente para contestar, y cuando la señora de Imbercourt juntaba las puntas de sus guantes blancos para aprobar alguna nota de la tiple, él aplaudía á rabiar, levantando las manos á la altura de su cabeza. En una palabra, tomaba posesión públicamente de su empleo de gentilhomme.

Ya preguntaban en algunos palcos: «¿Se ha deshecho el casamiento de Malivert con la señora de Imbercourt?» Y hubo un movimiento de curiosidad cuando Guy, terminado el primer acto, apareció en el corredor de las butacas y miró distraído al palco de la condesa. El mismo Aversac experi-

mentó al verle, un ligero sentimiento de malestar; pero los gemelos más perspicaces no pudieron notar en el rostro de Malivert el menor signo de disgusto. No se puso colorado ni pálido, ni sus cejas se contrajeron, ni se movió un músculo de su cara, ni se le vió esa mueca terrible y feroz de los amantes celosos, al ver á su amada cortejada por otro; tenía el aire tranquilo y perfectamente sereno; la expresión de su fisonomía era la de la alegría secreta y en sus labios se veía como dice el poeta:

La sonrisa misteriosa
de los goces interiores.

«Si Guy fuese amado por una hada ó una princesa, no tendría un aire tan triunfal, dijo un viejo abonado de la galería, verdadero D. Juan jubilado. Ya puede ponerse luto la señora de Imbercourt por su proyectado matrimonio, pues no se llamará nunca la señora Malivert.»

Durante el entreacto, Guy le hizo una corta visita á la condesa con el objeto de despedirse, porque pensaba ir á Grecia. Con Aversac estuvo fino y natural, sin disgusto ni exageración, y sin manifestar esa frialdad ceremoniosa que toman las personas ofendidas. Estrechó con perfecta tranquilidad la mano de la señora de Imbercourt, en la que se notaba la turbación, á pesar de los esfuerzos que hacía por parecer indiferente. Al color encendido que había iluminado su rostro, cuando Guy dejó la butaca para subir al palco, sucedió una palidez, en la que no tenían nada que ver los polvos de arroz. Esperaba disgusto, cólera, un movimiento de la pasión, algo de celos, quizás una disputa; pero aquella sangre fría con la que no había contado, la dejó atónita. Creía que Malivert la amaba y se había equivocado. Aquel descubrimiento lastimaba á la vez su orgullo y su corazón. Guy le había inspirado mayor gusto del que creía, y ahora era desgraciada. La comedia que representaba, desde que no

le servía para nada, la cansaba y aburría. En cuanto salió Malivert, se puso de codos sobre el antepecho, y sólo contestaba con monosílabos á las galanterías de Aversac, descompuesto por aquel silencio y aquella frialdad. Sin que él se la explicase, había pasado de la primavera al invierno, y una escarcha súbita cubría las rosas. «¿He dicho ó hecho alguna tontería?, pensaba el pobre muchacho. ¿Se burlarán de mí? Guy parecía algo afectado y la condesa estaba conmovida. ¿Se amarán aún?» Entretanto, como Aversac sabía que muchos gemelos le espíaban, continuó su papel, inclinandose á la condesa para murmurarle al oído, con aire íntimo y misterioso, unas cuantas tonterías que todo el mundo hubiese podido oír.

El viejo abonado á quien divertía aquella comedia y seguía todas sus peripecias, dijo: «Aversac pone á mal tiempo buena cara y no tiene fuerzas para ello. Sin embargo, es un tonto, y los tontos suelen á veces tener suerte entre las mujeres. La tontería se entiende con la locura y Laridón sucede á César, sobre todo, cuando César ya no ama su imperio. ¿Quién será la nueva amada de Guy?» Tales eran las reflexiones que hacía el veterano de Citérea, tan fuerte en la teoría como lo había sido en la práctica, y seguía la mirada de Malivert para ver si se detenía en alguna de las damas que brillaban en los palcos como las joyas en su estuche. «¿Será aquella vaporosa rubia, con guirnaldas de hojas de plata, traje verde-mar y adornos de ópalo que parece haberse adornado con un rayo de luna, como si fuese una estrella, y que contempla el espejo con el mismo aire sentimental del astro de las noches? ¿Será aquella morena de cabellos más negros que la noche, de perfil escultórico, ojos de diamante negro y boca de púrpura, tan viva bajo su cálida palidez, tan apasionada bajo su tranquilidad de estatua, y que parece una Venus de Milo, si esta obra divina pudiese tener hijos? No son ni la luna ni el sol. Más probalidades tiene aquella prin-

cesa rusa del proscenio, con su lujo loco, su belleza exótica y su gracia extravagante. Guy ama lo raro, y la frecuencia de sus viajes le ha creado gustos bárbaros. No es ella, sin embargo, porque acaba de mirarla con la misma frialdad con que se examina un cofrecillo de malaquita. ¿Será aquella parisién del palco descubierto, vestida de una manera tan perfecta, tan fina, tan espiritual, tan bonita, en la que cada movimiento parece regido por una flauta y que levanta una espuma de encajes como si bailase sobre una alfombra de Herculano? Balzac hubiese dedicado treinta páginas á describir una mujer semejante y no hubiese sido tiempo mal empleado, porque bien vale la pena. Guy no está bastante civilizado para saborear unos encantos que seducían, más que la misma belleza, al autor de *La Comedia humana*. Tendremos que renunciar por hoy á descubrir el misterio, pensó el viejo verde, guardando en su estuche unos gemelos que parecían una pieza de artillería. No está aquí seguramente la dama de los pensamientos de Malivert»

Cuando salieron, Aversac estaba de pie en el vestibulo, con toda la elegancia que puede permitirse un caballero empaquetado en su gabán, al lado de la señora de Imbercourt que llevaba sobre el traje un abrigo de seda bordado de plumas, cuyo capuchón, cayendo sobre los hombros, dejaba la cabeza al descubierto.

La condesa estaba pálida, pero verdaderamente hermosa. Su reciente dolor imprimía á aquel rostro, ordinariamente de una regularidad fría, una expresión y una vida que hasta entonces le habían faltado. Parecía haber olvidado por completo á su caballero, que se mantenía á dos pasos de ella, con una gravedad afectada, tratando de disimular y de decir muchas cosas.

—¿Qué le pasa á la señora de Imbercourt?, preguntaban los jóvenes que se estacionan en el vestibulo para pasar la revista femenina. ¡Está mucho más guapa! ¡Que pilló es Aversac!...

—No es tan afortunado como creéis, dijo un joven de rostro espiritual y fino, semejante á un retrato de Van Dyk arrancado de su marco. No es él quien le ha dado á la cabeza de la condesa, tan inanimada ordinariamente como un vaciado de la Venus de Canova, ese movimiento y esa vida. La chispa viene de otra parte. Aversac no es el Prometeo de esa Pandora. La madera no puede animar al mármol.

Lo mismo da, dijo otro; Malivert está disgustado de haberse dejado á la condesa. No es Aversac el mejor vengador. Tal vez Guy se tenga que arrepentir de sus desdenes.

—Hará mal, replicó el retrato de Van-Dyk; fijaos en mi razonamiento: la señora de Imbercourt está hoy más guapa que nunca, porque está emocionada. Luego si Malivert no la abandonase, no experimentaría ninguna emoción; sus rasgos, clásicamente correctos, conservarían su insignificancia, y el fenómeno que tanto os llama la atención no se realizaría. Luego Malivert, hará perfectamente bien si se marcha á Grecia como dice. *Dixi*.

El lacayo que llamaba al cochero de la condesa, puso fin á aquella conversación, y más de un joven sintió el pecado de la envidia, viendo á Aversac subir tras de la señora de Imbercourt en el gran carruaje, cuya portezuela cerró el lacayo para saltar después al pescante en un abrir y cerrar de ojos. El carruaje partió al galope. Aversac, medio oculto por las olas de encaje, junto á aquella mujer y aspirando su perfume, trató de aprovechar el momento para decirle á la condesa algunas galansterías demasiado tiernas. Era preciso encontrar en el acto algo decisivo y apasionado, porque el trayecto era corto; pero la improvisación no era el fuerte del rival de Guy. La señora de Imbercourt, tampoco le estimuló y silenciosa y embutida en el ángulo del coche, mordía la punta de un pañuelo de blondas.

Mientras Aversac se esforzaba en terminar una frase trabajosamente enamorada, la señora de Imbercourt, que no ha-

bía escuchado nada para seguir su propio pensamiento, le agarró bruscamente del brazo, y le dijo con voz breve: «¿Acaso no sabéis el nombre de la nueva amada de Malivert?»

Esta pregunta inesperada y singular le chocó mucho á Aversac, pues además de lo dudoso de la conveniencia, le probaba que la condesa no se había ocupado de él. El castillo de naipes de sus esperanzas, caía al soplo de la pasión.

—No la conozco, balbuceó Aversac, y aun cuando la conociera, la discrección... la delicadeza... me impedirían... Cualquier otro hombre en mi lugar, cumpliría con su deber...

—Sí, sí, dijo la condesa con acento sofocado; los hombres se apoyan unos á otros aunque sean rivales. No sabré nada... Tras de un breve silencio en que pudo recobrar la sangre fría, añadió: Perdonadme, querido Aversac, tengo los nervios horriblemente agitados y comprendo que digo tonterías. No me cobréis ojeriza y venid mañana, que estaré más tranquila. Ya hemos llegado, dijo tendiéndole la mano. ¿A dónde queréis que os lleven? Y con paso rápido bajó del coche y subió la escalinata sin permitir que la ayudase Aversac.

Como se vé, no es siempre tan agradable como los jóvenes piensan, el acompañar en coche á una hermosa dama, desde los Italianos á la Chaussée d'Antin. Aversac, bastante disgustado, se apeó en el casino de la calle de Choiseul, donde le esperaba su cochero. Jugó y perdió un centenar de luisés, lo cual contribuyó á aumentar su mal humor. Cuando entró en su casa, iba diciendo: ¿Cómo se las arregla Malivert para que le quieran tanto las mujeres?»

La señora de Imbercourt, después de entregarse á los cuidados de la doncella que la descompuso y la arregló para la noche, envolvióse en un peinador blanco de cachemira y se puso de codos sobre su pupitre, con la mano hundida en los cabellos. Así permaneció algún tiempo con los ojos fijos en el papel y dando vueltas á la pluma entre los dedos. Que-

ría escribirle á Guy, pero el asunto era difícil. Los pensamientos que le asaltaban tumultuosamente, huían al querer encerrarlos en una frase. Garrapateó cinco á seis borradores, llenos de interlineados y de tachones, é ilegibles á pesar de su hermosa letra inglesa, pero no quedó satisfecha. Los unos decían poco y los otros demasiado, pero ninguno traducía los sentimientos del corazón. Todos fueron rotos y arrojados al fuego, excepto éste:

«No os disgustéis mi querido Guy, por un movimiento de coquetería, que os juro no tenía otro objeto que el daros celos y traerlos á mi lado. Sabéis que os amo aun cuando no me amáis. Vuestra tranquila frialdad me ha helado el corazón. Olvidad lo que os dije por instigaciones de una falsa amiga. ¿Es cierto que os vais á Grecia? ¿Tanto necesitáis huir de mí, de mí que no tengo más idea que la de complaceros? No os vayáis, porque eso sería una gran desgracia para mí.»

La condesa firmó: *CECILIA DE IMBERCOURT*; selló el billete con sus armas y quiso enviarlo enseguida, pero en el momento en que se levantaba para llamar, el reloj dió las dos. Era demasiado tarde para enviar un hombre al arrabal Saint-Germain, donde vivía Guy. «Bueno, dijo, se la enviaré temprano, á fin de que la reciba al despertar... A no ser que se haya marchado...»

Se acostó rendida y deshecha y cerró inútilmente los ojos. Pensaba en la dama del trineo, y los celos le clavaban sus agudísimas espinas en el corazón. Por fin, durmióse pero con sueño agitado y lleno de sobresaltos, más fatigoso que el velar. Una lamparilla colgada del techo y cerrada en un globo de cristal azul esmerilado esparcía por la habitación una luz azulada, semejante á la de la luna, iluminaba de una manera dulce y misteriosa la cabeza de la condesa, cuyos cabellos desatados, se esparcían en anchos rizos negros sobre la blanca almohada y cubrían uno de sus brazos que salía de la cama.

Poco á poco se condensó á la cabecera un vapor ligero, transparente y azulado como el humo de un incensario; tomó al breve rato contornos más determinados y se convirtió muy pronto en una joven de celestial belleza, coronada por la aureola luminosa de sus cabellos. Espirita, porque ella era, miraba dormir á la joven, con ese aire de melancólica compasión que deben tener los ángeles, por los sufrimientos humanos. Inclínose sobre ella como la sombra de un sueño, le dejó caer sobre la frente dos ó tres gotas de un licor sombrío, guardado en un frasco semejante á las urnas lacrimatorias que se encuentran en los sepulcros antiguos, y murmuró: «Supuesto que no eres un peligro para el que amo y no puedes separar su alma de la mía, te compadezco, porque sufres por él, y te traigo el divino olvido. ¡Olvida, pues, y sé feliz, tú que has causado mi muerte.»

La visión desapareció. El rostro de la bella dormida fué entrando en estado normal, como si á una pesadilla sucediese un sueño agradable; ligera sonrisa se dibujó en sus labios; por medio de un movimiento inconsciente, recojió el brazo desnudo que había tomado la frialdad del mármol, cuya blancura tenía ya, y se acurrucó bajo el ligero edredón. Su sueño tranquilo y reparador duró hasta la mañana, y cuando despertó, lo primero que vieron sus ojos fué la carta puesta sobre la mesilla de noche.

—¿Habrá que llevarla?, preguntó Aglae que acababa de entrar en la habitación para levantar las cortinas, y vió como los ojos de la señora se fijaron en aquel pliego.

- ¡Oh, no!, interrumpió vivamente la condesa; ¡échala al fuego! Después añadió para sí: ¿Dónde tenía yo la cabeza al escribir eso? ¡Estaba local

XV

El vapor que hace la travesía de Marsella á Atenas, había llegado á la altura del cabo de Malia, ó sea el último diente de esa hoja de moral que forma la punta de Grecia y que le ha dado su nombre moderno. Detrás habían quedado las nubes, las nieblas y las escarchas; pasaba la noche al día, del frío al calor. A los tonos oscuros del cielo de occidente, sucedía el azul del cielo oriental, y el mar, de color azul oscuro, ondulaba blandamente al impulso de una brisa favorable que aprovechaba el buque, desplegando las velas de los focos, ennegrecidas por el humo, y semejantes á aquellas de color sombrío que vió Teseo inadvertidamente al volver de la isla de Creta, donde había vencido al minotauro. Febrero tocaba á su fin, y ya las señales de la primera, tan tardías entre nosotros, se dibujaban en aquel clima afortunado y querido del sol. El aire era tan tibio, que la mayor parte de los pasajeros, ya libres del mareo, estaban sobre cubierta, mirando la costa que medio se veía entre los vapores azulados de la tarde. Sobre aquella zona sombría asomaba una montaña visible aún, porque retenía un rayo de luz sobre su cima nevada. Era el Taigeto. Esto daba ocasión á los viajeros medio ilustrados que saben algunos trozos de latín á citar con cierta pedantería satisfecha los fragmentos más conocidos de Virgilio. Un francés que cita oportunamente (cosa rara) un verso latino, está muy cerca de la verdadera felicidad. El citar un verso griego es una felicidad reservada sólo á los alemanes y á los ingleses, que salen de Jena ó de Oxford.

Sobre los bancos y las sillas de tijera que llenaban la popa del buque, había dos jóvenes *miss* que llevaban sombreritos con velos azules, sus abundantes cabellos rojizos guardados por una redecilla, su bolsa de viaje colgada al

cuello por medio de una correa, y por abrigo unos *paletots* con gruesos botones. Contemplaban la costa brumosa y obscura por la tarde con unos gemelos bastante poderosos para distinguir los satélites de Júpiter. Otras, más atrevidas y con el pie más seguro, recorrían el puente con ese paso gimnástico que los oficiales de la guardia y profesores en la manera de andar, enseñan á las señoritas del otro lado de la Mancha. Otras hablaban con unos caballeros muy tiesos y de una corrección perfecta. Había también franceses, discípulos de la escuela de Atenas, pintores, arquitectos y artistas premiados en Roma, que iban á templarse en las fuentes de lo verdaderamente bello. Estos, en todo el vigor de la juventud, llevando por delante la esperanza, con algunos cuartos en el bolsillo, gastaban bromas, reían á carcajadas, fumaban y discutían acaloradamente sobre estética. Los nombres de los grandes maestros antiguos y modernos eran discutidos, negados ó elevados á las nubes; todo era admirable ó ridículo, sublime ó estúpido, porque los jóvenes son exagerados y no conocen el término medio. No son ellos los que casarían al rey *Modus* con la reina *Ratio*; pero este matrimonio de conveniencia se efectúa más tarde.

En aquel grupo animado, envuelto en un manto como un filósofo del Pórtico, estaba un joven que no era pintor, escultor ni arquitecto, y á quien los artistas viajeros tomaban por árbitro, cuando la discusión llegaba por un lado y por otro á una negación obstinada. Era Guy de Malivert. Sus observaciones juiciosas y delicadas, revelaban un verdadero conocedor, un crítico de arte digno de este nombre; aquellos jóvenes tan desdeñosos que llaman profano á todo el que no ha manejado la brocha, el cincel ó el tira líneas, le escuchaban con cierta deferencia, y muchas veces adoptaban sus ideas. La conversación se agotó como todo se agota, aún tratándose de una discusión sobre lo real y lo ideal, y los interlocutores, con la garganta seca, bajaron al comedor para

refrescar la laringe con un *grog* ó con algún refrigerio tibio y cordial. Sólo Malivert quedó sobre el puente. Llegaba la noche. En el cielo azul oscuro las estrellas titilaban con una vivacidad y un brillo del que sólo pueden formarse ideas que hallan visitado la Grecia. Sus reflejos se prolongaban en el agua trazando surcos, como podrían hacerlo luces colocadas en la costa; la espuma levantada por las ruedas del vapor, caía como miles de diamantes que brillan un momento y se confunden en azuladas fosforescencias. El negro buque parecía nadar en un baño de luz. Era un espectáculo capaz de excitar la admiración del más obstuso, y Malivert, que no lo era, gozaba deliciosamente. No se le ocurrió la idea de bajar al salón del entrepuente, donde reina siempre un olor nauseabundo, más sensible cuando se viene del aire fresco, y continuó paseándose de un lado á otro de la cubierta, describiendo una curva delante de los levantinos, tumbados á lo largo de la borda sobre sus mantas ó sus delgados colchones, cerca de la popa, entre las cadenas y las cuerdas, y haciendo de vez en cuando bajar el velo á alguna mujer que, creyendo no ser vista, se lo había levantado para aspirar el fresco de la noche. Como se comprende, Guy mantenía su promesa de no comprometer á la señora de Inbercourt.

Apoyóse sobre la borda y se entregó á dulcísimo sueño. Indudablemente, desde que el amor de Espirita le había desligado de las curiosidades terrestres, el viaje á Grecia no le inspiraba el entusiasmo de otras veces. Otro viaje era el que hubiese deseado hacer, pero ya no pensaba en anticipar su partida á aquel mundo donde se había sumergido su pensamiento. Conocía ya las consecuencias del suicidio y esperaba sin impaciencia que llegase la hora de remontarse con el ángel que le visitaba. Seguro de su futura felicidad, dejaba correr la sensación presente y gozaba como poeta del magnífico espectáculo de la noche. Como lord Byron, amaba el mar. Esa eterna inquietud y ese lamento que no acaba nun-

ca, ni aún en las horas más tranquilas, esas bruscas revoluciones y esos furios insensatos contra el obstáculo inmutable, habían gustado siempre á su imaginación, que veía en esa vana turbulencia una secreta analogía con el inútil esfuerzo de los humanos. Lo que más le encantaba en el mar era su vasta soledad, el círculo del horizonte siempre semejante y siempre renovado, la solemne monotonía y la ausencia de todo signo de civilación. La misma ola que levantaba al vapor con su amplia ondulación, había lamido *los flancos cóncavos* de los buques de que habla Homero, y no le quedaba ninguna señal. El agua conservaba el mismo color que tuvo cuando la surcaba la flota de los griegos. El orgulloso mar no guarda como la tierra las cicatrices del paso del hombre. Es vaga, inmensa y profunda como el infinito. Por eso Malivert, no se sentía más alegre, más libre, ni más poseído de sí mismo, que cuando de pie, en la proa de un buque, subía, bajaba y avanzaba en lo desconocido. Mojado por los copos de espuma que saltaban al puente, con los cabellos impregnados del vapor salitroso, parecía que andaba sobre las aguas, y á la manera que el jinete se identifica con la velocidad de su caballo, se atribuía la rapidez del buque, y su pensamiento corría delante de las olas.

Junto á Malivert, Espirita bajó sin ruido como una pluma ó un copo de nieve, y apoyó la mano en el hombro del joven. Aún cuando Espirita era invisible para todos, bueno será figurarse el grupo encantador que formarían Malivert y su aérea amiga. La luna se levantaba grande y clara, haciendo palidecer á las estrellas, convirtiendo á la noche en una especie de día azulado, un día de gruta de azur con un tono verdaderamente mágico. Un rayo dibujaba en la proa del del buque aquel Amor y aquella Psychis que brillaban en la estela diámantina como dos dioses jóvenes en la proa de un antiguo birreme. En el mar, con un perpetuo hormigueo luminoso, se extendía ancha cinta de lentejuelas de plata,

reflejo del astro sumergido en el horizonte, que subía lentamente al cielo. Muchas veces un delfín, descendiente quizás del que llevaba Arión, atravesaba con su negro lomo el brillante surco, ó se revelaba allá á lo lejos como un punto rojo vacilante el fanal de alguna barca. De vez en cuando aparecía y desaparecía la costa de un islote semejjando una mancha violácea.

—Este espectáculo, decía Espirita, es maravilloso y uno de los mejores, sino el mejor que puede contemplar la vista humana; pero ¿qué es esto al lado de las prodigiosas perspectivas del mundo que yo abandono para venir á vuestro lado, y al cual volaremos muy pronto uno al lado del otro «como palomas llamadas por el mismo deseo?» Este mar que os parece tan grande, es una gota en el vaso del infinito, y ese astro pálido que lo ilumina, imperceptible glóbulo de plata que se pierde en las espantosas inmensidades, último grano del polvo sideral. ¡Oh, por qué no admiré este espectáculo á vuestro lado cuando habitaba la tierra y me llamaba Lavinia! No creáis, sin embargo, que permanezco insensible, pues comprendo lo bello á través de vuestra emoción.

—¡Cuánto me hacéis desear el conocimiento de la otra vida, Espiritual dijo Malivert. ¡Con cuánto ardor me lanzo hacia esos mundos, cuyos esplendores desvanecen más que la imaginación y la palabra expresan, y los cuales hemos de recorrer juntos sin que nada nos pueda separar!

—Ya lo veréis. Si me amáis, si me sois fiel, si vuestro pensamiento no se dirige á nada inferior, si dejáis caer como en el fondo de un agua que reposa, el limo humano, grosero é impuro, llegaréis á conocer las magnificencias y las delicias. Eternamente unidos podemos saborear entonces la tranquila embriaguez del amor divino, de ese amor sin intermitencias, debilidades ni desfulecimientos, y ¡cuyo ardor puede fundir los soles como granos de mirra en el fuego. Sere-mos la unidad en la dualidad, el yo en el no yo, el movi-

miento en el reposo, el deseo en la satisfacción, la frescura en la llama. Para merecer estas supremas felicidades pensad en Espirita que está en el cielo y no os acordéis mucho de Lavinia, que duerme allá, bajo una corona de rosas esculpidas.

—¿No os amo locamente con toda la pureza y el ardor de que es capaz un alma aun atada á la tierra?

—Perseverad así, amigo mío, que estoy contenta de vos.

Y cuando decía esto, sus ojos de záfiro relampagueaban llenos de amorosas promesas y una sonrisa castamente voluptuosa entreabría su boca adorable.

La conversación se prolongó entre el vivo y la sombra, hasta que las primeras luces del alba empezaron á mezclar sus tintes sonrosados á las luces violáceas de la luna, cuyo disco borrábase poco á poco. En breve un segmento de sol apareció sobre la barra azul obscuro que formaban el mar y el horizonte, y el día se esparció con su sublime explosión. Espirita, ángel de la luz, no tenía nada que temer del sol y permaneció algunos minutos en la proa, chispeando con las claridades sonrosadas y las luces matutinas que jugaban como mariposas de oro en su cabellera ondulante, á impulsos de la brisa del Archipiélago. Si elegía la noche para hacer sus apariciones, era porque estaba en suspenso el movimiento de la vida humana vulgar. Guy gozaba de libertad, y menos visto, hallábase fuera del peligro de pasar por loco á causa de unas acciones que exteriormente parecían extrañas.

Cuando vió á Malivert pálido y helado por el fresco de la aurora, le dijo dulcemente: «Vamos, pobre criatura de arcilla, no luchéis con la naturaleza; hace frío, el rocío matutino cala el puente y moja las cuerdas. Entrad en el camarote y dormid.» Después añadió con una gracia verdaderamente femenina: «El sueño no nos separa. Yo estaré en todos tus sueños y te llevaré adonde no puedes ir despierto.»

Efectivamente, el sueño de Guy se vió lleno de sueños azulados, radiantes, sobrenaturales, en los que volaba al lado de Espirita á través de los Eliseos y de los Paraísos, mezcla de luces, de vegetaciones y de arquitecturas ideales, de los que ninguna frase de nuestros pobres idiomas, tan limitados, imperfectos y opacos, podría dar ni aún la idea más lejana.

Inútil es describir detalladamente las impresiones del viaje de Malivert, porque eso sería salirnos del cuadro de este relato, y además, Guy, ocupado en su amor y distraído por un deseo inexorable, prestaba mucha menos atención que otras veces á las cosas materiales, y no veía en la naturaleza más que una lontananza vaga, brumosa y espléndida, que servía de fondo á su idea fija. El mundo no era para él más que el paisaje de Espirita y aún los sitios mejores le parecían poco dignos de ella.

Sin embargo, al despuntar la aurora el día siguiente no pudo contener un grito de admiración y de sorpresa, cuando al entrar el vapor en la rada del Pireo descubrió el maravilloso cuadro que iluminaba la mañana: el Parnaso y el Himeto formaban con sus pendientes de color amatista, como los bastidores de la espléndida decoración donde el Licabeto, extrañamente cortado, y el Pentélico ocupaban el fondo. En el centro, como un tripode de oro sobre un altar de mármol, se levantaba el Partenón encima de la Acrópolis, iluminado por las luces amarillentas de la mañana; los tintes azulados de los lejos, apareciendo á través de los intercolumnios, hacían aún más aérea é ideal la noble forma del templo. Malivert sintió ese estremecimiento que produce la contemplación de lo bello y comprendió lo que hasta entonces le había parecido obscuro. El arte griego se revelaba romántico ante él en aquella rápida visión, es decir, en la perfecta proporción del conjunto, la pureza absoluta de las líneas y la suavidad incomparable del color, mezcla del blanco, del azul y de la luz.

Tan pronto como desembarcó, sin cuidarse del equipaje

que dejó á Jak, saltó á uno de los coches que con mengua de la civilización moderna, arrastran, á falta de carros antiguos, á los viajeros del Pireo con dirección á Atenas, por un camino blanco de polvo y bordado aquí y allá por algunos olivos enharinados. El vehículo de Malivert, todo desmantelado y metiendo mucho ruido sus ejes, fué arrastrado al galope por dos caballos flacos, de color de manzana, y con las crines cortadas en forma de cepillo; parecían el esqueleto, ó mejor aún, el boceto en barro de los caballos de mármol que se encabritan sobre las metopas del Partenón. Sus abuelos, sin duda, habíanle servido de modelos á Fidias. Eran azotados á diestro y siniestro por un efebo vestido de palikaro, que tal vez conduciendo una cuadriga mejor, hubiese ganado el premio de los carros en las olimpiadas.

Dejando invadir á los otros viajeros el hotel de Inglaterra, Guy se hizo acompañar al pie de la colina sagrada, donde el género humano en la flor de la juventud, de la poesía y del amor, apiló sus obras maestras como para presentarlas á la admiración de los dioses. Subió por una antigua calle embutida entre informes chozas, pisando con paso respetuoso aquel polvo hecho de maravillas, y desembocó finalmente sobre aquella escalera de las Propileas, de la que se han quitado las baldosas para hacer piedras funerarias. Trepó por aquel extraño cementerio entre un sinnúmero de piedras levantadas en los subasamentos, uno de los cuales sostiene el pequeño templo de la Victoria, y el otro servía de pedestal á la estatua ecuestre de Cimón, y de terraplén á la pinacoteca donde se conservaban las obras maestras de Zeuxis, Apeles, Timatheo y Protogenio.

Atravesó las Propileas de Muesicles con un sentimiento de admiración religiosa por aquella obra, digna de servir de puerta á lo más acabado de Ictinus y de Fidias, y sintiendo casi vergüenza de que él, bárbaro de occidente, pisase con las botas aquel suelo sagrado.

Al cabo de algunos pasos se encontró delante del Partenón—el templo de la Virgen—el santuario de Palas, la concepción más pura del politeísmo.

El edificio se desplegó en la azul serenidad del aire, con majestuosa suavidad y soberbia placidez. Divina armonía presidía á sus líneas que, con secreto ritmo, cantaban el himno de la belleza. Todas tendían dulcemente á un ideal desconocido, convergían á un punto misterioso, pero sin esfuerzo sin violencia y como seguras de llegar. Sobre el templo, se cernía ese pensamiento, hacia el cual el ángulo de los frontones, las cornisas y las columnas aspiraban á subir, imprimiendo imperceptibles curvas á la horizontal y á la perpendicular. Las hermosas columnas dóricas, envueltas en los pliegues de sus estrías y un poco echadas hacia atrás, hacían pensar en las castas vírgenes que languidecen ante un vago deseo.

Un color rubio y cálido envolvía la fachada en una atmósfera de oro, y bajo el beso del tiempo, el mármol había tomado un tono amarillento y una especie de púdico sonrosado.

Sobre la escalinata del templo, entre las dos columnas que dan acceso á la puerta del pronaos, se hallaba Espirita de pie, con esa pura claridad griega tan poco favorable á las apariciones, en el mismo lindar de ese Partenón, tan claro, tan perfecto, tan luminosamente bello. Un amplio traje blanco esculpido á plieguecitos como las túnicas de las caneforas, bajaba desde los hombros hasta las puntas de sus menudos piés. Una corona de esas violetas, cuya frescura celebra Aristófanes, ceñía sus cabellos de oro en bandos ondulados. Vestida de aquella manera, Espirita semejaba una vírgen de las Panatheneas bajada de su friso. Pero en sus ojos, brillaba una luz ténue que no se veía en los ojos de mármol blanco. A aquella radiante belleza plástica, añadía la belleza del alma.

Malivert subió las gradas y se acercó á Espirita que le

tendía la mano. Entonces, en un rápido deslumbramiento, vió el Partenón como en los días de su esplendor. Las columnas rotas, habían vuelto á su sitio; las figuras del frontón, arrancadas por lord Elgin ó rotas por las bombas venecianas, se agrupaban en el frontón, puras, intactas, con sus actitudes humanamente divinas. Por la puerta del centro, Malivert entrevió sobre su pedestal, la estatua de oro y de marfil de Fidias, la celeste, la virgen, la inmaculada Palas; pero á aquel prodigio, sólo echó una mirada distraída, y sus ojos buscaron enseguida los de Espirita. Al verse desdeñada, se deshizo la visión retrospectiva.

—¡Oh!, murmuró Espirita, hasta olvida el arte por el amor. Su alma huye rápidamente de la tierra, se quema y se consume. ¡Muy pronto, alma amada, se cumplirá tu deseo!

Y como el corazón de la niña latía aún en el pecho del espíritu, un suspiro levantó su blanco traje.

XVI

Algunos días después de esta visita al Partenón, Guy de Malivert trató de dar un paseo por los alrededores de Atenas y de visitar las hermosas montañas que descubría desde su ventana. Tomó un guía y dos caballos, y dejó á Jak en el hotel, como inútil y hasta embarazoso. Jak, era uno de esos criados más difíciles de contentar que sus señores, y cuyo disgusto se manifiesta principalmente en viaje. Tenía sus manías como una solterona y todo lo encontraba detestable; habitaciones, camas, comida y vinos. Cada vez que se encontraba con uno de estos defectos del servicio, gritaba: «¡Ah, salvajes!» En un palabra, sólo le reconocía á Malivert algún talento para escribir, pero le juzgaba allá en sus adentros, incapaz de gobernarse y bastante loco, sobre todo, desde ha-

cia algún tiempo; de manera que se había impuesto la obligación de vigilarle. Bastaba que Malivert frunciese las cejas, para que retrocediese en su plan, y el mentor, con maravillosa facilidad, se metamorfoseaba recobrando el papel de criado.

Guy, metió unas cuantas monedas de oro en un cinturón de cuero que llevaba debajo de la ropa, cogió unas pistolas, y en el momento de marchar, no señaló día para el regreso á fin de tener la libertad de lo imprevisto y de las aventuras á todo evento. Sabía que Jak, acostumbrado á sus desapariciones, no se alarmaría aun cuando tardase muchos días y muchas semanas, permaneciendo en perfecta quietud, tan pronto como le hubiese enseñado al cocinero de la fonda á hacer el *biftek* con arreglo á sus ideas, ó sea á la inglesa, sazonado por fuera y sonrosado por dentro.

La excursión de Guy, si no cambiaba de opinión, debía limitarse al Parnaso y duraría unos cinco días. Pero al cabo de un mes, ni Malivert ni su guía habían reaparecido. En la fonda, no se había recibido ninguna carta anunciando cambio ó prolongación de itinerario; el dinero que se había llevado Guy, debía tocar á su fin, y el silencio comenzaba á producir inquietud. «El señor no me pide dinero, dijo Jak una mañana, á tiempo que se comía un *biftek* bastante agradable y muy en su punto, no obstante su sabor á resina, rociado con vino blanco de Santorino; esto no es natural y debe sucederle algo. Caso de continuar el viaje, me hubiese indicado adonde debía enviarle dinero, supuesto que los fondos están en mi poder. ¡Con tal de que no se haya roto la cabeza ó las piernas en algún precipicio! ¡Vaya una idea la de andar á caballo por un país sucio, sin empedrar, absurdo y famélico, cuando podríamos estar en París, perfectamente instalados en una casa cómoda, libres de insectos, de mosquitos y de otros bichos que os llenan de ronchas! Comprendo que en la primavera vayamos á Ville d'Avray, á

Saint-Cloud, á Fontainebleau.—¡Á Fontainebleau, no, que hay muchos pintores!—y aún así me gusta más París. Hay que convenir en que el campo es bueno para los labradores, y los viajes para los comisionistas, porque ese es su oficio. ¿No es una picardía que le planten á uno en una posada para retoñar en una ciudad donde sólo hay ruinas? ¡Cuidado que son tontos los señores con su amor á estos vejesterios, como si los edificios nuevos y bien conservados, no fuesen más agradables á la vista! Decididamente el señor no se cuida de mí, pero yo soy su criado y tengo la obligación de servirle. Sí, pero él tampoco tiene derecho á hacerme morir de aburrimiento en el hotel de Inglaterra. ¡Si le hubiese ocurrido alguna desgracia á mi querido amo, (porque al cabo y al fin es un buen señor del que sólo me consolaría cuando encontrase otro mejor)! Quisiera ir en su busca, pero ¿adónde? ¡Quién sabe donde le habrá llevado su imaginación!... á los sitios más extraños é impracticables, á esos despeñaderos y á esas cañadas que llama pintorescos y que apunta en el álbum como cosas curiosas. Le concederemos un plazo de tres días para volver á casa, y si no viene, le hago pregonar y anunciar en todas las esquinas, como un perro perdido, ofreciendo una buena gratificación al que lo presente.

En su calidad de criado excéptico y moderno, se burlaba mucho del servidor desinteresado y fiel á usanza antigua; pero el honrado Jak bromeaba su verdadera inquietud, porque en el fondo amaba á Guy. Aun cuando hubiese tenido la seguridad de que el señor le dejaba en el testamento una herencia regular, no hubiese deseado su muerte.

El dueño de la fonda, empezó á manifestar recelos, no por Malivert, cuyo gasto estaba pagado, sino por los dos caballos que había facilitado para la expedición. Cuando se lamentaba de la suerte problemática de aquellos dos animales tan excelentes, de un pie tan seguro, de un andar tan suave

y de una boca tan sensible: que se les conducía con una seda, Jak impaciente le dijo con supremo desdén: «Si han reventado los rucios, se pagarán;» afirmación que devolvió toda su serenidad al buen Diamantopulos.

Todas las noches la mujer del guía, hermosa y robusta matrona que hubiese podido reemplazar la cariátide robada al pandrosión, hoy sustituida por un vaciado de tierra cocida, venía á preguntar si su marido Stavros había venido con el viajero ó sin él. Después de la contestación, siempre negativa, se sentaba sobre una piedra próxima al hotel, deshacía el postizo rubio que cubría sus cabellos negros, sacudía los mechones, se ponía las uñas sobre las mejillas como si quisiera arañarse, daba suspiros de ventrílocuo y se entregaba á otras demostraciones teatrales del antiguo dolor. En el fondo no estaba muy conmovida, porque Stavros era un borracho que la apaleaba cuando estaba picado, y que llevaba poco dinero á la casa, aunque ganaba bastante; pero convenía demostrar una desesperación regular. Una maldiciente, que no la calumniaba, aseguraba que durante sus intermitentes viudedades la consolaba un hermoso *palikaro*, de cuerpo fino como una avispa, que en la *fustanella* de boca de campana llevaba lo menos sesenta metros de tela finísima y muy plugada, y en el casquete encarnado una borla de seda azul que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Aquel dolor falso ó verdadero, expresado por medio de grandes sollozos que recordaban los gritos de Hecuba, fastidiaban y preocupaban mucho á Jak, el cual, aunque incrédulo, era algo supersticioso. «No me gusta, decía, esa mujer que ahulla al extraviado como un perro cuando olfatea la muerte.» Cuando terminaron los tres días que había señalado como último plazo para el regreso de Guy, fué á declarar á la justicia.

Se hicieron las más activas investigaciones hacia el punto adonde se había dirigido Malivert y su guía. Dieron una batida á la montaña en todos sentidos, y en una hondonada

se encontró el esqueleto de un caballo acostado, sin correajes y casi todo devorado por los cuervos. Una bala le había roto la espaldilla y el animal debió caer con el jinete. Alrededor del animal, el terreno estaba removido como por una lucha, pero el ataque debió tener lugar algunas semanas antes, y no se podían sacar muchas consecuencias de aquellos vestigios medio borrados por la lluvia ó por viento. En un bosquecillo de lentiscos, próximo al camino, un proyectil había tronchado una rama, la cual pendía ya seca.

Más lejos, en un campo, se encontró la bala, que era de pistola. Indudablemente se habían defendido los asaltados. ¿Cuál había sido el resultado de la lucha? Quizás muy fatal, porque ni Malivert ni su guía habían aparecido. El caballo era uno de los que había alquilado Diamantopulos al viajero francés. La instrucción no pudo adelantar más por falta de datos precisos y se perdía toda traza de los agresores y de sus víctimas. El hilo se rompía en su principio.

A todos los puntos adonde conducían los caminos se enviaron las señas exactas de Malivert y de Stavros, y en ninguna parte los habían visto. Quizás habían llevado los bandidos á Malivert á alguna caverna inaccesible de la montaña para cobrar su rescate, pero esta suposición desaparecía con el raciocinio. Los bandidos hubiesen enviado algún representante á la ciudad para entregar á Jak una carta con las condiciones del rescate y amenaza de mutilación en caso de retardo, y de muerte en el de negativa, que así es como se tratan estos asuntos. Nada de ello había sucedido, y ningún papel de este género había llegado á Atenas, dejando de funcionar, por lo tanto, el correo de los salteadores.

Jak, á quien preocupaba mucho la idea de volver á Francia sin su señor, temeroso de que le tomasen por su asesino, aun cuando no se había movido del hotel, no sabía á que santo encomendarse, y maldecía más que nunca aquella manía de los viajes que arrastraba á un hombre acomodado á

sitios salvajes, donde ladrones en traje de máscara lo cazaban como liebres.

Algunos días después de estas pesquisas, apareció Stavros, pero ¡en qué estado, Dios mío!, pálido, flaco, deshecho, con aspecto extraviado y loco, como un espectro que sale de la tumba sin haber tocado la tierra. Aquel traje rico y pintoresco de que estaba tan vanidoso y que producía excelente efecto en los viajeros ávidos de color local, se lo habían quitado, y en su sustitución llevaba unos inmundos harapos manchados con el fango de los bicacs; grasienta piel de carnero cubría sus hombros y nadie hubiese reconocido en él al guía favorito de los turistas. Dieron cuenta á la justicia de su inesperado regreso y le detuvieron provisionalmente, porque aunque era muy conocido en Atenas y relativamente honrado, había salido con el viajero y volvía solo, circunstancia que los jueces meticulosos no suelen encontrar muy natural. Stavros consiguió demostrar su inocencia. Su industria de guía oponíase naturalmente á que matase á los viajeros, de quienes sacaba utilidad, tanto más cuanto que no tenía necesidad de asesinarles para robarles. ¿Para qué había de esperar en una encrucijada á las víctimas que le seguían voluntariamente por la carretera, dándole una buena parte de su dinero? Pero la relación que hacía de la muerte de Malivert, era muy extraña y difícil de creer, según decía mientras cabalgaban tranquilamente por la hondonada donde se encontró el esqueleto, se oyeron en corto intervalo dos detonaciones de arma de fuego. El primer tiro había derribado el caballo que montaba Malivert, y el segundo le dió al viajero, quien por un movimiento instintivo echó mano á las pistolas que llevaba en el arzón y disparó al azar.

Tres ó cuatro bandidos salieron del bosque para despojar á Malivert, mientras otros dos hacían apearse á Stavros, sujetándole los brazos, á pesar de que no intentaba una resistencia inútil.

Hasta aquí la historia no difería mucho de los vulgares sucesos de la carretera, pero la continuación era mucho menos creíble, por más que el guía lo afirmaba bajo juramento. Pretendía haber visto al lado de Malivert en el momento de morir, y sin que su rostro revelase las angustias de la agonía, sino antes al contrario, celeste satisfacción, á una mujer de deslumbrante blancura y maravillosa belleza, que debía ser la *Panagiu*, la cual ponía una mano de luz sobre la herida del viajero para evitarle el sufrimiento.

Los bandidos, asustados de la aparición, huyeron á alguna distancia y entonces la bella dama se llevó el alma consigo á los cielos.

No se le pudo hacer variar nunca esta deposición. El cuerpo del viajero lo habían ocultado bajo de una roca, al lado de uno de esos riachuelos siempre secos, cuyo lecho está lleno de adelfas. En cuanto á él, pobre diablo, no merecía la pena de que lo matasen; de suerte que, después de quitarle el hermoso traje, le llevaron muy lejos entre las montañas, á fin de que no diese parte del asesinato, y no le costó poco trabajo el salir á sitio conocido.

Stavros fué absuelto, porque á ser culpable no le habría costado mucho trabajo el irse á las islas ó á la costa de Asia con el dinero de Malivert. Su regreso probaba su inocencia. El relato de la muerte de Malivert lo enviaron á su hermana la señora de Marillac, casi en los mismos términos que lo refería Stavros. Mencionaban también la aparición de Espirita, pero como una alucinación producida por el miedo ó el cerebro del guía que no debía estar muy sano.

Casi al mismo tiempo que ocurría este asesinato en el monte Parnaso, el barón de Feroe se hallaba retirado, según costumbre, en el fondo de su inaccesible departamento, leyendo la extraña y misteriosa obra de Swedemborg, titulada *Los matrimonios de la otra vida*.

En medio de su lectura sintió un vahído particular como

cuando le *advertían* alguna revelación. Pasó por su cerebro la idea de Malivert, aún cuando no venía por medio de una transición natural. Iluminóse la habitación, las paredes se hicieron transparentes y abrióse una especie de templo hipetro, por el que se veía á inmensa profundidad, no el cielo que alcanzan los ojos humanos, sino el cielo penetrable sólo á los ojos de los iniciados.

En el centro de una efervescencia de luz que parecía nacer en el fondo del infinito, dos puntos de mucho más intenso esplendor, parecidos á diamantes en la llama, titilaban, palpitaban y se aproximaban tomando la apariencia de Malivert y de Espirita. Volaban el uno al lado del otro, con celeste y radiante alegría, acariciándose con las puntas de sus alas.

Fueron acercándose más y más, y, como dos gotas de rocío que ruedan por la misma hoja de azucena, acabaron por confundirse en una perla única.

—Helos ahí, felices para siempre, dijo el barón de Fero dando un suspiro melancólico; sus almas reunidas forman un ángel de amor. Y yo ¿cuánto tiempo habré de esperar?

FIN

LA IRRADIACIÓN

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Redacción y Administración

HITA, 6, BAJO, MADRID

Precios de suscripción — España y Portugal: año, 3 pesetas extranjero y Ultramar, año, 6.

Se remiten gratis á los Casinos y Salones de lectura.

Precios de los anuncios. — Por una inserción, anuncio de una á cuarenta palabras, 50 céntimos de peseta, y á céntimo las que excedan de este número. De cuatro inserciones en adelante se rebaja el 25 por 100.

Agentes de LA IRRADIACIÓN á quienes pueden entregar nuestros lectores lo que adeuden á esta Revista ó el importe de los libros que deseen adquirir.

BUENOS AIRES: *La Constancia*, Andes, 444. — VERACRUZ (Méjico): Dr. L. E. Calleja, Sahnas, 37 y medio. — MONTEVIDEO: Don Adolfo Vázquez, calle Treinta y tres, 236. — LAS PALMAS (Canarias): D. Manuel González Azofra. — MANILA: D. Joaquín Leate, Capitanía general. — PONCE (Puerto Rico): D. Antonio Santa María, Plaza del Mercado. — MAYAGÜEZ (Puerto Rico): Doña Francisca Suárez. — SAN JUAN (Puerto Rico): D. Anastasio Martínez, Capitanía general. — HABANA: *Revista Espiritista Revillagigedo* 27.

BIBLIOTECA DE «LA IRRADIACIÓN»

Publicase en entregas de á 32 páginas, cuatro veces al mes, con letra grande y esmerado impresión, costando la suscripción para España SEIS pesetas al año; para el extranjero, Cuba y Puerto Rico, DOCE, y para Filipinas, CATORCE.

En esta biblioteca se publican las obras más afamadas de Magnetismo, Espiritismo é Hipnotismo.

En la actualidad se está dando á luz la obra *El libro de los médiums y Espirita*, de Teófilo Gautier.

Van publicadas las siguientes obras: *¿Qué es el Espiritismo?* y *El libro de los Espíritus*, de Allán Kardec, y *El honor y el deber* (drama), de Serrano.

Para facilitar la suscripción á los de escasos recursos pecuniaros, agradeceríamos que los Círculos Espiritistas admitieran abonos mensuales de 50 céntimos de peseta, encargándose estas Sociedades de girarnos trimestralmente lo recaudado.

Precios de los anuncios en las cubiertas

Por una inserción, anuncio de una á cuarenta palabras, 50 céntimos, y á céntimo los que excedan de este número. De cuatro inserciones en adelante se rebaja el 25 por 100.

BIBLIOTECA ECONOMICA

Se publica un folleto mensual. Suscripción, año, 2 pesetas. Ultramar y extranjero, 4.

Por la Administración de LA IRRADIACIÓN, se facilitan toda clase de obras espiritistas, magnéticas, hipnoticas y de librepensamiento, remitiéndose catálogo á quien lo solicite.

FOLLETÍN DE La Irradiación

Publicase cuatro veces al mes, en cuadernos de 32 páginas, dándose á luz, en letra grande y en tamaño llamado 8.º prolongado, las obras más notables de Espiritismo, Magnetismo ó Hipnotismo, teniendo los abonados de España por sólo un peseta, un tomo de 240 páginas, con buen papel y esmerada impresión.

Precios de suscripción.

España: año, 6 pesetas.

Extranjero y Ultramar: año, 12 pesetas.

Para facilitar la suscripción á los de escasos recursos pecuniarios, agradecerían que los Círculos Espiritistas admitieran abonos mensuales de 0,50 pesetas, encargándose estas Sociedades de girar trimestralmente lo recaudado al Director de LA IRRADIACIÓN, D. Eduardo E. García, calle de Hita, 6, bajo izquierda.

Los que deseen recibir las obras encuadernadas, se les conservarán en la Administración las entregas que vayan saliendo á luz.

Obras publicadas: — *¿Que es el Espiritismo?*, *El Honor y el Deber*, *El Libro de los Espiritus*.

En publicación: — *El Libro de los Mediums*, de ALLÁN KARDEC, y *Orígenes del cristianismo*, de NAVARRO MURILLO.

LA IRRADIACIÓN

REVISTA QUINCENAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Hita, núm. 6, bajo izquierda. — Madrid

España y Portugal. Sin el Folletín, año, 3 plas. || Con el Folletín, año, 9 plas. || Extranjero y Ultramar. Sin el Folletín, año, 6 p. || Con el Folletín, año, 18 p.

BIBLIOTECA ECONOMICA DE LA IRRADIACIÓN

Publica mensualmente un opúsculo de 32 ó más páginas.

La suscripción á esta biblioteca cuesta al año 2 pesetas en España y 4 en el extranjero y Ultramar.

El precio de cada folleto por separado, es el de 20 cént. de peseta. — Van publicados: *El 1.º de Mayo*, *El génesis según la geología y paleontología*, *El Diablo y el pecado original*.

BIBLIOTECA DE La Irradiación

OBRAS PUBLICADAS

	Pt.
MENÉNDEZ — <i>Destellos del Infinito</i> . — Notables comunicaciones medianímicas publicadas en los principales círculos espiritistas de España y América (tomo I, segunda edición).....	2
TOMO II.....	2
OTTEBE ACEVEDO. — <i>Los Espiritus</i> . — Creencias de los diferentes pueblos de la humanidad que prueban la existencia del espíritu (tomo I).....	2
LUCIA GRANGE. — <i>Manual de Espiritismo</i>	0
POL. — <i>Evidencia de la Reencarnación</i>	1
DORVILLE. — <i>Procedimientos magnéticos para la curación de las enfermedades</i>	2
<i>Aplicación del Yin al tratamiento de las enfermedades</i>	2
<i>Leyes físicas del Magnetismo y la polaridad humana</i>	2
Almanaque de LA IRRADIACIÓN para 1893.....	2
Id. Id. para 1894.....	2
ALLÁN KARDEC. — <i>¿Qué es el Espiritismo?</i>	2
Encuadernada en tela y oro.....	2
<i>El Libro de los Espiritus</i> , (edición de lujo).....	3
Encuadernada en tela y oro.....	3
SERRANO. — <i>El Honor y el Deber</i> (drama).....	3
GAUTHIER. — <i>Espiritu</i>	3

Se suscribe á *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y á todas las Revistas Espiritistas y Teosóficas, extranjeras y españolas.

Se admiten encargos de obras Teosóficas, Espiritistas y de Libre Pensamiento extranjeras y españolas, remitiéndose Catálogo completo quien lo solicite. También facilitamos cuantas obras científicas ó literarias se nos pidan.